

GAZA
Seguimos siendo humanos

Diciembre 2008 – Julio 2009

VITTORIO ARRIGONI

GAZA
Seguimos siendo humanos

Diciembre 2008 – Julio 2009

Prefacio de
Ilan Pappé

Traducción de
Valentina Bidone
Ana Vispe Montilla
Pablo Fernández Lewicki



BÓSFORO
libros



Título original: *Gaza. Restiamo umani*.

© de la versión original: 2009, *il manifesto-manifestolibri srl*

© Vittorio Arrigoni

© de la traducción al castellano: Valentina Bidone, Ana Vispe Montilla,
Pablo Fernández Lewicki

Primera edición en castellano: febrero de 2010

© de esta edición: Bósforo Libros, S. L.

C/ Cocuy, 2 Esc. Ctro. 1º B, 28033 Madrid

www.bosforolibros.com

bosforo@bosforolibros.com

Maquetación: David San Martín

www.diesem.info

Ilustración de cubierta: Fabio Biasio

Agradecemos especialmente a los fotógrafos palestinos Mohammed al Zaanoun y Majdi Fathi por ceder para esta edición las imágenes que aparecen en el interior del libro.

Impreso en Book Print Digital, S. A.

(Botànica, 173-176 – 08908 L'Hospitalet de Llobregat)

ISBN: 978-84-936189-5-7

Depósito Legal: B-3.433-2010

Esta edición ha sido posible gracias a la colaboración del Ayuntamiento de Córdoba y la asociación sin ánimo de lucro Paz con Dignidad.

Una parte de los beneficios por la venta de este libro irá a parar al Free Gaza Movement, grupo internacional pro derechos humanos que intenta romper el bloqueo de la Franja mediante el envío de barcos cargados con ayuda humanitaria. Para más información, visitar: www.freegaza.org (en varios idiomas, incluido el castellano).

Índice

de contenidos

Prefacio. Los campos de la muerte de Gaza, 2009	
Ilan Pappé.	9
Para el lector: Advertencias e instrucciones de uso	19
Introducción: Gaza indigesta	21
Guernica en Gaza	
27 de diciembre de 2008	25
Morir lentamente escuchando en vano	
29 de diciembre de 2008	29
Fábricas de ángeles	
30 de diciembre de 2008	33
Catástrofe no natural	
1 de enero de 2009	37
Fantasmas que piden justicia	
3 de enero de 2009	41
Médicos con alas: Arafat Al Dayem, R.I.P.	
5 de enero de 2009	47
Al-Nakba	
6 de enero de 2009	55
Tirachinas contra bombas de fósforo blanco	
7 de enero de 2009	61

¡No dejaré mi país!	
8 de enero de 2009	67
Han matado a Hipócrates	
9 de enero de 2009	73
Destrucción total: estamos trabajando	
10 de enero de 2009	79
Buitres y cazadores de recompensas	
13 de enero de 2009	85
Hijos de un <i>Allah</i> menor	
14 de enero de 2009	91
Los días infernales de Jabalia	
15 de enero de 2009	97
Geografías revueltas	
16 de enero de 2009	103
Amor bajo las bombas	
17 de enero de 2009	109
Los muertos y los vivos	
19 de enero de 2009	115
Las huellas de la muerte	
20 de enero de 2009	121
Lágrimas que han visto	
22 de enero de 2009	127
JULIO 2009: El epicentro	
de una catástrofe continua	133
Epílogo. Salí corriendo de la Franja de Gaza	
Alberto Arce	155
Breve diccionario del conflicto	169

Prefacio

Los campos de la muerte de Gaza, 2009

En 2004, el ejército israelí comenzó a construir una falsa ciudad árabe en el desierto del Negev. A tamaño real, con calles —todas con sus nombres—, mezquitas, edificios públicos y coches. Construida con un presupuesto de 45 millones de dólares americanos, esta ciudad fantasma se convirtió en una Gaza de juguete en el invierno de 2006, después de que Hezbollah llevara a Israel a una retirada en el norte, permitiendo a las Fuerzas de Defensa Israelíes (FDI) prepararse para librar una «guerra mejor» contra Hamas en el sur.

Cuando el comandante en jefe israelí Dan Halutz visitó la zona después de la guerra del Líbano, dijo a la prensa que los soldados «se estaban preparando para el escenario de un posible despliegue en el denso vecindario de Ciudad de Gaza». Una semana después de empezar el bombardeo de Gaza, Ehud Barak asistió a un ensayo de invasión terrestre. Equipos

de televisiones extranjeras le filmaron viendo cómo las tropas de tierra conquistaban el simulacro de ciudad, tomando al asalto las casas vacías y, sin duda, matando a los «terroristas» escondidos en su interior.

En 2005, Gaza se convirtió en objetivo militar desde el punto de vista oficial para Israel, como si se tratara de una enorme base enemiga y no de un lugar donde habitan civiles. Gaza no debería recibir un trato diferente a Barcelona, Brighton, Lyon o cualquier otra ciudad del mundo, pero para los israelíes se ha convertido en otro simulacro de ciudad donde su ejército puede experimentar las armas más avanzadas.

Todo empezó después de que Israel se «retirara» de Gaza en el verano de 2005. Los colonos fueron desplazados para permitir al ejército israelí controlar la Franja, haciendo posible el empleo de severas acciones de represalia y castigo, sin tener que preocuparse por el hecho de que pudiera haber colonos judíos. Con la esperanza añadida de que este cínico acto fuese acogido como un gesto de paz, como efectivamente sucedió, al menos por un tiempo.

Pero los acontecimientos no siguieron el cauce esperado. Al desalojo sucedió la llegada al poder de Hamas, primero en elecciones democráticas, después en un golpe preventivo escenificado como advertencia frente a una toma del poder por parte de Fatah con respaldo estadounidense. La respuesta inmediata del lado israelí fue imponer un bloqueo económico a la Franja. Hamas replicó lanzando misiles sobre Sderot, lo que dio a Israel el pretexto para emplear su fuerza aérea, artillería y helicópteros de combate. Israel declaró estar

atacando «las bases de lanzamiento de misiles», pero en la práctica esto significaba cualquier rincón de Gaza.

Ataques con tanques, bombardeos desde el aire y el mar y brutales incursiones se convirtieron en imágenes frecuentes. Pero cuando Israel fue derrotado en otro frente, el del sur del Líbano en el verano de 2006, el ejército aumentó sus maniobras punitivas contra el millón y medio de personas que viven en el puñado de kilómetros cuadrados más densamente poblados del planeta. La política se fue haciendo cada vez más genocida, y la reacción de Hamas a esta situación más desesperada. La humillación del ejército israelí a manos de Hezbollah fue la causa de la escalada. Para el ejército era necesario mostrar su superioridad y su capacidad de disuasión, considerada la principal salvaguarda para la supervivencia del Estado judío en un mundo «hostil». La naturaleza islámica tanto de Hamas como de Hezbollah y la presunta —y totalmente falsa— asociación de ambos con Al Qaeda posibilitó al ejército imaginar a Israel encabezando una guerra global contra el yihadismo en Gaza. Mientras George W. Bush permaneciera en el poder, la muerte de mujeres y bebés en Gaza podía ser admitida incluso por la administración estadounidense como parte de esa guerra santa contra el islam.

La política genocida empezó a aplicarse seriamente en el primer mes de 2007, alcanzando su horrible *crescendo* en enero de 2009. Ya en 2007 el número de víctimas fue elevado: trescientas personas murieron en Gaza, incluyendo docenas de niños.

Pero incluso bajo Bush, y definitivamente en la era post-Bush, el mito de la lucha contra la yihad global estaba

costándole su credibilidad a las FDI. Por ello se propuso una nueva mitología en 2007: Gaza era una base terrorista decidida a destruir Israel. La única manera que los palestinos tenían para poder, por así decirlo, «dejar de ser terroristas» era acceder a vivir en la Franja encerrados con alambre de espino y muros. Los suministros, así como la libertad de movimiento dentro y fuera de la Franja, dependían de la opción política que tomaran los gazatíes. En caso de que persistieran en apoyar a Hamas, serían estrangulados y privados de abastecimiento hasta que cambiaran su inclinación ideológica. En caso de que sucumbieran al tipo de políticas que Israel deseaba que adoptaran, correrían la misma suerte que Cisjordania: una vida sin los más básicos derechos civiles y humanos. Se trataba de elegir entre vivir confinados en la prisión abierta de Cisjordania o en la de máxima seguridad en la Franja de Gaza. Si alguno ofrecía resistencia lo más probable es que acabara encarcelado sin pruebas, o muerto. Este es el mensaje de Israel.

Al pueblo de Gaza se le dio el plazo de un año, 2008, para tomar su decisión. Optaron por la resistencia, y la respuesta fue la masacre de enero de 2009. La ciudad simulada fue sustituida por la Gaza real, que fue brutalmente atacada con una fuerza que en ejércitos convencionales se reserva para enfrentar brigadas de tanques y divisiones de infantería en un campo de batalla abierto, y no a individuos en un espacio rural o urbano. El territorio de Gaza se convirtió en campos de la muerte, también gracias al empleo de las formas de armamento más avanzadas, cuyo uso está estrictamente prohibido por la comunidad internacional y considerado como crimen de guerra.

La resistencia en Palestina ha tomado siempre aldeas y pueblos como base: ¿en qué otro lugar podía tener su origen? Esta es la razón por la cual ciudades, pueblos y aldeas palestinos, simulados o reales, han sido señalados siempre, desde la revuelta árabe de 1936, como «bases enemigas» en los planes y órdenes militares. Cualquier acción de represalia o castigo estaba destinada a recaer sobre objetivos civiles, entre los cuales podría haber un puñado de personas efectivamente vinculadas a la resistencia activa contra Israel. Haifa fue considerada como base enemiga en 1948, como lo fue Jenin en 2002, igual que ahora Beit Hanoun, Rafah y Ciudad de Gaza. Cuando tienes las armas y careces de inhibiciones morales para masacrar civiles, se produce la situación que ahora estamos presenciando en Gaza.

Pero no sólo se ha deshumanizado a los palestinos con el discurso militar. Un proceso similar se está desarrollando en la sociedad civil judía de Israel, lo que permite explicar el masivo apoyo que obtiene allí la carnicería de Gaza. Los palestinos han sido tan deshumanizados por los judíos israelíes —ya se trate de políticos, militares o ciudadanos comunes— que matarlos se ha convertido en algo natural, al igual que expulsarlos en 1948, o encarcelarlos en los Territorios Ocupados. La actual respuesta de Occidente indica que sus líderes políticos no han conseguido ver la conexión directa entre la deshumanización sionista de los palestinos y las bárbaras políticas de Israel en Gaza. Existe un grave peligro de que las secuelas de la Operación Plomo Fundido hagan de Gaza una ciudad fantasma igual que el simulacro de ciudad construido en el Negev.

De hecho, para valorar realmente el sobrecogedor documento que se disponen a leer, es preciso darse cuenta de cuán indiferente dejaría a la gran mayoría de judíos israelíes, en el caso de que accedieran a leer y considerar este trascendental libro.

Una de sus grandes virtudes es la de ser, primero y por encima de todo, la crónica de un testigo ocular humanista y universal. Y quién sabe si esta visión podrá abrir una pequeña ventana en las cerradas mentalidades de los israelíes y de cualquiera que les dé apoyo incondicional en Occidente.

Volví a Israel después de un largo período, cuando en enero de 2009 comenzó el ataque genocida de Israel contra Gaza. El Estado, a través de sus medios de comunicación y con la ayuda de sus intelectuales, lo retransmitió con una sola voz, más alta aún que la que se escuchó durante el ataque criminal contra el Líbano en el verano de 2006. Israel se vio envuelto una vez más en un afán justificativo, lo que se tradujo en políticas destructivas para la Franja de Gaza. No se trata simplemente de lo sorprendente que pueda ser esta atroz autojustificación, por lo que supone de inhumanidad y de impunidad, sino que nos encontramos ante un tema importante sobre el que reflexionar si uno quiere entender la inmunidad internacional frente a la masacre que está arrasando Gaza.

Su fundamento primero y más importante son mentiras absolutas, transmitidas con un lenguaje nuevo pero que recuerda a los días oscuros de la década de 1930 en Europa. Durante el ataque a Gaza, cada media hora un boletín de noticias en radio y televisión calificaba a las víctimas de Gaza

como terroristas, y su matanza masiva a manos de Israel como un acto de autodefensa. Israel se presentó ante su propio pueblo como una víctima que, asistida por la razón y la superioridad moral, se defendía a sí misma de un gran mal. Al mundo académico se le encargó la misión de explicar cuán demoniaca y monstruosa era la lucha del pueblo palestino, liderada por Hamas. Lo hicieron los mismos intelectuales que anteriormente habían demonizado la Palestina de la última etapa de Yasser Arafat y deslegitimado su movimiento Fatah durante la segunda Intifada palestina.

Pero las mentiras y representaciones distorsionadas no han sido lo peor. Lo más mortificante ha sido el ataque directo a los últimos vestigios de humanidad y dignidad del pueblo palestino. Los palestinos residentes en Israel han mostrado su solidaridad con el pueblo de Gaza, lo que de manera inmediata les ha merecido ser tachados de quintacolumnistas en el Estado judío; su derecho a permanecer en su tierra natal ha sido puesto en duda debido a su falta de apoyo a la agresión israelí. Aquellos que accedieron —equivocadamente, en mi opinión— a aparecer en los medios locales fueron interrogados, no entrevistados, como si fueran reclusos de las prisiones del Shin Bet. Su aparición fue precedida y sucedida por humillantes comentarios racistas, y se vieron acusados de irracionales y fanáticos. Y esto no fue tampoco lo más abyecto. Unos pocos niños palestinos de los Territorios Ocupados estaban siendo tratados de cáncer en hospitales israelíes. Sólo Dios sabe qué precio tuvieron que pagar sus familias para que fuesen admitidos allí. Cada día Israel Radio se acercaba al hospital para pedir a los pobres padres

que contaran a la audiencia israelí lo justo que era el ataque de Israel y la gran maldad que mostraba Hamas en su defensa.

No existen fronteras para la hipocresía motivada por este afán justificativo. El discurso de los generales y los políticos saltaba erráticamente entre las felicitaciones al ejército por la humanidad que estaba demostrando en sus operaciones «quirúrgicas» por una parte, y la necesidad, por otra, de destruir Gaza de una vez y para siempre, de una manera humana, por supuesto.

Este afán justificativo es una característica constante en la historia de la expulsión de los palestinos por los israelíes, y anteriormente por los sionistas. Cada acto —ya se trate de limpieza étnica, ocupación, masacre o destrucción— ha sido presentado siempre como moralmente justo y como un acto de genuina autodefensa, cometido renuientemente por Israel en su guerra contra la peor clase de seres humanos. Uno puede escuchar este afán justificativo de la izquierda a la derecha, del Likud al Kadima, de la academia a los medios, en un Estado que está más ocupado que cualquier otro Estado del mundo en destruir y desposeer a la población autóctona.

Es crucial explorar los orígenes ideológicos de esta actitud, y extraer las necesarias conclusiones políticas de esta prevalencia. Este afán justificativo protege a la sociedad y los políticos en Israel de cualquier reproche o crítica exterior. Y, mucho peor, siempre ha derivado en políticas destructivas contra los palestinos como las documentadas de una manera tan aterradora, pero también tan humana, en este libro.

Vittorio trabajó como voluntario con el International Solidarity Movement (ISM) para ayudar al pueblo de Gaza,

con la misión de proteger los derechos humanos. Estuvo allí durante y después de la Operación Plomo Fundido, y por ello su crónica nos llega directa desde los campos de la muerte de Gaza, lejos de la distorsión y manipulación de cualquier medio de comunicación.

Es a través de este relato que podemos ver cómo a los ojos del común de los judíos israelíes, privados de cualquier mecanismo de crítica interno y sin presión alguna del exterior, todo palestino representa un blanco potencial para esta necesidad de justificarse. Teniendo en cuenta el armamento del Estado judío, esto sólo puede acabar, inevitablemente, en más matanzas masivas, en masacres y en limpieza étnica. Mucho de lo que leerán en este libro trata sobre la heroica tentativa de voluntarios como Vittorio para proteger a la gente de Gaza de esta cruel agresión. Aunque esta tentativa no sería suficiente para salvar a los palestinos.

La pretensión de superioridad moral es un poderoso acto de autonegación y justificación. Permite explicar por qué la sociedad judía israelí no reaccionará movida sólo por sabias palabras, por la fuerza de la razón o el diálogo diplomático. Y si uno no quiere promover la violencia como manera de enfrentarse a esta situación, sólo hay un camino a seguir: desafiar frontalmente esta superioridad moral de una ideología destinada a encubrir inhumanas atrocidades. Sionismo es otra forma de llamar a esta ideología, y una crítica internacional al sionismo, y no sólo a políticas israelíes concretas, es la única manera de contrarrestar esta pretensión de superioridad. Tenemos que intentar explicar, no sólo al mundo, sino también a los propios israelíes, que el sionismo es una ideología que

promueve la limpieza étnica, la ocupación y ahora también las masacres masivas. Lo que hace falta ahora no es una simple condena de la masacre actual, sino deslegitimar la ideología que da pie a esta política y la justifica moral y políticamente. Esperemos que voces relevantes se levanten en el mundo para decir al Estado judío que su ideología y la conducta del Estado en general son intolerables e inaceptables y que, en la medida en que perduren, Israel será boicoteado y sujeto a sanciones.

Casi un año después de la masacre, desgraciadamente, esa esperanza no se ha visto todavía cumplida. Ni siquiera el asesinato de centenares de palestinos inocentes ha sido suficiente para provocar un cambio de postura en la opinión pública occidental, y mucho menos en la posición de los gobiernos occidentales. Parece que incluso los más horrendos crímenes, como el genocidio de Gaza, son tratados como sucesos aislados, desconectados de cualquier otro acontecimiento del pasado, sin relación alguna con ideología o sistema de pensamiento.

Ilan Pappé
Agosto de 2009

Para el lector:

**Advertencias e
instrucciones de uso**

«Seguimos siendo humanos» es el adagio con el que cerraba mis crónicas para el periódico *Il Manifesto* y para el blog.

Una invitación, además de una petición, un apremio verdadero y auténtico a dejar de cometer delitos y recuperar el molde original con el que está hecho el hombre.

Una vez abolidas las fronteras, las banderas, las barreras, y enterradas las latitudes y longitudes, las diferencias étnicas y religiosas, irrumpe sobre el escenario de la vida el cuadro desnudo de la conservación de la especie.

La exhortación a recordar nuestra pertenencia a una misma comunidad de seres vivos: la familia humana.

«Seguimos siendo humanos» se convierte ahora en un libro.

Y en el interior del libro, la historia de tres semanas de masacre, escrita en la medida de mis posibilidades, en situaciones de absoluta inseguridad, a menudo transcribiendo el

infierno que me rodea en un cuaderno arrugado, agachado a bordo de una ambulancia siempre a la carrera con la sirena aullando, o pulsando frenético las teclas de un ordenador prestado, en edificios bamboleantes como péndulos enloquecidos a causa de las explosiones que se suceden por doquier.

Advierto que simplemente hojear este libro podría resultar peligroso, se trata de páginas nocivas, de hecho, manchadas de sangre, impregnadas de fósforo blanco, hirientes por la metralla de las bombas.

Si lo leéis en la tranquilidad de vuestros dormitorios, retumbarán en las paredes nuestros gritos de terror, y temo por los muros de vuestros corazones, que sé que no estarán todavía insonorizados por el dolor.

Poned este libro a buen recaudo, cerca del alcance de los niños, de modo que puedan saber cuanto antes de un mundo, algo lejano para ellos, donde la indiferencia y el racismo despedazan a sus compañeros como si fueran muñecos de trapo. De manera que puedan vacunarse, en edad temprana, contra esta epidemia de violencia hacia los diferentes y de indolencia ante la injusticia.

Para mañana poder seguir siendo humanos.

Seguimos siendo humanos.

Vittorio Arrigoni

Ciudad de Gaza, puerto (escombros)

30 de julio de 2009

Introducción

Gaza indigesta

«Gaza, seguimos siendo humanos» pretende distinguirse de entre el cúmulo de volúmenes escritos sobre Palestina gracias al fuego creador que le dio origen: la ferviente voluntad del autor de involucrar, sensibilizar y hacer tomar conciencia a los lectores de lo tremendamente inhumanos que fueron aquellos aterradores 22 días de masacre.

Concienciar para que las masacres de este tipo no puedan verse repetidas fácilmente en el futuro.

Conceder hoy justicia a los muertos, proteger mañana a los heridos de muerte.

Sacando el billete para un viaje a infiernos tales que ni Dante habría sido capaz de concebir, despertando de un lecho de pesadillas, albergando el deseo de haber sido un Caronte lo más leal y humano posible en mis narraciones, consciente de que, entre los escombros de un edificio recién derruido y en

las salas de los hospitales, a veces era difícil reconocer algún rasgo humano en las mutaciones hechas puré por armas devastadoras, que por lo general todas las convenciones internacionales han prohibido.

Mi relato enarbola el estandarte de la máxima objetividad, en cuanto que yo mismo he sido objetivo del ejército israelí y he recibido amenazas de muerte de un grupúsculo neonazi relacionado con el partido de los colonos.

Para quien aún albergue dudas, la veracidad de mis informes bajo la tempestad de las bombas ha sido verificada a una distancia de meses por todas las organizaciones de derechos humanos más fiables, gubernamentales o no, además de por los propios soldados israelíes, que recientemente han empezado a confesar los crímenes cometidos.

«Gaza, seguimos siendo humanos», con el paso del tiempo, está asumiendo poco a poco las connotaciones de un documento histórico, más allá de una simple crónica del infierno.

Si la verdad es la primera víctima de toda guerra, para Israel es una prioridad absoluta asesinarla. Antes, durante y después de cada conflicto.

Nuestra tarea como activistas, y más en general como seres humanos que buscan la libertad y la justicia, es ofrecerla como un banquete, lo más indigesto posible, a la opinión pública mundial.

«Sólo los muertos han visto el fin de la guerra».
Platón (apócrifo)

*Dedico este libro herido de muerte no a los muertos,
sino a los heridos de esta horrible matanza.*
Vittorio Arrigoni

Guernica en Gaza

27 de diciembre de 2008

Mi piso en Gaza da al mar. Tiene unas vistas panorámicas que siempre me han reconfortado, incluso encontrándome abatido por la miseria a la que se ve sometida una vida bajo asedio. Hasta esta mañana. Cuando el infierno se ha asomado a mi ventana.

Hoy en Gaza nos hemos despertado bajo las bombas, y muchas han caído a escasos centenares de metros de mi casa. Y muchos de mis amigos se han quedado debajo.

Hablamos por ahora de 210 muertos confirmados, pero el balance está destinado a crecer. Una tragedia sin precedentes. Han arrasado el puerto y asolado los puestos de policía.

Me informan de que los medios occidentales han asumido y repiten de memoria los comunicados difundidos por los militares israelíes, según los cuales los ataques tan sólo habrían golpeado, quirúrgicamente, las bases terroristas de Hamas.

Realmente, al visitar el hospital Al Shifa, el principal de Ciudad de Gaza, hemos visto en el patio cuerpos tendidos en el suelo, algunos esperando ayuda, la mayoría esperando sepultura, decenas de ellos civiles.

¿Tenéis presente cómo es Gaza? Cada casa se levanta encima de otra, cada edificio está apoyado sobre otro. Gaza es el lugar con mayor densidad habitacional del mundo, por lo que si la bombardeas desde diez mil metros de altitud es inevitable que provoques una masacre de civiles. Eres consciente y culpable, no se trata de errores, de daños colaterales. Así, en el bombardeo del cuartel de policía de Al Abbas, en pleno centro, ha resultado afectada por las explosiones también la escuela primaria de al lado. Las clases acababan de terminar y los niños estaban ya en la calle, decenas de batitas azules al viento se mancharon de sangre.

Durante el ataque a la escuela de policía Dair Al Balah, se han registrado muertos y heridos en el *suq* cercano, el mercado central de Gaza. Hemos visto cuerpos de animales y humanos mezclar su sangre en riachuelos que fluían por el asfalto. Un Guernica salido del lienzo para convertirse en realidad.

He visto muchos cadáveres de uniforme en los diversos hospitales que he visitado. A muchos de esos chicos los conocía. Los saludaba todos los días en la calle del puerto, o por la noche, mientras caminaba hacia los cafés del centro. A varios los conocía por su nombre. Un nombre, una historia, una familia mutilada.

La mayoría eran jóvenes, entre dieciocho y veinte años, ni mucho menos reclutados por Fatah ni por Hamas: simplemente se habían alistado en la policía al acabar la universidad,

buscando un puesto de trabajo seguro en una Gaza que, bajo el criminal asedio israelí, está viendo a más del 60% de su población desempleada. Me despreocupo de la propaganda, dejo hablar a mis ojos, a mis oídos nerviosos por el chillido de las sirenas y el estruendo del TNT.

No he visto terroristas entre las víctimas, sólo civiles y policías. Justamente el día anterior les tomaba el pelo por cómo se habían abrigado para protegerse del frío.

Desearía que por lo menos la verdad hiciera justicia a estas muertes.

Nunca dispararon un tiro contra Israel, y nunca lo habrían hecho, porque no era ese su cometido. Se ocupaban de dirigir el tráfico y de la seguridad interior, especialmente en el puerto, donde estamos muy lejos de las fronteras israelíes.

Tengo una videocámara conmigo, pero hoy he descubierto que soy un pésimo cámara, no consigo grabar los cuerpos machacados ni los rostros llorosos. No soy capaz. No puedo porque yo también lloro. Fui a donar sangre al hospital Al Shifa, junto con los otros miembros del International Solidarity Movement (ISM). Y allí hemos recibido la llamada: Sara, nuestra querida amiga, ha muerto por un fragmento de explosivo cerca de su casa en el campo de refugiados de Jabalia. Una persona dulce, un alma luminosa, había salido a comprar el pan para su familia. Deja 13 hijos.

Hace poco me ha llamado Tofiq desde Chipre.

Tofiq es uno de los afortunados estudiantes palestinos que gracias a nuestros barcos del Free Gaza Movement ha conseguido dejar la inmensa prisión a cielo abierto de la Franja y rehacer su vida en otro lugar. Me ha preguntado si

había ido a ver a su tío y si lo había saludado de su parte, como le había prometido. Titubeante me he disculpado porque todavía no había encontrado el momento.

Demasiado tarde, ha quedado bajo los escombros del puerto junto a muchos otros.

Desde Israel llega una amenaza terrible: esto es sólo el primer día de una campaña de bombardeos que podría prolongarse durante dos semanas. Construirán un desierto y lo llamarán paz. El silencio del «mundo civil» es mucho más ensordecedor que las explosiones que cubren la ciudad como un sudario de terror y muerte.

Seguimos siendo humanos.

Morir lentamente escuchando en vano

29 de diciembre de 2008

En el aire, un olor acre de azufre, relámpagos rompiendo el cielo entremezclados con fragorosos truenos. Ahora, mis oídos se han quedado sordos por las explosiones y mis ojos áridos de lágrimas frente a los cadáveres. Me encuentro delante del hospital de Al Shifa, el principal de Gaza, justo cuando acaba de llegar la terrible amenaza de que Israel habría decidido bombardear la nueva ala en construcción. No sería nada nuevo, ayer bombardearon la clínica Wea'm. Además de un almacén de medicamentos en Rafah, la Universidad Islámica (derruida) y varias mezquitas a lo largo de toda la Franja. A lo que hay que añadir decenas de infraestructuras civiles. Parece que, cuando ya no es posible encontrar más objetivos «sensibles», la aviación y la marina de guerra se entretienen disparando sobre los lugares sagrados, escuelas y hospitales. Por aquí hay un 11-S cada hora, cada minuto,

y el mañana es siempre, de nuevo, un hoy de luto, siempre la misma desesperación. Continuamente se escuchan los helicópteros y los aviones sobrevolando, cuando ves el rayo estás ya condenado, es demasiado tarde para ponerse a salvo. No existen búnkeres antibombas en la Franja, no hay ningún sitio seguro. No soy capaz de contactar con mis amigos en Rafah, tampoco con los que viven en el norte de Ciudad de Gaza, sólo espero que sea porque las líneas están saturadas. Espero. Hace 60 horas que no cierro los ojos y, como yo, todos los gazatíes.

Ayer, acompañado por otros tres compañeros del ISM, pasé la noche en el hospital de Al Awda, en el campo de refugiados de Jabalia. Fuimos allí porque temíamos que se produjese la incursión terrestre, que luego no tuvo lugar. Pero los tanques israelíes se encontraban preparados a lo largo de toda la frontera de la Franja, aparentemente sus orugas comenzarán su marcha fúnebre esta noche. Sobre las once y media de la noche una bomba ha caído a unos 800 metros del hospital, la onda expansiva ha hecho añicos algunas ventanas, empeorando las condiciones de los heridos ingresados. Una ambulancia se ha trasladado al lugar de la explosión, han tirado abajo una mezquita, que por suerte se encontraba vacía a aquella hora. Desafortunadamente, aunque no se debe hablar de mala suerte, sino de la voluntad criminal y terrorista de Israel para consumir una masacre de civiles, la explosión ha afectado también al edificio adyacente a la mezquita, destruyéndolo.

Hemos visto sacar de los escombros los cuerpos de seis pequeñas hermanas, cinco de ellas han muerto, la otra está gravísima.

Acostaron a las niñas sobre el asfalto carbonizado, parecían muñequitas rotas que alguien tiró a la basura porque ya no servían. Esto no es un error, es un voluntario y cínico horror. Alcanzamos la cifra de 320 muertos, más de un millar de heridos, de los que, según un médico de Al Shifa, el 60% está condenado a morir en las próximas horas, o en los próximos días, en una larga agonía.

Son decenas los desaparecidos, en los hospitales mujeres desesperadas buscan a sus maridos e hijos desde hace dos días, muy a menudo inútilmente. El tanatorio es un espectáculo macabro. Un enfermero me ha contado cómo una mujer palestina, tras horas de búsqueda entre los trozos de cadáveres conservados en las cámaras frigoríficas, ha reconocido a su marido por una mano amputada. Todo lo que ha quedado de su marido es la alianza del amor eterno que se habían prometido, todavía en el dedo. De una casa habitada por dos familias, arrasada, ha quedado muy poco: unos cuerpos humanos enterrados bajo ella. A los parientes les han enseñado la mitad de un tórax y tres piernas.

Justo en este momento uno de nuestros barcos del Free Gaza Movement está dejando el puerto de Larnaca en Chipre. He hablado con mis amigos a bordo. Heroicos, han almacenado medicamentos por todos los rincones del barco. Tendría que atracar en el puerto de Gaza mañana alrededor de las ocho. Siempre que el puerto siga existiendo después de otra noche de bombardeo sin descanso. Estaré en contacto con ellos durante todo este tiempo.

Que alguien pare esta pesadilla.

Quedarse quietos en silencio significa apoyar el genocidio en curso. Gritad vuestra indignación, en cada capital

del mundo «civilizado», en cada ciudad, en cada plaza, ahogando nuestros gritos de dolor y terror.

Hay una parte de la humanidad que está muriendo en una implorante escucha.

Seguimos siendo humanos.

Fábricas de ángeles

30 de diciembre de 2008

Jabalia, Beit Hanoun, Rafah, Ciudad de Gaza, las etapas de mi personal mapa del infierno. A pesar de lo que repiten los comunicados de los mandos militares israelíes, transmitidos a viva voz por los medios de comunicación europeos, en estos días he sido testigo ocular de bombardeos sobre mezquitas, escuelas, universidades, hospitales, mercados y decenas de edificios civiles.

El director médico del hospital Al Shifa me ha confirmado que recibieron llamadas de miembros destacados de las FDI (el ejército israelí), requiriéndoles evacuar inmediatamente las salas, bajo amenaza de una lluvia de misiles. No se han dejado asustar. El puerto, donde tendría que dormir —aunque en Gaza no se pega ojo desde hace cuatro días—, está sometido de manera continua a bombardeos nocturnos. Ya no se escuchan las sirenas de las ambulancias perseguirse a lo loco,

simplemente porque en el puerto y en los alrededores ya no queda un alma viva, todos han muerto, es como pasearse por un cementerio después de un terremoto.

La situación es de auténtica «catástrofe no natural», un cataclismo de odio y cinismo caído sobre la población de Gaza como Plomo Fundido que destroza cuerpos humanos y, al contrario de lo que se dice, une a todos los palestinos: gente que antes ni se saludaba, por pertenecer a bandos contrarios, ahora se ha reencontrado, víctima de una enorme tragedia. Cuando caen las bombas desde el cielo, a diez mil metros de altura, podéis estar tranquilos que no hacen distinciones entre las banderas de Hamas y las de Fatah expuestas en los balcones. No existen operaciones militares quirúrgicas: cuando la aviación y la marina empiezan a bombardear, las únicas operaciones quirúrgicas son las de los médicos amputando miembros desgarrados a las víctimas sin un instante de pausa para reflexionar, aunque a menudo brazos y piernas podrían salvarse. No hay tiempo, es indispensable apresurarse, las curas necesarias para un miembro seriamente herido podrían representar la condena a muerte para el herido siguiente que espera una transfusión. En el hospital de Al Shifa hay 600 personas ingresadas graves y sólo 29 máquinas respiratorias. Falta de todo, en especial personal cualificado.

Por esta razón, cuando, más que por las noches sin dormir, estamos exhaustos por el inmovilismo y la «ley del silencio» de los gobiernos occidentales, cómplices directos de los crímenes de Israel, decidimos que partiera ayer desde Larnaca (Chipre) uno de nuestros barcos del Free Gaza Movement cargado con tres toneladas de medicinas y personal

médico. Los he esperado inútilmente, tendrían que haber atracado en el puerto a las ocho de esta mañana. Sin embargo han sido interceptados a 90 millas de Gaza por once buques de guerra israelíes que, en medio de aguas internacionales, han intentado hundirlos repetidamente. Los han embestido tres veces, provocando una avería en los motores y una brecha en el casco. La tripulación y los pasajeros han sobrevivido milagrosamente y han conseguido atracar en el puerto de Tiro, al sur del Líbano.

Cada vez más frustrados por el ensordecedor silencio del mundo «civilizado», mis amigos lo volverán a intentar pronto; han descargado los medicamentos de nuestro barco dañado, el *Dignity*, y los han vuelto a cargar en otra embarcación, lista para zarpar de vuelta a Gaza.

Muchos de los periodistas que me entrevistan me preguntan por la situación humanitaria de los palestinos en Gaza, como si el problema fuera la falta de comida, agua, electricidad, gasóleo, y no quien causa estos problemas sellando fronteras, bombardeando instalaciones hidráulicas y centrales eléctricas. En el hospital Al Awda de Jabalia he visto llegar cadáveres y heridos no en ambulancias, sino sobre carretas de madera tiradas por animales.

Tanques, cazas, aviones teledirigidos, helicópteros Apache, el más grande y poderoso ejército del mundo en ataque feroz contra una población que se mueve todavía en burro, como en la época de Jesucristo. Según Al Mezan, un centro para los derechos humanos, en el momento en el que estoy escribiendo son 55 los niños afectados por los bombardeos, de los que 20 han muerto y 35 están gravemente heridos. Israel

ha transformado los hospitales palestinos en fábricas de ángeles, sin darse cuenta del odio que genera, no sólo en Palestina, sino en todo el mundo. Las fábricas de ángeles trabajan sin pausa, también esta tarde, lo sé por el estruendo de las explosiones que escucho más allá de mis ventanas.

Esos cuerpecitos desmembrados, amputados, y esas vidas segadas incluso antes de florecer, serán una pesadilla el resto de mi vida, y si todavía tengo fuerzas para contar su final es porque quiero hacer justicia a quien ya no tiene voz, y quizás a quien no ha tenido nunca oídos para escuchar.

Seguimos siendo humanos.

Catástrofe no natural

1 de enero de 2009

El año nuevo ha reemplazado al viejo con los mismos auspicios de muerte y desolación. Nunca vi caer tantas bombas alrededor de mi casa. Una explosión, a menos de 100 metros, ha sacudido los siete pisos del edificio, haciéndolo oscilar como un péndulo enloquecido. Por un momento he temido que se viniera abajo, los cristales de las ventanas han estallado. Presa del pánico, he rogado a Dios que el edificio hubiera sido construido con criterios sismorresistentes, bien consciente de la pasajera ilusión, ya que Gaza se apoya sobre una franja de tierra que no tiembla. El terremoto aquí se llama Israel.

Sigo buscando desesperadamente a aquellos amigos que no me contestan al teléfono. A Ahmed lo he localizado en su casa, una de las pocas que todavía sigue en pie en el centro del barrio de Tal el Hawa en Ciudad de Gaza. Alrededor, un

escenario apocalíptico que recuerda a la zona chiita del sur de Beirut después de la lluvia de bombas del 2006; bombas de la misma fabricación y procedencia nos caen encima estos días. Ahmed está bien, también su familia, pero su madre tuvo una mala experiencia el sábado. Es una profesora de la escuela Balqees de las Naciones Unidas, y gracias a que aquel día se entretuvo en clase algo más de lo normal ha podido salvarse. Esperando en la parada del autobús, muchos de sus estudiantes quedaron sepultados bajo los escombros producidos por las explosiones.

Una bomba ha caído sobre el coche de Ahmed, un utilitario verde pistacho, el mismo con el que justo la noche anterior dábamos vueltas buscando pan, en una ciudad donde la harina se vende a peso de oro. A Rafiq en cambio lo he localizado por teléfono, su voz cavernosa parecía llegar de un pozo sin fondo, una galería de tristeza y desesperación al acabar de enterarse de la noticia de la muerte de tres de sus mejores amigos durante el ataque al puerto. En uno de los últimos cafés abiertos en Gaza, provisto de conexión a internet (gracias a un generador eléctrico), sonriendo amargamente a un par de amigos les he enseñado desde la pantalla de mi portátil la noticia de un muerto y 382 heridos.

No se trata del número de víctimas de los «cohetes» Qassam lanzados ayer sobre Israel, que afortunadamente no han provocado ninguna muerte, sino la matanza ejecutada por nuestros cohetes de Nochevieja en Italia. Los de Hamas son unos principiantes, dije a mis amigos, si se creen capaces de enfrentarse a Israel con sus juguetes artesanales. Tendrían que ir a la escuela en Nápoles para confeccionar cohetes

verdaderamente mortíferos. Como pacifista y no violento aborrezco cualquier ataque de palestinos contra israelíes, pero aquí estamos hartos de escuchar la cantinela según la cual esta matanza de civiles sería la respuesta de Israel al lanzamiento de los modestos «cohetes» palestinos. Como inciso, desde el 2002 hasta la fecha los Qassam han provocado 18 muertes en Israel, mientras aquí el sábado, en unas pocas horas, hemos contado en los hospitales más de 250 civiles muertos.

Pregunto a los clientes del café por la tregua propuesta por la Unión Europea y aceptada por Israel, que evidentemente tiene gran cantidad de material bélico por utilizar en sus almacenes militares. Todos sacuden la cabeza. ¿Ha habido realmente tregua alguna vez, antes de empezar este ataque feroz contra una población inerme? Sólo en el mes de noviembre, el ejército israelí mató a 17 palestinos (43 en total desde el principio de la «tregua»). Y antes todavía, el asedio criminal impuesto a Gaza había producido más de 200 víctimas entre los enfermos palestinos. Enfermos con todos los papeles en orden para ser evacuados a hospitales del exterior, pero incapacitados para moverse por el cierre de las fronteras. El asedio criminal israelí había derrumbado la ya precaria economía, llevando al paro a más del 60%, obligando al 80% de las familias palestinas a vivir de la ayuda humanitaria. Ayuda que a duras penas se filtraba más allá de la cortina de hierro tendida por Israel alrededor de la prisión a cielo abierto más grande del mundo: Gaza.

Al final hemos tenido que salir corriendo de aquel café, al llegar la enésima llamada de amenaza: el lugar sería bombardeado en pocos minutos.

Ayer, en el campo de refugiados de Jabalia, los cazas F16 lanzaron misiles contra una ambulancia; murieron un médico, Ihab El Madhoun, y su enfermero de confianza, Mohamed abu Hasira. Por eso hoy nosotros, miembros del ISM de diversas nacionalidades, hemos convocado una rueda de prensa frente a las cámaras de una de las televisiones palestinas más populares. Para informar a Israel de que, desde esta noche, viajaremos en las ambulancias para ayudar en las operaciones de auxilio, esperando que nuestra presencia sirva al menos como medio disuasorio de los crímenes contra la humanidad con los que se está ensuciando Israel.

A veces, cuando nos quedamos solos, las conversaciones se tornan sombrías, es probable que al final de esta terrorífica ofensiva la cuenta de los muertos, de los desaparecidos, se vea aumentada con alguno de nosotros. No lo pensamos, seguimos adelante.

Seguimos siendo humanos.

Fantasmas que piden justicia

3 de enero de 2009

Mientras escribo, los tanques israelíes han entrado en la Franja. La jornada ha empezado de la misma manera que acabó la anterior, con la tierra que continúa temblando bajo nuestros pies, y el cielo y el mar, sin pausa alguna, temblando sobre nuestras cabezas, sobre el destino de un millón y medio de personas que han pasado de la tragedia de un asedio a la catástrofe de bombardeos que hacen de los civiles sus blancos predestinados. A mi alrededor todo está envuelto en llamas, cañonazos desde el mar y bombas desde el cielo durante toda la mañana.

Los barcos de pesca a los que hasta hace algunos días acompañábamos en alta mar —más allá de las seis millas establecidas por el asedio ilícito y criminal de Israel— los veo ahora reducidos a brasas ardientes. Si los bomberos trataran de apagar el fuego, acabarían siendo blanco de las ametralladoras de los F16: ya ocurrió ayer.

Después de esta enorme ofensiva, una vez terminado el recuento de muertos, si esto fuera posible alguna vez, habrá que reconstruir una ciudad sobre un desierto de escombros. La ministra de Exteriores israelí Livni declara al mundo que «en Gaza no existe ninguna emergencia humanitaria». Evidentemente, el negacionismo no está sólo de moda por parte del presidente iraní Ahmadinejad. En una cosa los palestinos están de acuerdo con Livni (a la que Joseph, conductor de ambulancias, define como «una ex *serial killer* del Mossad»): los productos alimenticios que están siendo infiltrados en la Franja estos días han aumentado, simplemente porque el anterior mes no pasó prácticamente nada a través de la cortina de alambre de espino tendida por Israel. Pero ¿qué sentido tiene llevar pan recién horneado a un cementerio?

La emergencia es detener inmediatamente las bombas, incluso antes de ocuparse del suministro de alimentos. Los cadáveres no comen, sólo sirven para abonar la tierra, que aquí en Gaza no había sido nunca tan fértil gracias a la descomposición.

Por el contrario, los cuerpos desmembrados de los niños en los tanatorios tendrían que alimentar el sentimiento de culpa de los indiferentes, de los que podrían haber hecho algo. Las imágenes de un Obama sonriente jugando al golf en Hawái han recorrido todas las televisiones árabes como un acto de desprecio a la sombra del luto que amenaza estas tierras. (De todas formas aquí nadie se había ilusionado pensando que el color de la piel pudiera ser suficiente para marcar radicalmente la política exterior estadounidense).

Ayer Israel abrió el paso de Erez para evacuar a todos los extranjeros presentes en Gaza. Nosotros, miembros del

ISM de diversas nacionalidades, somos los únicos que quedamos. Para contestar al gobierno de Tel Aviv hemos convocado hoy una conferencia, en la que hemos explicado las motivaciones que nos inducen a no movernos de aquí. Nos repugna que los pasos se abran para evacuar a ciudadanos extranjeros, los únicos testigos posibles de esta masacre, y no se abran en la dirección opuesta, para permitir la entrada de los numerosos médicos y enfermeros europeos dispuestos a venir en ayuda de sus heroicos colegas palestinos.

No nos vamos porque consideramos esencial nuestra presencia como testigos oculares de los crímenes contra la población inerme hora a hora, minuto a minuto. Llevamos 445 muertos, más de 2.300 heridos, decenas de desaparecidos; 73, en el momento en que escribo, son los menores machacados por las bombas. Hasta ahora Israel cuenta 3 víctimas en total. No huimos como nos han aconsejado nuestros consulados, porque somos muy conscientes de que nuestra aportación en las ambulancias, como escudos humanos y ofreciendo primeros auxilios a los heridos, podría resultar determinante para salvar vidas. También ayer dispararon contra una ambulancia en Ciudad de Gaza, el día anterior murieron dos médicos en el campo de refugiados de Jabalia, alcanzados por un misil disparado desde un helicóptero Apache. Personalmente, no me muevo de aquí porque han sido mis amigos los que me han rogado que no los abandone. Los amigos que todavía están vivos, pero también los muertos, que como fantasmas pueblan mis noches insomnes. Sus rostros limpios todavía me sonríen.

Las 19:33, hospital de la Media Luna Roja, Jabalia. Mientras me encontraba en conexión telefónica con la multitud que

protestaba en una plaza de Milán, dos bombas han caído frente al hospital. Los cristales de la fachada han explotado en pedazos, las ambulancias no han sufrido daños de milagro. En las últimas horas los bombardeos se han vuelto aún más intensos y masivos. La mezquita de Ibrahim Maqadme, cerca de aquí, acaba de derrumbarse bajo las bombas: es la décima en una semana. 11 víctimas mortales por ahora, unos 50 heridos. Una anciana palestina con la que me he cruzado por la calle esta tarde me ha preguntado si Israel se piensa que estamos en la Edad Media, para seguir atacando con precisión quirúrgica las mezquitas como si estuviese obsesionado en una personal guerra santa contra los lugares sagrados del islam en Gaza.

Todavía una lluvia de bombas más sobre Jabalia y, finalmente, han entrado. Las orugas de los tanques que desde hace días estaban parados en la frontera, han entrado en una zona al noroeste de Gaza y están arrasando las casas, metro a metro. Enterrando el pasado y el futuro, familias enteras, una población que, expulsada de sus legítimas tierras en 1948, no había encontrado más refugio que una chabola en un campo de refugiados.

Corrimos aquí a Jabalia después de que una terrible amenaza lloviera del cielo el viernes por la noche. Centenares de folletos lanzados desde los aviones israelíes requerían la evacuación general del campo de refugiados. Amenaza que está demostrándose real, desgraciadamente. Algunos, los más afortunados, han escapado inmediatamente, llevándose sus pocas pertenencias de valor, una televisión, un lector de dvd, los pocos recuerdos de la vida en una Palestina ocupada y perdida hace unos sesenta años. La mayoría no ha encontrado

ningún lugar adonde huir. Harán frente a las orugas hambrientas de sus vidas con la única arma de la que disponen, la dignidad de saber morir con la cabeza alta.

Mis compañeros y yo somos conscientes de los enormes riesgos a los que estamos expuestos, esta noche más que nunca: pero lo cierto es que estamos más cómodos aquí, en el centro del infierno de Gaza, de lo que estaríamos nunca en los paraísos metropolitanos europeos o americanos, donde la gente celebra el año nuevo y no entiende hasta qué punto es realmente cómplice de todas estas muertes de civiles inocentes.

Seguimos siendo humanos.

**Médicos con alas:
Arafa Abed Al Dayem, R.I.P.**

5 de enero de 2009

«A la gente inocente de Gaza: nuestra guerra no es contra vosotros sino contra Hamas: si no paran de lanzar cohetes vosotros estaréis en peligro». Es la transcripción de una grabación que es posible escuchar estos días al contestar al teléfono en Gaza. El ejército israelí la está divulgando, haciéndose ilusiones de que los palestinos no tienen ojos ni oídos. Ojos para ver que las bombas golpean casi exclusivamente objetivos civiles, como mezquitas (quince, la última la de Omar Bin Abd Al Azeez en Beit Hanoun), escuelas, universidades, mercados, hospitales. Oídos para escuchar los gritos de dolor y terror de los niños, víctimas inocentes pero predestinadas en cada bombardeo. Según fuentes hospitalarias, mientras escribo son ya 120 los niños muertos bajo las bombas, sobre un total de 548 muertos, más de 2.700 heridos, decenas y decenas de desaparecidos.

Hace dos días, en el hospital de la Media Luna Roja en el campo de refugiados de Jabalia, no cayó la noche. Desde el cielo, helicópteros Apache lanzaron artefactos luminosos sin parar, hasta el punto de hacernos imposible distinguir entre la noche y el día.

El cañoneo repetido de un tanque detenido a menos de un kilómetro del hospital ha dañado seriamente las paredes del edificio, pero hemos resistido hasta la mañana. Cerca de las diez, han caído bombas de fósforo blanco en el terreno yermo adyacente al edificio, y todo alrededor se ha visto envuelto en fuegos de ametralladora. Según los médicos de la Media Luna Roja se trataba de una advertencia del ejército para nosotros: evacuación inmediata, con la vida en juego. Hemos trasladado a los heridos a otras instalaciones hospitalarias y ahora la base operativa de las ambulancias está en la carretera de Al Nady: el equipo médico está sentado en las aceras esperando las llamadas, que se suceden febrilmente.

Por primera vez desde el comienzo del ataque israelí he visto en los hospitales cadáveres de los miembros de la resistencia palestina. En número modesto, comparado con los centenares de víctimas civiles, que tras la invasión terrestre se han multiplicado vertiginosamente. Tras el ataque a la mezquita de Jabalia (que coincidió con la entrada de los tanques), causante de 11 muertos y unos 50 heridos, y después de pasar toda la noche del sábado acompañando a las ambulancias, hemos comprendido la terrible potencia destructiva de los obuses disparados por los tanques israelíes. En Beit Hanoun una familia que estaba en su casa, al calor de un brasero de leña, ha sido golpeada por uno de estos mortales

disparos de cañón. Hemos recogido 15 heridos, 4 de ellos en condiciones desesperadas. Luego, cerca de las tres de la madrugada, hemos respondido a una llamada de emergencia: demasiado tarde, delante de la puerta de una casa tres mujeres deshechas en lágrimas nos han puesto en los brazos a una niña de 4 años envuelta en una sábana blanca, su mortaja; estaba ya helada. Y todavía otra familia más golpeada de lleno, esta vez por la aviación, en Jabalia, dos adultos con el cuerpo lleno de esquirlas de explosivo. Los dos hijos han tenido heridas leves, pero por cómo gritaban era evidente el trauma psicológico que estaban viviendo, algo que los marcará para toda la vida más profundamente que una cicatriz en la mejilla. A pesar de que nadie se acuerda de nombrarlos, son miles los niños afectados por graves trastornos mentales causados por el terror de los continuos bombardeos o, peor, por la visión de los padres y hermanitos desgarrados por las explosiones.

Los delitos con los que se está manchando Israel en estas horas van más allá de los límites de la imaginación. Los soldados no nos permiten socorrer a los supervivientes de esta inmensa catástrofe no natural. Cuando los heridos se encuentran cerca de los blindados israelíes que los han atacado, no nos está permitido acercarnos con las ambulancias de la Media Luna Roja, los soldados tiran al blanco con nosotros. Necesitaríamos por lo menos el acompañamiento de una ambulancia de la Cruz Roja, coordinada con los mandos militares israelíes, para tener la posibilidad de acudir a intentar salvar sus vidas: intentad imaginar cuánto tiempo haría falta para un procedimiento parecido, sería una condena a muerte segura para los heridos necesitados de transfusiones

o tratamientos de emergencia. Tanto más cuanto que la Cruz Roja tiene sus propios heridos en los que pensar, y no podría de ninguna manera estar disponible a cada llamada nuestra. Nos toca entonces detenernos en zona «protegida», un eufemismo aquí en Gaza, y esperar que los familiares nos acerquen a los suyos, moribundos, casi siempre cargándolos a la espalda.

Así ocurrió esta mañana cerca de las cinco y media, cuando detuvimos la ambulancia con el motor encendido en el medio de un cruce, indicando por teléfono nuestra posición a un familiar de los heridos. Después de unos diez minutos de enervante espera, cuando el conductor había decidido ya ponerse en marcha y evacuar la zona para atender a otra llamada, hemos visto una carreta cargada de personas y tirada por un burro dar la vuelta a la esquina y dirigirse lentamente hacia nosotros. Una pareja con sus dos hijitos pequeños. La mejor representación posible de esta no-guerra.

Esta, efectivamente, no es una guerra, porque no hay dos ejércitos enfrentados en el campo de batalla: es un asedio unilateral dirigido por una de las fuerzas armadas (aviación, flota y ejército) más poderosas del mundo, seguramente de las más avanzadas en cuanto a tecnología militar, que ha atacado una mísera franja de tierra de 360 km², donde la población se mueve todavía en burro y donde existe una resistencia mal armada cuya única fuerza es la de estar pronta para el martirio.

Cuando la carreta se acercó lo suficiente, fuimos a su encuentro y descubrimos con horror su macabra carga. Un niño estaba tumbado con el cráneo destrozado, los ojos, literalmente salidos de las órbitas, colgaban de la cara como

las pinzas de un cangrejo; cuando lo recogimos todavía respiraba. Su hermanito, en cambio, tenía el tórax abierto, se podían contar claramente las costillas blancas tras los pedazos de carne desgarrada. La madre tenía las manos apoyadas sobre aquel pecho abierto, como si intentara arreglar lo que el fruto de su amor había sabido engendrar y el odio de un anónimo soldado, obediente a las órdenes, había destrozado para siempre. Un crimen más, y nuestro enésimo momento de luto personal.

El ejército israelí sigue teniendo a las ambulancias en el punto de mira. Después del médico y el enfermero muertos en Jabalia hace cuatro días, ayer le ha tocado a un amigo nuestro, Arafa Abed Al Dayem, de 35 años, que deja cuatro hijos. Sobre las ocho y media de la mañana recibimos una llamada desde Ciudad de Gaza, dos civiles destrozados por la ametralladora de un tanque; una de nuestras ambulancias de la Media Luna Roja acudió corriendo al lugar. Arafa y un enfermero cargaron los dos heridos en la ambulancia y cerraron las puertas listos para correr hacia el hospital, cuando fueron acertados de lleno por un obús disparado desde un tanque. El golpe decapitó a uno de los heridos, matando también a nuestro amigo; el enfermero se ha librado, pero ahora está internado en el mismo hospital donde trabajaba. Arafa, profesor en la escuela primaria, se ofrecía como enfermero voluntario cuando había escasez de personal. Bajo esta lluvia de bombas, en esta situación de alto riesgo, nadie habría tenido el coraje de llamarle. Pero Arafa se había presentado por sí mismo, y trabajaba consciente del peligro, convencido de que además de su familia existían también otros seres

humanos que había que defender, que ayudar. Echamos de menos sus chistes, su irresistible y contagioso sentido del humor capaz de desdramatizar hasta las situaciones más deprimentes. Alguien tiene que parar esta carnicería, he visto cosas estos días, escuchado estruendos, sufrido pestilentes olores, que difícilmente podré contar a mis posibles hijos futuros. Sentirse aislados y abandonados es desolador, pero no menos que la visión de un barrio de Gaza después de una campaña de bombardeo aéreo. El sábado por la noche me llamaron los participantes en la manifestación de la plaza de Milán: yo les pasé a su vez el móvil a los médicos y los enfermeros que trabajan conmigo, los pude ver animarse por un rato. Las manifestaciones en todo el mundo demuestran que existe alguien en quien creer, pero todavía no están en condiciones de ejercer la presión necesaria sobre los gobiernos occidentales para que detengan los crímenes de Israel.

Son muchísimas las mujeres embarazadas, aterrorizadas, que en estos momentos están dando a luz a hijos prematuros. He acompañado a tres personalmente al paritorio. Una de ellas, Samira, dio a luz a los siete meses a un espléndido, minúsculo bebé, llamado Ahmed. Corriendo con ella en la ambulancia hacia el hospital Al Awda y dejando atrás, en los espejos retrovisores, el escenario de muerte y destrucción donde poco antes estábamos recogiendo cadáveres, pensé por un momento que esta nueva vida que estaba llegando podría ser el augurio de un futuro de paz y esperanza. La ilusión se desvaneció con el primer cohete que cayó junto a nuestra ambulancia de vuelta del Awda hacia el centro de Jabalia. Estas madres-coraje alumbran criaturas que no podrán

recibir como primera luz de sus ojos más que el verde militar de los tanques y los jeeps, así como los relámpagos intermitentes de las explosiones.

¿En qué tipo de adultos se convertirán estos niños?

Seguimos siendo humanos.

Al-Nakba¹

6 de enero de 2009

Desfilan temerosos con la mirada vuelta hacia arriba, sometidos a un cielo que derrama sobre ellos una lluvia de terror y muerte, temerosos de la tierra que sigue temblando bajo sus pasos, abriendo cráteres donde antes había casas, escuelas, universidades, mercados, hospitales, sepultando sus vidas para siempre. He visto caravanas de palestinos desesperados huyendo de Jabalia, Beit Hanoun y de todos los campos de refugiados de Gaza, para ir a agolparse, como si de víctimas de un terremoto se tratase, en las escuelas de las Naciones Unidas. Como si fueran víctimas de un tsunami que día tras día avanza tragándose la Franja de Gaza y a toda

1 al-Nakba: catástrofe. Es el nombre con el que los árabes definen el éxodo del pueblo palestino consecuencia del conflicto árabe-israelí de 1948-1949. Este acontecimiento es conmemorado cada año, en recuerdo de la expulsión de cerca de 800.000 árabes de Palestina.

su población civil: sin piedad, sin observar en lo más mínimo los derechos humanos, convirtiendo en papel mojado las Convenciones de Ginebra. Por encima de todo, sin que ningún gobierno occidental mueva un solo dedo para detener esta masacre, para enviar personal médico, para impedir el genocidio con el que se está manchando Israel.

Continúan los ataques indiscriminados contra los hospitales y el personal médico. Ayer, después de dejar el Al Awda de Jabalia, recibí una llamada de Alberto, compañero español del ISM: una bomba había caído sobre el hospital. Abu Mohammed, enfermero, ha quedado seriamente herido en la cabeza. Él mismo, comunista, me contaba poco antes de ser alcanzado, delante de un café, la heroica gesta de los líderes del Frente Popular, sus mitos: George Habbash, Abu Ali Mustafa, Ahmad Al Sadat.

Se le habían iluminado los ojos al saber que las primeras noticias acerca de la inmensa tragedia de Palestina me llegaron a través de mis padres, comunistas convencidos. Me preguntó cuáles fueron los líderes de la izquierda italiana verdaderamente revolucionarios en el pasado, y yo contesté que Antonio Gramsci. ¿Y los de hoy? Me tomé mi tiempo, hoy le tendría que haber contestado. Abu Mohammed, que ahora yace en coma en el hospital donde trabajaba, se ha ahorrado mi decepcionante respuesta.

Cerca de la medianoche recibí otra llamada, esta vez de Eva. El edificio donde se encontraba estaba siendo atacado. Conozco bien ese edificio, en el centro de Ciudad de Gaza, es la sede de los principales medios de comunicación, he pasado allí una noche con algunos amigos fotógrafos de prensa

palestinos, que están intentando contar con imágenes y palabras la catástrofe «no natural» que sufrimos desde hace diez días. Reuters, Fox News, Russia Today y decenas de agencias, locales y extranjeras, bajo el fuego de siete misiles disparados desde un helicóptero israelí. Han conseguido evacuar a todos antes de resultar seriamente heridos: cámaras, fotógrafos, periodistas, todos palestinos, dado que Israel no permite pisar Gaza a los periodistas internacionales. No hay objetivos «estratégicos» alrededor de este edificio, ni resistencia que combata el avance de los mortales blindados israelíes, situados bastante más al norte.

Evidentemente, alguien en Tel Aviv no puede soportar que las imágenes de las matanzas de civiles se superpongan con las de las conferencias de prensa con aperitivo incluido para sus periodistas comprados. A través de ellas están tratando de convencer al mundo de que los objetivos de las bombas son sólo los terroristas de Hamas, y no los niños horriblemente mutilados que sacamos cada día de entre los escombros. En Zaytoun, a unos diez kilómetros de Jabalia, un edificio bombardeado se vino abajo sobre una familia, una veintena de víctimas. El personal de auxilio ha tenido que esperar varias horas antes de poder llegar al lugar, los militares seguían disparando contra ellos.

Disparan a las ambulancias, bombardean los hospitales. Hace unos días, desde una conocida emisora radiofónica de Milán, una «pacifista» israelí me dijo muy claramente que esta es una guerra donde las dos partes enfrentadas utilizan todas las armas disponibles. Invito pues a Israel a lanzarnos encima una de sus muchas bombas atómicas que mantiene

escondidas en secreto, en contra de todos los tratados de no proliferación nuclear. Que nos tire encima la bomba definitiva, y acabe con la inhumana agonía de miles de cuerpos destrozados en los dormitorios hacinados de los hospitales.

Ayer tomé algunas fotografías en blanco y negro a las caravanas de carretas arrastradas por mulas, cargadas hasta lo inverosímil de niños ondeando una tela blanca hacia el cielo, los rostros pálidos, aterrorizados. Al volver a ver hoy esas tomas de refugiados huyendo, he sentido escalofríos recorriendo mi espalda. Si se pudieran superponer a las fotografías que testimonian la Nakba de 1948, la catástrofe palestina, coincidirían a la perfección. Delante del inmovilismo vil de países y gobiernos que se dicen democráticos, aquí se está desarrollando una nueva catástrofe, una nueva limpieza étnica contra la población palestina.

Hasta esta mañana se contaban 650 muertos, 153 niños, más de 3.000 heridos, decenas y decenas de desaparecidos. El cómputo de las víctimas civiles israelíes, afortunadamente, se mantiene inmóvil en la cifra de 4. Desde esta tarde hay que ajustar dramáticamente el balance por la parte palestina: el ejército israelí comenzó a bombardear las escuelas de las Naciones Unidas. Las mismas que acogían a millares de desplazados, evacuados por la amenaza de un ataque inminente. Los han sacado de los campos de refugiados, de las aldeas, sólo para reunirlos a todos en un único lugar, un objetivo más cómodo. Son 3 las escuelas bombardeadas hoy. La última, la de Al Fakhura en Jabalia, acertada de lleno. Más de 40 muertos. En pocos instantes se han ido hombres, ancianos, mujeres, niños que se creían a salvo detrás de los muros pintados de

azul con el logotipo de la ONU. Las otras 20 escuelas de las Naciones Unidas tiemblan. No hay vía de escape en la Franja de Gaza, no estamos en Líbano, donde los civiles de los pueblos del sur que cayeron bajo las bombas israelíes fueron evacuados hacia el norte, o a Siria y Jordania. De enorme prisión a cielo abierto, la Franja de Gaza se ha transformado en trampa mortal. Aquí la gente se mira estremecida y se pregunta si el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas será capaz en esta ocasión de declarar una unánime condena, después de que también sus escuelas hayan sido puestas en el punto de mira. Alguien fuera de aquí ha decidido en verdad construir un desierto y luego llamarlo paz.

Nos espera una larga noche en las ambulancias, a pesar de que el amanecer aquí es ahora una quimera. Los repetidores de teléfonos móviles han sido destruidos en toda la Franja, hemos renunciado a contar con ellos. Espero volver a ver, un día, a todos los amigos a quienes ya no puedo escuchar, pero no me hago ilusiones. Aquí, en Gaza, todos somos objetivos andantes, sin excepción alguna. Acaba de contactarme el consulado italiano; dicen que mañana van a evacuar a nuestra última compatriota: una anciana monjita que desde hace veinte años vive en las inmediaciones de la iglesia católica en Gaza, ahora adoptada por los palestinos de la Franja. El cónsul me pidió amablemente que aproveche esta última oportunidad, uniéndome a la monja para escapar de este infierno. Le di las gracias por su generosa oferta, pero de aquí no me muevo, no puedo hacerlo.

Por los momentos de luto que hemos vivido, antes que ser italianos, españoles, ingleses, australianos, en este momento somos todos palestinos. Si sólo por un minuto al día lo

fuéramos todos, como muchos fuimos judíos durante el Holocausto, creo que nos podríamos ahorrar toda esta masacre.
Seguimos siendo humanos.

Tirachinas contra bombas de fósforo blanco

7 de enero de 2009

«Coge unos gatitos, unos tiernos gatitos, y mételos en una caja», me dice Jamal, cirujano en el hospital Al Shifa, el más importante de Gaza, mientras un enfermero deja en el suelo, justo delante de nosotros, un par de cajas de cartón cubiertas de manchas de sangre. «Cierra la caja y entonces, con toda tu fuerza y todo tu peso, salta encima de ella hasta que oigas el crujir de los pequeños huesos, y el último maullido quede sofocado». Miro fijamente las cajas, atónito; el médico continúa: «Intenta ahora imaginar lo que sucedería inmediatamente después de divulgar una escena semejante, la reacción lícita de indignación de la opinión pública mundial, las denuncias de las organizaciones defensoras de los animales...». El médico prosigue su relato y yo no consigo apartar los ojos ni un instante de las cajas depositadas a mis pies. «Israel ha encerrado a cientos de civiles en una escuela

como esa caja, decenas de niños, y después la ha aplastado con todo el peso de sus bombas. ¿Y cuáles han sido las reacciones en el mundo? Casi ninguna. Más nos valdría haber nacido animales, antes que palestinos, habríamos estado mejor protegidos».

En este punto, el médico se agacha sobre una caja y la destapa delante de mí. Dentro hay miembros mutilados, brazos y piernas, de la rodilla hacia abajo o el fémur completo, amputados a los heridos de la escuela de las Naciones Unidas Al Fakhura de Jabalia, con más de cincuenta víctimas, por el momento. Simulo una llamada urgente y me despido de Jamal; en realidad voy hacia los aseos, me doblo en dos y vomito. Justo antes me entretuve discutiendo con el doctor Abdel, oftalmólogo, sobre los rumores, las voces descontroladas que desde hace días circulan a lo largo de la Franja y que dicen que el ejército israelí estaría lanzando sobre nosotros una lluvia de armas no convencionales, prohibidas por la Convención de Ginebra. Bombas Cluster y bombas de fósforo blanco. Exactamente las mismas que el ejército del Tsahal utilizó en la última guerra del Líbano y la aviación de los Estados Unidos en Falluja, violando las normas internacionales.

Frente al hospital Al Awda hemos sido testigos (y lo hemos filmado) de la utilización de bombas de fósforo blanco, arrojadas a unos quinientos metros de donde estábamos, demasiado lejos para estar seguros de que bajo los helicópteros Apache israelíes había civiles, pero terriblemente demasiado cerca de nosotros. El Tratado de Ginebra de 1980 establece que el fósforo blanco no debe ser utilizado directamente como arma de guerra en zonas civiles, sino solamente como bomba

de humo o para iluminar. No cabe duda de que utilizar esta arma sobre Gaza, una franja de tierra donde se concentra la mayor densidad de población en el mundo, es ya un crimen a priori.

El doctor Abdel me ha informado de que en el hospital Al Shifa no tienen capacidad militar ni médica específicas para precisar si determinadas heridas de los cadáveres que han examinado han sido efectivamente producidas por armas ilegales. En su opinión, sin embargo, en veinte años de profesión nunca había visto casos de decesos como los que han llegado al hospital en las últimas horas. Me ha hablado de traumatismos craneales, con fracturas en tabique nasal, mandíbula y huesos cigomático, lagrimal, nasal y palatino, que indicarían el impacto de una enorme fuerza sobre el rostro de la víctima. Lo que desde su punto de vista es totalmente inexplicable es la completa ausencia de globos oculares, que incluso en traumatismos de tal magnitud deberían permanecer en su lugar, o al menos dejar restos en el interior del cráneo. Sin embargo, están llegando a los hospitales palestinos cadáveres sin ojos, como si alguien se los hubiera extirpado quirúrgicamente antes de entregarlos al forense.

Israel nos ha informado de que desde hoy nos es concedida generosamente una tregua en los bombardeos por 3 horas al día, desde la 1 a las 4 de la tarde. Estas declaraciones de los dirigentes militares israelíes son asumidas por la población de Gaza con la misma confianza que cuando los líderes de Hamas declaran haber hecho estragos entre los soldados enemigos. Que quede claro, el peor enemigo de los soldados de Tel Aviv son los propios combatientes bajo la

estrella de David. Ayer, un buque de guerra en alta mar frente al puerto de Gaza identificó a un nutrido grupo de guerrilleros de la resistencia palestina, que se movía alrededor de Jabalia, y lo bombardearon. Se trataba sin embargo de sus camaradas de ejército; resultado: 3 soldados israelíes muertos y una veintena de heridos. Ya nadie cree aquí en las treguas anunciadas por Israel, de hecho hoy a las 2 de la tarde Rafah estaba bajo el fuego de la aviación, mientras en Jabalia se producía la enésima matanza de niños: tres hermanitas, de 2, 4 y 6 años de la familia Abed Rabbu. Una media hora antes, también en Jabalia, eran nuestras ambulancias las que estaban siendo atacadas. Eva y Alberto, mis compañeros del ISM, que se encontraban a bordo, han grabado lo ocurrido, entregando luego los vídeos y las fotos a los principales medios de comunicación. Los francotiradores israelíes han herido en las piernas a Hassan, todavía con el luto reciente por la muerte de su mejor amigo, Arafa, el enfermero muerto hace dos días mientras socorría a los heridos en Ciudad de Gaza. Mis compañeros de la ambulancia de la Media Luna Roja se habían detenido a recoger el cuerpo de un hombre moribundo en mitad de la carretera y fueron blanco de una decena de disparos. Una bala golpeó la pierna de Hassan, dejando la ambulancia como un colador.

Yendo hacia el hospital Al Quds, en uno de los pocos taxis temerarios que, zigzagueando, aún desafían el tiro al blanco de las bombas, vi parados en una esquina de la calle a un grupo de chiquillos sucios, con las ropas hechas harapos, idénticos a los limpiabotas de la posguerra italiana. Con un tirachinas

lanzaban piedras hacia el cielo, en dirección al enemigo lejano e inaccesible que está jugando con sus vidas.

La enloquecida metáfora que revela el absurdo de estos tiempos y estas tierras.

Seguimos siendo humanos.

¡No dejaré mi país!

8 de enero de 2009

La pasta de dientes, el cepillo, las cuchillas y mi espuma de afeitar. La ropa que llevo puesta, el jarabe para tratar una fea tos que sufro desde hace semanas, los cigarrillos que compré para Ahmed, el tabaco para mi narguile. Mi teléfono móvil, el ordenador portátil en el que tecleo frenético para transmitir un testimonio del infierno que me rodea. Todo lo que se necesita para una vida digna y humilde en Gaza proviene de Egipto y llega a las estanterías de las tiendas en el centro pasando a través de los túneles. Los mismos túneles que los aviones de combate F16 israelíes siguen bombardeando intensamente durante las últimas 12 horas, involucrando en la destrucción a miles de casas de Rafah, cerca de la frontera. Hace un par de meses me hice arreglar tres muelas en mal estado; al final de la operación recuerdo haber preguntado a mi dentista palestino dónde obtenía todo el material

de odontología, anestésicos, jeringuillas, coronas de cerámica y los utensilios de la profesión. Indiferente, el dentista me hizo un gesto con las manos: de debajo de la tierra. No cabe ninguna duda de que a través de los túneles de Rafah también han pasado explosivos y armas, las mismas que la resistencia está utilizando hoy para tratar de frenar el temido avance de los mortales blindados israelíes, pero eso no es nada en comparación con las toneladas de alimentos y bienes de consumo que entraban en Gaza, reducida al hambre por un asedio criminal. En internet es fácil encontrar fotos que documentan cómo también el ganado atravesaba por el túnel la frontera con Egipto. Cabras y bovinos, adormecidos y atados, los bajaban por un pozo egipcio para hacerlos salir nuevamente al exterior en este lado, para proveer a Gaza de leche, queso y carne. También los principales hospitales de la Franja de Gaza se aprovisionaban ilegalmente. Los túneles eran el único recurso que permitía al pueblo palestino sobrevivir al asedio; un asedio que aquí, bastante antes de los bombardeos, estaba generando unas tasas de desempleo del 60%, obligando al 80% de las familias a vivir de la ayuda humanitaria. Nuestros compañeros del ISM en Rafah nos describen el enésimo éxodo al que están asistiendo. Caravanas de desesperación que sobre carretas arrastradas por mulas, o sobre otros medios a su alcance, están abandonando sus hogares frente a Egipto. Guión ya visto, en los días anteriores habían llovido desde el cielo folletos intimidatorios exhortando a la evacuación; Israel mantiene siempre sus amenazas, ahora están lloviendo bombas.

Los desalojados hoy pasarán la noche en casa de familiares, amigos y conocidos en Gaza. Nadie se atreve ahora a

ir a las escuelas de las Naciones Unidas, después de la masacre de ayer en Jabalia. Pero hay muchísimos que no se han movido porque no tienen ningún lugar donde protegerse. Pasarán la noche rezando a un Dios que los salve de la muerte, ya que ningún hombre parece interesarse por sus vidas. Por ahora son 768 los muertos palestinos, 3.129 los heridos, 219 los niños asesinados. El cómputo de las víctimas civiles israelíes, afortunadamente, se mantiene todavía inmóvil en la cifra de 4.

En Zaytoun, un barrio al este de Ciudad de Gaza, las ambulancias de la Cruz Roja pudieron alcanzar el lugar de la masacre sólo al cabo de varias horas, coordinándose con los mandos militares israelíes. Cuando llegaron, recogieron 17 cadáveres y 10 heridos, todos pertenecientes a la familia Al Samouni. Una ejecución perfecta, en los cuerpecitos de los niños muertos no puedes ver la metralla, sólo los agujeros de los proyectiles.

Las dos últimas noches en los hospitales de Ciudad de Gaza fueron más tranquilas que de costumbre, hemos socorrido a decenas de heridos, no a centenares. Obviamente, después de la tragedia de la escuela Al Fakhura, el ejército israelí ha reventado la asignación semanal de muertes civiles que ofrecer al gobierno en vista de las inminentes elecciones. Nos llegan rumores de que esta misma noche volverán a rebosar los tanatorios. A golpe de sirena seguimos acompañando a los hospitales a mujeres embarazadas que darán a luz prematuramente. Como si la naturaleza, la conservación de la especie, llevase a estas madres-coraje a anticipar la llegada al mundo de nuevas vidas para sustituir el creciente

número de muertos. El primer grito de estos bebés, cuando sobreviven, consigue imponerse por un momento al estruendo de las bombas. Leila, compañera del ISM, pidió a los niños de nuestros vecinos que escribieran sus pensamientos sobre la enorme tragedia que estamos viviendo. Estos son algunos extractos de sus escritos, los horrores de la guerra vistos desde una mirada pura e inocente, la de los niños de Gaza:

Suzanne, de 15 años:

«La vida en Gaza es muy difícil. En realidad, no se puede describir todo. No podemos dormir, no podemos ir a la escuela o estudiar. Vivimos muchas emociones, a veces tenemos miedo y nos preocupamos porque los aviones y los barcos disparan veinticuatro horas al día. A veces nos aburrimos porque durante el día no hay electricidad, y por la noche la tenemos sólo por unas cuatro horas, y cuando hay miramos las noticias en la televisión. Y vemos niños y mujeres heridos o muertos. Así vivimos el asedio y la guerra».

Fatma, de 13 años:

«Fue la semana más difícil de mi vida. El primer día estábamos en la escuela, examinándonos del primer trimestre, después empezaron las explosiones y a muchos estudiantes los mataron o fueron heridos, y los demás seguro que han perdido un pariente o un vecino. No hay electricidad, comida ni pan. ¡Qué podemos hacer, son los israelíes! Todo el mundo está celebrando el

año nuevo, también nosotros lo celebramos, pero de una manera diferente».

Sara, de 11 años:

«Gaza vive en estado de asedio, como en una gran cárcel: no hay agua, ni electricidad. La gente tiene miedo y no duerme por la noche, y cada día matan a nuevas personas. Hasta ahora, han matado a más de 700 y herido a más de 3.000. Y cuando los estudiantes se examinaban del primer trimestre, entonces Israel ha disparado a las escuelas, al Ministerio de Educación y a muchos ministerios. Cada día la gente se pregunta cuando terminará, y esperan otros barcos de activistas como Vittorio y Leila».

Darween, de 8 años:

«Soy un niño palestino, y no dejaré mi país; y escucho el ruido de los misiles pero no dejaré mi país».

Meriam tiene 4 años, sus hermanitos le preguntaron:

«¿Qué es lo que sientes cuando escuchas los misiles?», y ella dijo: «¡Tengo miedo!», e inmediatamente corrió a esconderse detrás de las piernas de su padre.

Gaza está melancólicamente envuelta en la oscuridad desde hace diez días, sólo en los hospitales nos es posible recargar los ordenadores y teléfonos móviles, y ver la televisión con los médicos y enfermeros, a la espera de una llamada de emergencia. Escuchamos el estruendo de las

bombas en la lejanía, en unos minutos las redes de satélites árabes transmiten con exactitud dónde se ha producido la explosión. Muchas veces volvemos a ver en la pantalla cómo sacan los cuerpos de los escombros, como si no fuera suficiente haberlo visto en directo. Ayer por la noche, zapeando, di con una televisión israelí. Daban un festival de música tradicional, con sus vedettes ligeras de ropa y fuegos artificiales al final. Hemos vuelto a nuestro horror, no en la pantalla, sino en las ambulancias. Israel tiene todo el derecho a reír y cantar, también mientras masacra a sus vecinos. Los palestinos sólo piden morir de una forma diferente, qué sé yo, de vejez.

Seguimos siendo humanos.

Han matado a Hipócrates

9 de enero de 2009

En Gaza un pelotón de fusilamiento ha puesto contra una pared a Hipócrates, ha apuntado y ha abierto fuego.

Las alucinantes declaraciones de un portavoz de los servicios secretos israelíes, según el cual el ejército ha obtenido vía libre para disparar sobre las ambulancias porque se presume que a bordo habría miembros de la resistencia palestina, dan una idea del valor que Israel concede a la vida en estos días; la vida de los enemigos, se entiende.

Merece la pena recordar el juramento hipocrático, al cual debe atenerse todo médico antes de comenzar a ejercer su profesión, en particular en este pasaje: «Consciente de la importancia y de la solemnidad del acto que realizo y de la obligación que asumo, juro: ejercer la medicina en libertad e independencia de juicio y de comportamiento; atender a todos mis pacientes con idéntico escrúpulo y tesón, independientemente de los

sentimientos que estos me inspiren y prescindiendo de toda diferencia de raza, religión, nacionalidad, condición social e ideología política».

Son 9 los camisas blancas muertos desde el inicio de los bombardeos, una decena las ambulancias golpeadas por la artillería israelí. Los supervivientes tiemblan de miedo, pero no se echan para atrás. Las sirenas carmesíes de las ambulancias son las únicas luces en las calles que rompen la oscuridad de las noches de Gaza, exceptuando los relámpagos que preceden a las explosiones. Pierre Wettach, jefe de Cruz Roja en Gaza, denuncia que sus ambulancias no han podido acudir al lugar de la masacre en Zaytoun, al este de Ciudad de Gaza, hasta 24 horas después del ataque israelí. El personal de auxilio declara haberse encontrado ante un escenario pavoroso: «Cuatro niños pequeños junto al cuerpo sin vida de su madre en una de las casas. Estaban demasiado débiles para sostenerse en pie. Fue encontrado vivo también un hombre, de igual manera demasiado débil para sostenerse en pie. En total yacían 12 cuerpos sobre los colchones». Los testimonios de esta enésima carnicería cuentan cómo los soldados israelíes, infiltrados en el barrio, reunieron a decenas de miembros de la familia Al Samouni en un solo edificio, para después bombardearlo repetidamente.

Con mis compañeros del ISM hace días que andamos en las ambulancias de la Media Luna Roja sufriendo múltiples ataques. Nuestro deber es recoger heridos en las ambulancias, no albergar a bordo guerrilleros. Y cuando encontramos tirado en la calle a un hombre reducido a un amasijo de sangre, no hay tiempo de controlar su documentación, de preguntarle si

pertenece a Hamas o Fatah. Además de que los heridos, del mismo modo que los muertos, no responden.

Hace algunos días, mientras cargábamos un herido grave, intentó subir a la ambulancia al mismo tiempo otro hombre, herido de una manera más leve. Lo empujamos afuera, justamente para que quede claro a los que espían desde el cielo que no hacemos de taxi para transportar a miembros de la resistencia. La noche pasada llegó al hospital Al Quds de Ciudad de Gaza Miriam, de 17 años, presa de dolores de parto. Por la mañana habían pasado por el mismo hospital su padre y su cuñada, ambos cadáveres, víctimas de uno de tantos bombardeos indiscriminados sobre civiles. Durante la noche Miriam ha parido un precioso bebé, inconsciente del hecho de que mientras ella se encontraba en el paritorio, una planta más abajo, al depósito de cadáveres, llegaba también el joven marido.

Finalmente incluso la ONU se ha percatado de que aquí en Gaza estamos todos en el mismo barco, objetivos móviles de cada francotirador. Hemos alcanzado la cifra de 789 víctimas, 3.300 heridos, de los cuales 410 se encuentran en situación crítica, 230 niños muertos, decenas y decenas de desaparecidos. El cómputo de las víctimas civiles israelíes, afortunadamente, se mantiene siempre inmóvil en la cifra de 4. Por boca de John Ging, jefe de la UNRWA (Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina), la ONU ha anunciado la suspensión de su actividad humanitaria a lo largo de la Franja. Me he cruzado con Ging en las oficinas de la agencia de noticias Ramattan y lo he visto agitar indignado su índice acusador contra Israel ante las cámaras de

televisión. La ONU cesa su actividad en Gaza después de que hayan matado ayer a dos de sus operadores, ironía del destino, durante las tres horas de la tregua cotidiana que Israel ha anunciado, y no ha respetado. «Los civiles de Gaza tienen a su disposición 3 horas al día para intentar sobrevivir, los soldados israelíes las restantes 21 para intentar exterminarlos», he escuchado declarar a Ging a dos pasos de mí. Desde Jerusalén me escribe Yasmine, mujer de uno de los muchos periodistas que hacen cola en el paso de Erez a la espera de un salvoconducto que Israel se resiste a conceder. Está prohibido contar esta masacre desde el interior. Estas son sus palabras: «Anteayer fui a ver Gaza desde fuera. Los periodistas extranjeros están todos amontonados sobre una colina de arena a un par de kilómetros de la frontera. Decenas de cámaras de televisión apuntan hacia vosotros. Se escuchan aviones sobrevolando, pero no se ven, parecen sólo ilusiones mentales hasta que se ve el humo negro subir en el horizonte. La colina se ha convertido también en destino turístico para los israelíes de la zona. Con enormes prismáticos y máquinas fotográficas vienen a ver los bombardeos en vivo».

Mientras estoy transcribiendo esta correspondencia una bomba cae en el edificio de al lado. Los vidrios tiemblan, duelen los tímpanos, me asomo a la ventana y veo que han golpeado el edificio donde se concentran los principales medios árabes. Se trata de uno de los edificios más altos de toda Ciudad de Gaza, el Al Jaawhara Building. Tienen sobre el techo un equipo con cámaras de televisión, les observo ahora retorcerse en el suelo, agitando los brazos invocando ayuda,

envueltos en una capa de humo negro. Sanitarios y periodistas, las profesiones más heroicas en este rincón del mundo.

Ayer fui al hospital Al Shifa a ver a Tamim, reportero superviviente de un bombardeo aéreo. Me ha explicado cómo, según su parecer, Israel está adoptando técnicas terroristas idénticas a las de Al Qaeda: bombardea un edificio, espera la llegada de los periodistas y de los servicios de socorro, y entonces lanza otra bomba que hace estragos entre estos últimos. En su opinión este es el motivo de que se estén registrando tantas víctimas entre enfermeros y reporteros; el personal sanitario a su alrededor asiente. Tamim me ha querido mostrar, sonriente, sus muñones. Ha perdido las piernas, pero está feliz de haber tenido suerte, al contrario que su colega Mohammed, muerto por una segunda explosión mientras disparaba su cámara fotográfica. Me he informado mientras tanto: la bomba que acaba de caer en el edificio vecino ha dejado heridos a dos periodistas, ambos palestinos, uno de la Libyan TV, el otro de la Dubai Television. Otra clara advertencia de la exigencia de que no sea contada esta masacre de víctimas civiles de ninguna de las maneras. Sólo me queda esperar que en el cuartel general de los mandos militares israelíes no se lea *El Manifiesto*, y que tampoco sean asiduos visitantes de mi blog.

Seguimos siendo humanos.

**Destrucción total:
estamos trabajando**

10 de enero de 2009

Algunas familias de palestinos nos han entregado folletos, caídos del cielo en los días pasados, que la aviación israelí ha lanzado en lugar de las bombas. Folleto n.º 1, traducido del árabe: «A todas las personas residentes en la zona. Debido a los actos terroristas con que los terroristas presentes en vuestra zona están atacando a Israel, las Fuerzas de Defensa de Israel se han visto obligadas a responder inmediatamente y actuar de esta manera en vuestra zona. Os exhortamos, por vuestra seguridad, a evacuar inmediatamente la zona. Fuerzas de Defensa de Israel». En la práctica el ejército israelí está yendo de casa en casa pegando en las puertas un cartel de «estamos trabajando», antes de arrasar barrios completos, enterrando para siempre esperanzas de vida presentes y futuras. Sepultando bajo toneladas de escombros a quien no tiene un lugar adonde huir.

Hace poco nos han comunicado el lanzamiento de nuevos folletos, que avisan de que «la tercera fase de la guerra al terrorismo está a punto de empezar». Son amables los militares israelíes, piden colaboración a la población de Gaza antes de aplastarla como a insectos. Si los folletos no son lo suficientemente convincentes, está también la aviación golpeando «suavemente» los tejados de las casas en Gaza. Es un nuevo método de los últimos días, llueven bombas un poco más ligeras, lo bastante para arrancar los techos de las viviendas e invitar a los habitantes a desalojar. Después de dos o tres minutos los cazas vuelven, y ya no queda nada más del edificio. Evacuar, pero ¿evacuar adónde? Ya no existen lugares seguros en toda la Franja, yo personalmente temo más por mi vida en una ambulancia, o pasando junto a una mezquita o una escuela, que delante de uno de los edificios del gobierno que siguen en pie. Anoche, a 20 metros de mi casa, los aviones de combate israelíes han derribado el parque de bomberos. En la calle paralela al puerto he descubierto esta mañana cráteres de tres metros de profundidad, como si se tratara de una lluvia de meteoritos en una película de ciencia-ficción. La diferencia es que aquí los efectos especiales hacen mucho daño.

Andando por los pasillos del hospital Al Shifa, atestados de heridos esperando tratamiento, es posible encontrarse con un médico de rasgos físicos no precisamente árabes: es Mads Gilbert, un noruego de la organización no gubernamental Norwac. Gilbert, anestesista, confirma la sospecha de que Israel está utilizando armas prohibidas contra los civiles de Gaza: «Muchos heridos llegan con amputaciones extremas,

con ambas piernas destrozadas, lesiones que yo sospecho sean producidas por armas Dime²». Todo esto mientras Navi Pillay, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, denuncia «gravísimas violaciones que pueden constituir crímenes de guerra».

El último de estos crímenes sucedió hace pocas horas, al este de Jabalia: la familia de Abed Rabbu se estaba provisionando de alimentos en una de las pequeñas tiendas que todavía siguen abiertas, y que ha sido bombardeada: 8 muertos, 10 heridos graves. La impresión general es que Israel ha decidido tomárselo con calma, las bombas caen constantemente y las fuerzas terrestres avanzan lentamente. Los soldados no tienen problemas en proveerse de raciones K, las raciones de comida militar, a diferencia de la gente de Gaza, que ya no puede encontrar más pan. Las panaderías, agotadas todas las reservas, han comenzado a mezclar la harina con harinas animales para producir hogazas. O se come el que aquí se denomina pan-penicilina. Es pan mohoso, restos de producciones antiguas, de hace semanas, verdes del moho. Se coloca sobre un pequeño fuego, obtenido a partir de un par de troncos de madera, os aseguro que no es para nada un manjar. Israel sigue difundiendo, sobre todo a través de internet, las imágenes tomadas desde el cielo que demostrarían que sus ataques son precisos y dirigidos a «terroristas» o a

2 Bomba Dime (Dense Inert Metal Explosive), es un nuevo tipo de bomba, con una cabeza de fibra de carbono y resina epoxídica integrada con acero, y que utiliza tungsteno. Bomba concebida para un escenario de guerrilla urbana con el fin de golpear objetivos militares causando el máximo daño posible.

hipotéticos almacenes de armas y explosivos. La elevadísima cuenta de víctimas civiles basta por sí misma para refutar estos vídeos.

Me pregunto cómo Israel puede definirse civil y democrático, si para sacar de su escondite y matar a un enemigo suyo oculto en un edificio habitado, su ejército no duda un segundo en derribarlo, sepultando con ello decenas de personas inocentes. Reflexionad un momento, sería como si el ejército italiano, para capturar a un peligroso jefe mafioso, empezara a bombardear duramente el centro de Palermo.

Son 821 los muertos palestinos en el momento en que escribo estas líneas, 93 mujeres asesinadas, 235 niños; 12 auxiliares técnicos sanitarios muertos en el cumplimiento de su deber, y 3 periodistas; 3.350 heridos, más de la mitad menores de 18 años. Según el Centro Mezan para los Derechos Humanos, famoso por su credibilidad, el número de civiles palestinos masacrados en las últimas dos semanas representa el 85% del total de las víctimas.

El cómputo de las víctimas civiles israelíes, afortunadamente, aún sigue parado en la cifra de 4.

Si la ONU no consigue proteger a la población civil de las múltiples violaciones por parte de Israel de las obligaciones humanitarias internacionales, lo intentarán mis amigos del Free Gaza Movement, listos para desembarcar en Gaza dentro de un par de días. Se trata de médicos, enfermeros y activistas por los derechos humanos, que consideran su necesario deber moral hacer todo lo posible para proporcionar alguna medida de protección. Ya habían tratado de llegar el martes 30 de diciembre en el *Dignity*, pero la marina israelí

embistió nuestro barco en aguas internacionales, tratando de hundirlo para a continuación poder hablar de un «accidente». Esperaré a mis amigos con su carga de ayuda humanitaria entre los escombros de lo que queda del puerto, y desearía que no se repitieran otros «accidentes» en alta mar.

El segundo folleto llovido del cielo que hemos traducido es una verdadera joya (es posible encontrar fotos de los dos folletos en la página <http://guerrillaradio.iobloggo.com/>): «Para el pueblo de Gaza. ¡Asumid la responsabilidad de vuestro propio destino! En Gaza los terroristas y aquellos que lanzan cohetes contra Israel constituyen una amenaza para vuestras vidas y la de vuestras familias. Si queréis ayudar a vuestra familia y a vuestros hermanos que están en Gaza, todo lo que tenéis que hacer es llamar al número indicado a continuación, y darnos información acerca del lugar donde se encuentran los responsables del lanzamiento de cohetes y las milicias terroristas que os convierten en las primeras víctimas de sus acciones. ¡Ahora es vuestra responsabilidad evitar que se cometan atrocidades! ¡No dudéis! Está garantizada la más absoluta discreción. Podéis poneros en contacto con nosotros en el siguiente número: 02-5839749. O escribimos a esta dirección de correo electrónico para notificar cualquier información que tengáis acerca de cualquier actividad terrorista: helpgaza2008@gmail.com. Fuerzas de Defensa de Israel».

Invito a aquellos que me escriben expresándome su solidaridad a que continúen manifestando la indignación por la tragedia que estamos sufriendo y luchen por los derechos humanos. Si después tenéis cinco minutos y una llamada de

teléfono para gastar, las referencias que aparecen en el último folleto podrían ser útiles para comunicar vuestros pensamientos a quien por aire, mar y tierra decide cínicamente sobre la suerte de un millón y medio de personas. Nunca una llamada de teléfono será mejor gastada.

Seguimos siendo humanos.

Buitres y cazadores de recompensas

13 de enero de 2009

Desde el mar intentamos hacer otra vez un corredor de salvamento, una brecha hacia esta tierra atormentada, confiscada y encarcelada, violada palmo a palmo, reducida a un cementerio de cadáveres que no encuentran reposo. Hace algunos días que también los funerales se han convertido en blanco de los ataques de la aviación israelí, como si los palestinos merecieran un castigo añadido después de la muerte.

Si se consigue abrir este corredor humanitario para acudir en ayuda de una población a la que han llevado al límite de sus fuerzas, podrá llegar el *Spirit of Humanity*, uno de nuestros barcos con matrícula del Free Gaza Movement. Tras zarpar hoy de Larnaca, Chipre, intentará traer hasta el puerto de Gaza una tonelada de medicamentos y una cuarentena de médicos, enfermeros, periodistas, parlamentarios europeos, activistas pro derechos humanos, representantes de 17

naciones diferentes. Seres humanos de verdad, como todos aquellos que en Italia me dan testimonio de su indignación, dispuestos a arriesgar sus vidas en lugar de seguir permaneciendo sentados e insensibles en el confortable salón de su casa, delante de un televisor que sólo muestra una mínima fracción de la masacre que estamos sufriendo.

El 29 de diciembre mis amigos lo intentaron con el *Dignity*: fueron atacados por la marina israelí, que trató de hundirlos; tras lanzar el SOS tuvieron que refugiarse en Líbano con los motores averiados y una brecha en el casco. Por pura casualidad no hubo heridos graves. Esperamos que mañana sean respetados los derechos humanos y sus vidas.

Existen terribles catástrofes naturales en este mundo, como los terremotos y los huracanes, que son inevitables. En Gaza se está desarrollando una catástrofe humanitaria «no natural», perpetrada por Israel contra un pueblo al que pretende reducir a la miseria más absoluta, hasta su sometimiento. Una población desesperada que ya no encuentra pan ni leche para alimentar a sus hijos. Que no llora siquiera a sus difuntos, porque también a sus lágrimas se les ha impuesto una estricta dieta. El mundo entero no puede ignorar esta tragedia y, si lo hace, no queremos ser incluidos en este mundo. Cada día suplicamos a las fuerzas que nos gobiernan para que paren este genocidio en marcha; para mañana por la mañana sólo pedimos que nuestra pequeña embarcación llegue a Gaza con su carga de compasión, paz, amor, empatía, y que a todos los palestinos les sean concedidos los mismos derechos que a los israelíes, y que a cualquier otro pueblo del planeta.

El mar como ancla de la esperanza, el mar como destino de la destrucción. Según informa la agencia de noticias Ma'an, y Reuters confirma, Estados Unidos se prepara para suministrar 300 toneladas de armas a Israel mediante dos cargueros que han partido de Grecia. Armas y una gran cantidad de explosivos y detonadores, todo lo necesario para allanar la Franja demoliendo millares de sus viviendas. Son ya 120.000 los desplazados de Gaza a Jabalia, pero la mayoría, incluyendo a muchos de mis amigos, no se han movido por no saber dónde buscar refugio.

Periodistas, médicos y sepultureros. Son las profesiones que más trabajan, sin descanso desde hace ya 16 días. Más allá de los cazabombarderos, molestan y provocan desprecio los buitres, especialmente aquellos que hasta ayer ocupaban la misma silla del llorado Arafat y ahora están esperando a volver para aferrarse de nuevo al trono sobre las cenizas de lo que quede de Gaza.

Hemos llegado a 923 víctimas, 4.150 heridos, 255 niños palestinos horriblemente asesinados. El cómputo de las víctimas civiles israelíes, afortunadamente, se mantiene siempre inmóvil en la cifra de 4.

Se dice que Olmert ha hecho saber a los suyos que la meta de 1.000 víctimas civiles marcará la fecha límite para poner fin a esta brutal ofensiva infanticida. Parecido a lo que ocurre en la Vucciria, en Palermo, donde los cuartos de carne de vacuno gotean su sangre al aire libre, y se compra la carne a tanto el kilo.

Las apariciones de Ismail Haniyeh en la pantalla de la televisión son seguidas con atención por los palestinos en la

Franja de Gaza. No se puede hablar de tregua sin decretar simultáneamente el fin del asedio. Continuar asediando una Gaza ya reducida a escombros, no permitir la entrada de alimentos y medicinas, impedir la evacuación de los enfermos y heridos, significa condenarla a una larga agonía. Este es el resumen de las palabras del líder de Hamas, que hacen mella en la opinión pública gazatí. Es el discurso de un líder que habría podido huir y refugiarse en otro lugar, pero que en cambio se ha quedado aquí a recibir las bombas sobre su cabeza como cualquier otro. Mientras estoy escribiendo, llega la habitual llamada amenazadora que ordena la evacuación antes del bombardeo. Me encuentro en el edificio donde están instalados los principales medios de comunicación internacionales, entre ellos Al Jazeera, Ramattan y Reuters. Hemos tenido que lanzarnos escaleras abajo y reunirnos en la calle, intentando adivinar con los ojos fijos en el cielo desde dónde vendrá el rayo destructor. Esta noche no habrá periodistas ni cámaras para documentar la matanza de civiles, y se respira en el aire la sospecha de que las víctimas inocentes serán hoy más de lo acostumbrado.

Todavía en la calle, miro fijamente a mi compañero Alberto y le guiño un ojo, se me acerca y le pregunto al oído si considera posible que la amenaza haya sido una señal concreta para nosotros dos, después del descubrimiento de una página web estadounidense que ha puesto precio a nuestras cabezas:

«AVISO A LOS MILITARES DE LAS FUERZAS DE DEFENSA DE ISRAEL PARA ATACAR AL ISM. Número al que llamar en caso de localizar escondites

de Hamas y los miembros del ISM. Desde Estados Unidos marcar el 011-972-2-5839749. Desde otros países no marcar el 011. Ayúdenos a neutralizar al ISM, que ya es parte integrante de Hamas desde el comienzo de la guerra. OBJETIVO ISM n.º 1 PARA LAS FUERZAS AÉREAS ISRAELÍES Y TROPAS TERRESTRES DE LAS FUERZAS DE DEFENSA DE ISRAEL: INVITACIÓN AL ASESINATO DE VITTORIO ARRIGONI (FOTOGRAFÍA DEBAJO), QUE ACTUALMENTE AYUDA A HAMAS EN GAZA». (desde la página www.stoptheism.com)

No os toméis la molestia de visitar esta página ni mucho menos de enlazarla a vuestros blogs. Se trata sencillamente de un testimonio sociológico para transmitir a la posteridad.

Analizando estos tiempos, el futuro pronunciará su sentencia inapelable acerca de cómo el odio ha sido el sentimiento más puro, y de cómo el odio hacia los otros, hacia los diferentes, ha movilizadado ejércitos y ha sido capaz de unir a grandes masas humanas.

No es necesario que mis detractores y los que me querrían muerto tecleen ese número, el ejército israelí sabe perfectamente dónde encontrarme incluso esta noche, estoy a bordo de las ambulancias del hospital Al Quds en la ciudad de Gaza.

Seguimos siendo humanos.

Hijos de un *Allah* menor

14 de enero de 2009

Los «hijos de un *Allah* menor» continúan expiando la herencia de un odio transmitido de generación en generación, por una culpa que no les corresponde.

Los soldados israelíes se han metido a la perfección en el papel de múltiples Herodes contemporáneos: son ya 253 los niños palestinos masacrados en este ataque. Un horror sin fin, por el que ningún soldado, ningún oficial del ejército, ningún gobierno israelí será obligado a asumir jamás sus responsabilidades penales como criminales de guerra.

Si estas víctimas inocentes reciben siquiera un instante de perdón, no será desde luego en los lugares que albergan los juegos, sueños y ansias de crecer de aquellos a quienes les han arrebatado a sus padres y madres. Los orfanatos se han convertido en el nido favorito de las aves mecánicas israelíes, a ellos van los aviones de combate a poner sus bombas. Los

compañeros del ISM me escriben desde Rafah: «Domingo 11 de enero, aproximadamente a las tres de la madrugada, los cazas F16 han bombardeado el centro de huérfanos de la asociación Dar al-Fadila, en el que había una escuela, un instituto, un centro informático y una mezquita, en Taha Hussein Street, en el barrio de Kherbat al-'Adas al noreste de Rafah. Parte de los edificios fueron completamente destruidos y los que aún aguantan se encuentran seriamente dañados. La escuela daba servicio a unos 500 niños que habían perdido a sus padres». La personalísima yihad israelí contra los lugares santos del islam a lo largo de la Franja continúa, ante la «aprobación silenciosa» de la comunidad internacional: contando la mezquita de Kherbat al-'Adas, son ya 20 las mezquitas arrasadas hasta ahora. Afortunadamente ningún «cohetes» Qassam ha rozado aún las paredes de una sinagoga, ya que de otra manera no dudamos que hubiéramos escuchado, con certeza, alzarse gritos de indignación desde todos los rincones del mundo. Dios tiene que pagar el precio de recibir oraciones de los palestinos.

De las casi 950 víctimas, el 85% son civiles. La máquina infernal de destrucción israelí sigue avanzando lentamente por toda Gaza, destruyendo casas, escuelas, universidades, hospitales, sin que se adviertan signos tangibles ni voluntad de sanción por parte de los gobiernos occidentales. Ha llegado entonces nuestro turno, el de los simples ciudadanos sin otra ciudadanía que el sentimiento de pertenencia a una sola comunidad: la familia humana. Ahora es el momento de meter un palo en este maldito engranaje infernal.

Me he visto con el doctor Haidar Eid, profesor en la Universidad Al Quds de Ciudad de Gaza. Un intelectual de izquierda, curtido y al tiempo alegre, apasionado, generoso, como ya no se encuentran en Italia, desaparecidos o escondidos en algún sótano de la memoria porque no se han podido reciclar con el uniforme bipartidista que hace avanzar cogidos del brazo a posfascistas y poscomunistas, unidos en una sola letanía para justificar a Israel después de cada masacre. Haidar se ha presentado como portavoz del PACBI (The Palestinian Campaign for the Academic and Cultural Boycott of Israel) y del BDS (The Boycott, Divestment & Sanctions Campaign National Committee, <http://bdsmovement.net/>) y con él he hablado de boicot.

La historia enseña pero no tiene alumnos... y es imposible que Mandela y Mahatma Gandhi concedan clases particulares. Pero está la propia historia de Sudáfrica mostrándonos el camino para obligar a un Israel racista y colonial y forzarlo a alcanzar un compromiso. Si no boicotear entonces aquel régimen del apartheid fue considerado en parte como ser cómplice, ¿qué es lo que cambia hoy?

Como yo, la inmensa mayoría de los palestinos no creen que la mejor respuesta a la ocupación israelí y a esta masacre sean los atentados, los kamikazes y los ataques contra Sderot. El boicot es pacifista, no violento, la mejor respuesta humanamente aceptable a la barbarie de un conflicto que ha convertido cada gesto en inhumano. La mejor arma en el arsenal de la no violencia, como nos recordó Naomi Klein en un reciente editorial en *The Guardian*. Haidar consigue sacar algo positivo del charco de sangre en que nos estamos hundiendo. Igual que tras la matanza de Sharpeville en Sudáfrica, el 21

de marzo de 1960, cuando 78 negros fueron hechos pedazos por voluntad de un régimen de barbarie, y el mundo se sintió obligado a decir ¡BASTA!, la incomparable masacre de un millar de civiles palestinos podría dar igualmente vida a una fuerte campaña de movilización para castigar los crímenes israelíes. Haidar es también uno de los partidarios de Israel y Palestina unidos en un solo estado, laico, democrático e interreligioso, para él la única y pragmática vía de salida a un conflicto para el que no ve otra solución.

En privado me habla de la Nakba, de la que escapó por pocos años, aunque la ha vivido intensamente en las historias de sus familiares. Me cuenta vívidamente, como hijo de la poscatástrofe, cómo la Nakba se ha ido transmitiendo, alimentando el subconsciente colectivo de miles de palestinos.

La pesadilla se hizo nuevamente realidad golpeando los tejados de las casas el 27 de diciembre de 2008, y desde entonces no ha parado de producir noches de insomnio. Haidar me invita a difundir, por lo que yo apunto en mi maltrecho cuaderno, su petición a todos los italianos de no comprar más productos *made in Israel*. Los productos israelíes se reconocen en las estanterías gracias al código de barras que los identifica: 729 son las cifras iniciales. Para obtener la lista completa de productos es posible acceder a la página <http://www.boycottisraeligoods.org>. Imprimid el listado y pegadlo en la puerta de la nevera o metedlo en el bolso de vuestra madre o vuestra mujer cuando se van al mercado. «Si compras un solo vaso de agua proveniente de Israel, estás comprando también un proyectil que, tarde o temprano, se incrustará en el corazón de uno de nuestros niños».

El movimiento de boicot, que vio la luz en 2005 en Palestina, está haciendo grandes avances y se está extendiendo entre los millones de consumidores de todo el mundo. El presidente venezolano Chávez, que ha expulsado al embajador de Israel y roto las relaciones con el Estado que está estrangulando Palestina, debería ser un ejemplo a seguir para todos nuestros políticos.

Los líderes sudafricanos de la lucha contra el régimen del apartheid, Mandela, Ronnie Kasrils y Desmond Tutu, sostienen que la opresión israelí contra los palestinos es, con mucho, peor que la de aquella Sudáfrica; se trata de voces por descontado más autorizadas que la de los políticos italianos Frattini y Fassino. Varios judíos israelíes se han unido a la campaña de boicot, alrededor de 500 hasta la fecha, entre ellos Ilan Pappé y Neta Golan, y supervivientes del Holocausto que ahora gritan «nunca más». El poeta israelí Aharon Shabtai nos invita a la acción: «Tengo esperanza en la ayuda de los europeos, que los descendientes de Voltaire y Rousseau ayuden a Israel, porque Israel no pondrá fin a la ocupación hasta que Europa no diga “basta”. Sólo la presión por parte de los países democráticos y civilizados puede cambiar la situación y devolvernos la felicidad. La situación actual —en la que es el ejército el que dicta las leyes— no se puede cambiar desde dentro. Por los valores de los que es portadora, Europa no puede continuar colaborando con Israel. 729 tiene que ser nuestra *shoah*: ¡nunca más!».

Seguimos siendo humanos.

Los días infernales de Jabalia

15 de enero de 2009

Ni siquiera Dante habría sabido imaginar unos círculos de condenados tan infernales como los pasillos de los hospitales de Jabalia. La ley de proporcionalidad se aplica aquí al revés. Cuánto más inocente es la víctima menos posibilidades tiene de librarse del martirio de las bombas. En el Kamal Odwan, en Al Awda, las baldosas de cerámica de urgencias se encuentran siempre relucientes, el personal de limpieza trabaja afanosamente para limpiarlas de la sangre que chorrea por el incesante ir y venir de camillas cargadas de cuerpos destrozados.

Iyad Mutawwaq estaba andando por la calle cuando una bomba abrió un boquete en un edificio cercano. Junto a otros transeúntes se precipitó en auxilio de los heridos, en el momento en que otro artefacto explosivo golpeaba el edificio, matando a un padre de nueve hijos, dos hermanos y otro

viandante que, al igual que Iyad, corrió al lugar a prestar su ayuda. La misma historia que se repite diez, cien veces. La técnica preferida de todos los terrorismos, imitada a la perfección por las fuerzas armadas israelíes del Tsahal. Se tira una bomba, se espera a la ayuda, y se vuelve a bombardear a heridos y personal de socorro. Según Iyad estas son bombas americanas, pero llevan también el autógrafo de Mubarak, el presidente dictador egipcio que aquí en Gaza se disputa con Olmert la capacidad de catalizar rencores.

Detrás de la cama de Iyad, un anciano con los brazos escayolados está tumbado con la mirada fija en el techo, sin proferir palabra; me dicen que lo ha perdido todo, familia y casa. Mira fijamente las grietas del enlucido de la pared que se cae a trozos, como si buscara una respuesta al desmoronamiento de su propia existencia. Khaled ha trabajado 25 años en Israel, antes de la última Intifada. Como gratificación, Tel Aviv no le ha concedido una pensión, sino varios misiles tierra-aire sobre su casa; tiene el cuerpo cubierto de heridas de metralla. Le pregunto dónde irá a vivir una vez le den el alta en el hospital. Me responde que en el lugar en el que están ahora todos sus parientes: en la calle.

Al igual que la suya, son muchas las familias que ya no saben dónde refugiarse. Los más afortunados encuentran abrigo entre sus parientes y conocidos, según hemos comprobado, pero ¿se puede llamar vida a la de un centenar de personas hacinadas en dos pisos de tres habitaciones cada uno? Dos bombas en la vivienda de Ahmed Jaber pusieron en fuga a su familia, pero demasiado tarde. Una tercera explosión sepultó bajo los escombros a siete de sus familiares,

entre ellos dos niños de ocho y nueve años, sus vecinos. Dice: «Nos han hecho retroceder a 1948. Este es el castigo por nuestro apego a la patria. Pueden arrancarme los brazos y las piernas del tronco, pero no me separarán nunca de mi tierra». Un médico me lleva aparte y me confía que la hija de siete años de Ahmed llegó en pedazos, metida en una minúscula caja de cartón. No tuvieron la valentía de decírselo, para no deteriorar sus ya precarias condiciones de salud. Por la tarde también le quitaron el teléfono a Iyad, para que no recibiera malas noticias. Un tanque hizo diana en la casa de su hermana, decapitándola.

Finalmente nuestro barco del Free Gaza Movement no consiguió alcanzar el puerto de Gaza. A 100 millas de la meta fijada, en aguas internacionales, fue interceptado por cuatro barcos de guerra israelíes, dispuestos a disparar y matar a nuestra carga de médicos, enfermeros y activistas pro derechos humanos. Nadie debe tener la osadía de obstaculizar la matanza de civiles que continúa de forma ininterrumpida desde hace tres semanas. Al este de Jabalia, junto a la frontera, testigos oculares hablan de decenas de cuerpos en descomposición por las calles, con los perros que devoran su carne putrefacta. Hay también centenares de personas que no pueden moverse, muchas están heridas: las ambulancias no pueden llegar a la zona porque hay francotiradores disparando por todas partes. Los palestinos están cansados de ser masacrados ante la indiferencia general y son muchos los que acusan a la Cruz Roja Internacional y a la ONU de no hacer lo suficiente, de no cumplir completamente con su deber, de no arriesgar sus vidas para salvar centenares de otras.

Seremos nosotros, los del ISM, los que vayamos a pie, cargando camillas, allí donde la humanidad ha superado sus límites y se ha desvanecido.

Mientras los charlatanes, con sus culos de piedra apoltronados en los grandes salones de la política, debaten sobre estrategias bélicas y de guerra contra Hamas, aquí nos están masacrando literalmente. Bombardean los hospitales, y hay quienes todavía se pronuncian a favor del «derecho de Israel a la autodefensa». En cualquier Estado que se proclame mínimamente civilizado, la autodefensa es proporcional a la ofensa.

Durante estos 20 días hemos contado 1.075 víctimas palestinas, más de 5.000 heridos, la mayoría menores de 18 años. 303 niños horrendamente exterminados. Afortunadamente sólo 4 víctimas civiles israelíes.

Es decir, para Israel el baño de sangre justamente necesario para vengar a cada uno de sus muertos civiles es exterminar por lo menos a 250 de sus adversarios. Decidme vosotros si esta desproporción entre defensa y ofensa no os recuerda a las matanzas cometidas como represalia en las páginas más oscuras de la historia moderna europea.

Pero volvamos a la cuestión, ¿se trata de legítima defensa? A los Marco Travaglio, a los Piero Ostellino, a los Pierluigi Battisti y a los Angelo Panebianco que insisten con su cantinela imputando a Hamas la responsabilidad de este genocidio, por transgredir la tregua entre Israel y Palestina, quisiera recordarles la posición de la ONU. El profesor Richard Falk, relator especial de las Naciones Unidas para los derechos humanos, ha hablado claramente sobre esto: es un hecho que Israel rompió la tregua en noviembre, matando sin

más a 17 palestinos. Durante el mes de noviembre se registraron cero víctimas israelíes, cero víctimas como en octubre, como en el mes anterior y el anterior al anterior. Lo recordó también hace poco el ex presidente de Estados Unidos y premio Nobel Jimmy Carter. Es una lástima que periodistas como Travaglio, a los que apreciábamos como último baluarte de una información libre y lo más verídica posible, se hayan puesto el casco del ejército israelí y se dediquen a entretener a las masas frente al tubo catódico, deleitándose con el deporte de moda en estos lugares: el tiro al blanco sobre niños.

Estoy tecleando en un despacho de la agencia de noticias Ramattan, a mi alrededor los reporteros palestinos llevan chalecos antibalas y cascos. Ni van ni tienen pensado ir frente a los tanques, simplemente están sentados delante de su ordenador. Dos pisos más arriba los despachos de la agencia Reuters acaban de ser blanco de un misil, dos heridos graves. Casi todas las plantas del edificio han sido evacuadas al momento, han quedado sólo los periodistas más heroicos, este infierno debe continuar, de alguna manera, siendo contado. Poco antes el ejército israelí había tranquilizado a la Reuters, aconsejando no evacuar, sino permanecer en los despachos por ser más seguros. Esta mañana ha sido bombardeado y destruido también el edificio de las Naciones Unidas, inmueble construido con el dinero del gobierno italiano. Berlusconi, ¿existes? Varios muertos y heridos. John Ging, jefe de la UNRWA, habla claramente, en calidad de testigo ocular, de bombas de fósforo blanco. En el barrio Tal el Hawa de Ciudad de Gaza, un ala del hospital Al Quds está en llamas; encerrada junto a cuarenta médicos y enfermeros y un centenar de

enfermos está también Leila, nuestra compañera del ISM. Nos ha contado por teléfono sus últimas y dramáticas horas. Hay un tanque frente al hospital y los francotiradores están por todas partes, disparando a todo lo que se mueve. Alrededor, por doquier, la destrucción. Durante la noche han visto desde sus ventanas un edificio bombardeado incendiarse, y han escuchado los gritos de terror de familias enteras, de niños, implorando ayuda. No les fue posible moverse e, impotentes, vieron esos cuerpos consumiéndose en llamas lanzarse a las calles y reducirse a cenizas. El infierno se agita, y en su centro, en el corazón palpitante de Gaza, estamos nosotros, las víctimas de un odio inhumano.

Seguimos siendo humanos.

Geografías revueltas

16 de enero de 2009

Cuentan que un viejo palestino, que había salido de su casa en busca de comida durante una de las raras treguas matutinas, fue incapaz de encontrar el camino de regreso. Los bombardeos han modificado radicalmente la geografía de Gaza, alterando a su vez el tejido social. Obligadas a huir hacia los cuatro puntos cardinales de la Franja, centenares de familias que durante años han vivido una al lado de la otra, no vuelven a tener ningún contacto entre ellas. Para llegar al barrio de Tal el Hawa, al sureste de Ciudad de Gaza, es necesario atravesar a pie una superficie lunar.

Dejando atrás cráteres y colinas de escombros, los tanques israelíes se retiraron ayer por la mañana después de 48 horas de asedio. Como marco de esta desolación, el infecto e inconfundible olor a muerte. Tropezando entre lo que queda en pie de edificios y viviendas, de carrocías calcinadas

de coches y ambulancias, me he puesto a la búsqueda de la casa de Ahmed. No ha sido tarea fácil, precisamente por esta transmutación a hierro y fuego de barrios completos consumada por los soldados. Recordaba que Ahmed vivía al final de un camino de tierra, imposible de reconocer ahora que me encontraba atascado sobre una indiferente superficie de escombros, digeridos y escupidos por las orugas de los tanques. Si al final de esta intensa ofensiva genocida se hiciera una fotografía satélite de Ciudad de Gaza, creo que sería difícil convencer a alguien de que se trata de la misma ciudad fotografiada veinte días antes. He vuelto a abrazar a Ahmed, y para ambos ha sido como volver a vernos después de muchos años, al final de un largo viaje, de vuelta de algún país lejano. Por el contrario, desgraciadamente, al final de la noche de nuestro viaje no se vislumbran aún otros amaneceres que los detonados por el odio de quien ha movilizadado a generales y tropas para este exterminio. Mi amigo me ha enseñado el lugar donde ha estado emplazado el tanque israelí durante dos días, justo delante de su jardín. Durante todo este tiempo su familia ha vivido en el hueco debajo de una escalera, aterrorizados de que un disparo de obús pudiera enterrar para siempre sus vidas. Sólo ayer por la noche Ahmed, contradiciendo las órdenes de su aprensivo padre, a rastras por el suelo se aventuró hasta una ventana para echar un ojo al infierno circundante. Vio el tanque moverse a 30 metros de él, chocar contra la verja metálica de un supermercado, abrir una brecha y en seguida varios soldados descendiendo del vehículo acorazado. Divertidos, los vio ir a «hacer la compra». «Llenaron hasta tal punto el blindado que les costó

trabajo volver a meterse dentro». Después me ha descrito las risotadas, los cantos de desprecio que durante toda la noche se han intercalado con las explosiones: «*Ali, Mohammed, this is a message to your Allah Akbar!*».

La resistencia, que durante unos días había conseguido estoicamente contener el avance de los blindados israelíes, parece haberse desvanecido en las últimas horas. El combate es desigual, los *kalashnikov* hacen cosquillas a las corazas de los tanques, mientras que el impacto de un obús consigue perforar las casas de un lado a otro. El barrio residencial de Abraj Towers, poblado casi exclusivamente por familias de profesores que enseñan en la Universidad de Al Aqsa, cercana a Fatah, no alberga a «terroristas de Hamas». Igual que lo sé yo, es obvio que lo saben en Tel Aviv, pero para ellos no importa, el barrio ha sido reducido a escombros. Junto a los edificios afectados, el hospital Al Quds, devorado por las llamas ayer. Mis compañeros han asistido al personal médico en la evacuación y traslado de los 300 heridos ingresados al otro hospital de Ciudad de Gaza, el Al Shifa. Tardaron varias horas, principalmente porque para el traslado de determinados pacientes en estado muy grave habría sido necesario utilizar ambulancias especializadas de las que los palestinos no disponen. Junto al doctor Dagfinn Bjorklind, de la ONG noruega Norwac, hemos esperado a los últimos evacuados y planteado algunas preguntas a los enfermeros supervivientes del incendio del Al Quds. Relatos espantosos, confirmados por mis compañeros, testigos oculares. A doscientos metros del hospital, desperdigados por el suelo, había una treintena de cuerpos, muchos de mujeres y niños, algunos

todavía con vida. No han podido acercarse a ellos: los francotiradores disparaban desde los tejados a todo lo que se moviera. Aquellos cuerpos sanguinolentos tendidos en la calle eran civiles que huían de sus propias casas, destrozadas e incendiadas por las bombas. Los *snipers* israelíes no han vacilado un segundo en abatirlos uno a uno, una vez encuadrados en sus miras telescópicas, niños incluidos.

Os confieso que mi «seguimos siendo humanos» ha vacilado con frecuencia en los últimos días, pero resiste. Resiste por orgullo, por el apego a la tierra, entendido como seña de identidad y derecho a la autodeterminación de la población de Gaza, desde los profesores universitarios hasta la gente que me cruzo por la calle, médicos y enfermeros, periodistas, pescadores, agricultores, hombres, mujeres y adolescentes, los que han perdido todo y los que no tenían nada que perder, que hasta el último aliento de sus gargantas me han expresado el *inshallah* de una victoria cercana, con la sincera convicción de que sus raíces alcanzan una profundidad tal que no podrán ser cortadas por un bulldozer enemigo. Mientras escribo, una pantalla de televisión cercana emite imágenes del interior del hospital Al Shifa, hombres llorando que se golpean la cara con las manos como intentando contener un manantial de lágrimas de desesperación. En Shijaya, al este de Ciudad de Gaza, un disparo desde un carro de combate ha dejado 7 víctimas mortales y 25 heridos. Estaban todos reunidos en un velatorio, por un fallecimiento que abatió a la familia el día anterior. Ayer el ministro de Defensa israelí Ehud Barak se disculpó con el secretario general de la ONU, Ban Ki-moon, por los disparos de artillería

efectuados sobre la sede de la UNRWA en Gaza (construida con el dinero del gobierno italiano, entre otros; Berlusconi: ¡si estás ahí, haz algo!). «Se trata de un grave error», han sido sus palabras. Ni una petición de perdón a las familias de los 357 niños palestinos muertos hasta hoy. Evidentemente NO se trata de un error.

Por boca de uno de sus sanitarios, escuché el resumen de la llegada de la Cruz Roja a la escena de la masacre de Zaytoun. Un niño, visiblemente desnutrido, estaba acurrucado ante el cuerpo de su madre, en avanzado estado de descomposición. Durante cuatro días había cuidado de aquel cuerpo como si aún estuviera vivo; le había enjuagado la sangre de la frente y reptando entre los escombros de la que había sido su casa, había conseguido agua, pan y tomates, que había colocado cerca del rostro de la madre muerta. Creía que sencillamente estaría dormida.

Las ayudas de Cruz Roja, impedidas por los francotiradores israelíes, sólo han conseguido llegar al lugar de la masacre bastantes días después.

Seguimos siendo humanos.

Amor bajo las bombas

17 de enero de 2009

Hacer el amor bajo las bombas. Me acuerdo de un amigo de Nablus que me contaba lo difícil que era sacar un momento de intimidad con su mujer durante la ocupación. Una noche, mientras se estaban abrazando, un proyectil se incrustó en la cabecera de la cama, a un palmo de sus cabezas. En estos días, de coquetear bajo las bombas en Gaza ni hablar; y también el futuro conyugal de las jóvenes parejas palestinas se augura difícil, desde el momento que muchos han perdido sus casas y se ven obligados a vivir hacinados en las escuelas de la UNRWA, o amontonados con otras veinte personas en un minúsculo piso.

«Hoy es sábado, esta noche en Tel Aviv las parejas jóvenes irán a divertirse a las discotecas o a la playa, mientras nosotros aquí no podemos ni hacer el amor en nuestras camas», me dice Wissam, casado desde noviembre. «Pero las

ráfagas de luces las tenemos también nosotros», y me señala unos relámpagos al sur: bombardeo en marcha. Chicos como Wissam, de 19 años, se convierten en padres muy pronto y a los cuarenta son ya abuelos de varios nietos, conscientes de que ser prolíficos es la única posibilidad de inmortalidad para Palestina.

Mientras del exterior llegan rumores de una tregua, en los dos últimos días ha habido un incremento de bombardeos y víctimas civiles. Sólo ayer más de 60, una decena en el exterior de una mezquita, a la hora de la oración. Lo que preocupa enormemente a los palestinos es que se pueda llegar a un alto el fuego sin la reapertura simultánea de los pasos fronterizos. Aun antes de que entren los materiales para la reconstrucción, hacen falta alimentos y los heridos graves deben ser evacuados. Los hospitales están colapsados, a lo largo de toda la Franja hay una capacidad máxima de 1.500 camas pero los heridos, en el momento en que escribo, son ya 5.320. Además, la opinión pública palestina no se fía del papel de intermediario jugado por Egipto, cuyo liderazgo está claramente sometido a la voluntad de Israel. «¿Por qué no se pidió la mediación de un país europeo? En la resolución del conflicto entre Israel y Hezbollah fue fundamental el papel jugado por Alemania, país verdaderamente neutral», me dice desconsolado Hamza, profesor universitario.

Esta mañana otra escuela de la ONU ha sido bombardeada por los tanques israelíes en Beit Lahya, en el norte de la Franja: 14 heridos y dos hermanitos de 5 y 7 años asesinados, Bilal y Mohammed Al-Ashqar; su madre ha sobrevivido, pero ha perdido las dos piernas. Se habían refugiado

en la escuela, al igual que otras 42.000 personas, después de que Israel los forzara a evacuar sus casas. Pensaban que estarían a salvo, exactamente como los 43 refugiados exterminados el pasado 6 de enero en la escuela de la UNRWA en Jabalia. «Estos dos niños eran sin duda inocentes, igual que no cabe duda de que hayan muerto», ha declarado John Ging, el jefe de la ONU en Gaza, que desde hace días continúa denunciando incansablemente los crímenes de guerra cometidos por los soldados israelíes, siempre en vano. Los generales israelíes se preparan para declarar al mundo: «Misión cumplida». He vuelto a los escombros de Tal el Hawa, la parte que sigue en pie del hospital incendiado por los soldados ha vuelto a funcionar como urgencias y como base logística para las ambulancias. Siguen sacando a los heridos, aprisionados entre los escombros, de los edificios severamente dañados. En el hospital Al Shifa está internado un niño llamado Suhaib Suliman, único superviviente de una familia de 25 personas. Una chiquilla, Hadil Samony, ha perdido a 11 familiares. Cuando le den el alta, nadie podrá cuidar de ella.

Perdonadme, ¿puede alguien explicarme de qué misión se trataba? Del castigo colectivo a la matanza masiva.

Un árabe frustrado, llamado Raja Chemayel, lo define así en su blog:

«Tomad un trozo de tierra, de 40 kilómetros de largo y unos cinco de ancho. Llamadlo Gaza. Después rellenadlo con un millón cuatrocientos mil habitantes. A continuación rodeadlo por el mar al oeste, el Egipto de Mubarak al sur, Israel al norte y al este, y llamadlo

la Tierra de los Terroristas. Después declaradle la guerra, e invadidlo con 232 tanques, 687 blindados, 43 plataformas de despegue para aviones de combate, 346 morteros, 3 satélites espías, 105 helicópteros armados, 221 unidades de artillería terrestre, 64 informadores, 12 espías infiltrados y 8.000 soldados. Y entonces llamad a todo esto «Israel que se defiende». Ahora paraos un momento y declarad que «evitaréis dañar a la población civil» y definíos como la única democracia en juego. Sería un milagro, desde cualquier punto de vista, evitar dañar a esos civiles, o sería simplemente una mentira, desde el momento en que nadie podría evitar dañarlos. Llamad a todo esto, otra vez, «Israel que se defiende». Esta es mi pregunta, entonces: ¿qué ocurriría si este invasor resultara ser un mentiroso? ¿Qué les pasaría a esos civiles desarmados? ¿Cómo podría la misma madre Teresa de Calcuta, o incluso el mismísimo Mickey Mouse, con semejante potencia de ataque, evitar causar daño a los civiles ante tal ecuación situación/escenario? Llamadlo como queráis. Israel conocía perfectamente la presencia de esas personas desarmadas, ya que ha sido el propio Israel quien las ha puesto allí. Así que ahora llamadlo Genocidio. Es más creíble».

Al margen de un par de líderes asesinados, Hamas no ha sido dañado por esta ofensiva, y seguramente no ha perdido apoyo popular, al contrario, en todo caso lo ha aumentado. Alguien debería recordar de vez en cuando que Hamas no es un grupúsculo de terroristas y tampoco un partido político,

sino un movimiento, y como tal no puede ser neutralizado con una lluvia de bombas de racimo.

Cuando pregunto a los palestinos su opinión sobre el objetivo real de esta brutal matanza, muchos opinan que esto depende de las elecciones israelíes del próximo febrero (10 de febrero de 2009)³. «Hacen propaganda sobre nuestra piel, siempre ha sido así antes de las elecciones». La hipótesis es simplista, pero desgraciadamente realista: en Israel gana quien ofrece como dote a sus electores más cabezas cortadas de palestinos. *One head, one vote*. Netanyahu, que hace tan sólo un mes parecía el claro ganador, ahora es visto como perdedor, ante la mirada inyectada en sangre de Olmert y Livni. Avigdor Lieberman es líder de Yisrael Beitenu, por el momento la quinta fuerza política del país, pero los sondeos lo muestran en fuerte ascenso tras unas aberrantes declaraciones como estas: «Gaza debería ser borrada de los mapas con una bomba atómica, como hicieron los americanos con Hiroshima y Nagasaki». El escritor israelí Abraham Yehoshua declaró ayer en *Haaretz*: «Matamos a sus niños hoy para salvar a otros mañana». Me temo que su *Viaje al fin del milenio* termine a bordo de un tanque aparcado frente a un hospital en llamas. Voltaire invitaba a respetar cualquier opinión, yo invito a dejar de desperdigar las semillas del odio

3 Los resultados de las elecciones israelíes han confirmado al Kadima, el partido de centro de Tzipi Livni, vencedor por un solo escaño en su enfrentamiento con el Likud, el partido de derechas de Benjamin Netanyahu. El encargo de formar gobierno se le ha confiado sin embargo a este último, ya que tiene más posibilidades de reunir en torno a sí una mayoría derechista.

que aquí, regadas con sangre, alimentan el germen de un insano resentimiento.

Seguimos siendo humanos.

Los muertos y los vivos

19 de enero de 2009

En Gaza sólo los muertos han visto el fin de la guerra. Para los vivos no hay tregua posible en la batalla cotidiana por la supervivencia. Sin agua, gas, electricidad, sin pan ni leche para alimentar a sus propios hijos. Miles de personas han perdido su casa. Por los pasos fronterizos entra la ayuda humanitaria con cuentagotas, y parece que la generosidad de los cómplices de quienes causaron la masacre sea sólo momentánea. Mañana el secretario general de la ONU Ban Ki-moon vendrá a Gaza, estamos seguros de que John Ging, jefe de la Agencia para los Refugiados de Palestina, tendrá muchas cosas que decir; después de que Israel haya bombardeado dos escuelas de las Naciones Unidas, asesinado a cuatro de sus empleados, atacado y destruido la sede de la UNRWA en Ciudad de Gaza, reduciendo a cenizas toneladas de medicamentos y productos alimenticios destinados a la población civil.

Los escombros de Gaza siguen vomitando los muertos a la superficie. Ayer entre Jabalia, Tal el Hawa y Zaytoun, enfermeros de la Media Luna Roja con la ayuda de algunos voluntarios del ISM sacaron de las ruinas 95 cadáveres, muchos de ellos en avanzado estado de descomposición. Caminando por las calles de Ciudad de Gaza sin el constante terror de un bombardeo quirúrgicamente pensado para decapitarme, tiemblo todavía viendo los perros callejeros reunidos en círculo ante lo que, a mis ojos, parece ser su comida. Los hombres lanzan un suspiro de alivio y vuelven a frecuentar mezquitas y cafés, pero es fácilmente desenmascarable su actitud de normalidad, la de tantos que ya no tienen donde vivir y la de muchos más que han perdido a un familiar. Fingen volver a la rutina para animar a las mujeres y los hijos: de alguna manera hay que superar esta catástrofe también.

Con algunas ambulancias, esta mañana fuimos a los barrios más afectados de la ciudad, Tal el Hawa y Zaytoun, equipados con un cuestionario, de puerta a puerta hemos registrado la magnitud de los daños en los edificios y tomado nota de las principales urgencias de las familias: medicamentos para los ancianos y enfermos, y arroz, aceite y harina, lo mínimo para alimentarse. Todo lo que hemos sido capaces de entregar en el momento han sido metros y metros de nailon para colocar en las ventanas donde antes había cristales y defenderse del frío. Los compañeros del ISM en Rafah me han informado de que el ayuntamiento ha distribuido varios miles de dólares, poca cosa, a las familias que han visto su casa arrasada por las bombas que, según Israel, estaban destinadas a la destrucción de los túneles. Al final

del conflicto en el Líbano, los de Hezbollah entregaron millones de dólares en cheques para pagar a los civiles libaneses que habían perdido su techo. En una Gaza bajo asedio y embargo, lo que Hamas podrá entregar como indemnización a la población «a duras penas será lo suficiente para reponer un cobertizo para el ganado», me hace saber Khaled, agricultor de Rafah.

La tregua es unilateral, por lo que Israel unilateralmente decide no respetarla. Ayer en Khan Yunis, un chico palestino muerto y otro herido. Al este de Ciudad de Gaza, helicópteros regaban con bombas de fósforo blanco una zona residencial. Lo mismo ocurrió en Jabalia. Hoy, de nuevo en Khan Yunis, buques de guerra han bombardeado un espacio libre, afortunadamente sin herir a nadie; y mientras escribo llega la noticia de una incursión de carros armados. No constan ataques con cohetes palestinos en las últimas 24 horas. Periodistas internacionales han salido en estampida hambrientos de noticias por toda la Franja, sólo hoy han conseguido llegar aquí junto a nosotros: Israel les ha concedido los salvoconductos con la matanza terminada. Frente al esqueleto ennegrecido de lo que queda del hospital Al Quds de Ciudad de Gaza, un patidifuso periodista de la BBC me preguntó cómo fue posible que el ejército confundiera el edificio con una guarida de terroristas. «Por la misma razón por la que a unos niños que huían de un edificio en llamas y entraron en los visores de los francotiradores israelíes, estos no dudaron un instante en matarlos esparciendo su materia cerebral sobre el asfalto», he contestado, aún más arisco, al periodista inglés. Es evidente el abismo que hay entre nosotros, que hemos

sido testigos de esta masacre, y los que vienen a conocer lo sucedido a través de los relatos de los supervivientes.

Desde Roma me informan de que la Unión Europea habría congelado los fondos para la reconstrucción mientras Gaza siga gobernada por Hamas. Lo dejó entender la comisaria europea de Relaciones Exteriores, Benita Ferrero-Waldner: «La ayuda para la reconstrucción de la Franja», ha dicho la diplomática europea, «podrá llegar sólo cuando el presidente palestino Abu Mazen consiga imponer nuevamente su autoridad sobre el territorio». Para los palestinos de Gaza, esto es una clara invitación desde el exterior a la guerra civil, a un golpe de Estado. Igual que legitimar la masacre de 410 niños que murieron porque sus padres eligieron la democracia y votaron libremente por Hamas. «La Unión Europea copia a la perfección la política criminal de castigo colectivo impuesta por Israel. ¿Por qué no entregan los fondos a la ONU? ¿O a alguna organización no gubernamental?». «Los Estados Unidos son libres de elegir a un belicista como Bush, Israel de elegir líderes con las manos manchadas de sangre como Sharon y Netanyahu, y nosotros, la población de Gaza, no somos libres de elegir a Hamas...», me apunta Mohamed, activista pro derechos humanos que no ha votado a favor del movimiento islámico; no tengo argumentos para contradecirlo. Los palestinos vivos aprenden de los muertos, aprenden a vivir muriendo, desde la más tierna edad. Tregua tras tregua, las perciben como macabros paréntesis para contar los cadáveres entre una matanza y otra, en el camino hacia una paz que nunca ha estado tan distante.

Explorando Ciudad de Gaza a bordo de una ambulancia, por una vez con la sirena en silencio, la guerra permanece presente, impresa en las ruinas de una ciudad saqueada de sonrisas y poblada de miradas de miedo, ojos que insisten en escrutar el cielo hacia los aviones que todavía nos sobrevuelan constantemente.

Dentro de una casa donde visité a unos enfermeros palestinos, me llamaron la atención en el suelo unos dibujos con tizas de colores, claramente una mano infantil los había abandonado en su huida precipitada y furiosa. Recogí uno: tanques, helicópteros y hombrecitos estilizados hechos pedazos. En el centro de la hoja estaba dibujado un niño que con una piedra conseguía alcanzar la altura del sol y dañar a una de las máquinas voladoras con la estrella de David. Se dice que el significado del sol en un dibujo infantil es el deseo de ser, de mostrarse. Aquel sol que vi lloraba, en tiza roja, lágrimas de sangre.

Para aliviar estos traumas, ¿es suficiente una tregua unilateral?

Seguimos siendo humanos.

Las huellas de la muerte

20 de enero de 2009

«Cuando salga a la luz la absoluta devastación de la Franja de Gaza no podré volver a Amsterdam de turismo, sólo para comparecer ante el Tribunal Internacional de La Haya». Estas son las declaraciones al periódico *Haaretz* de un ministro israelí que ha pedido permanecer en el anonimato.

Organizaciones humanitarias y ciudadanos de a pie indignados de medio mundo están intentando de hecho llevar ante los tribunales al ejército y al gobierno israelí, con la esperanza de que sean acusados por los crímenes de guerra con los que se han manchado durante los 22 días de masacre en Gaza.

En sus apariciones públicas los altos mandados militares y del gobierno no parecen preocupados: afirman tener pruebas tangibles para demostrar que los edificios bombardeados eran realmente bases logísticas utilizadas por los terroristas de Hamas.

Entendámonos, estamos hablando de más de 20.000 viviendas dañadas por las bombas, más de 1.300 víctimas.

Para comprobar la precisión quirúrgica con la que han sido atacados estos hipotéticos centros neurálgicos del terrorismo islamista, he ido a Jabal Al Dardour —en el norte de la Franja—, una de las áreas más fuertemente golpeadas por la artillería israelí. Decenas de edificios asolados por los enormes bulldozer acorazados que Caterpillar (empresa a boicotear) fabrica especialmente para la demolición de las casas palestinas y que están siendo utilizados para dar apoyo a los tanques en las tareas de destrucción. Entre las ruinas he visto hombres y mujeres rebuscar algo que todavía sea útil, algo de ropa, un par de carpetas colegiales recubiertas de polvo, las fotos de familia en marcos resquebrajados. No descubrí restos de arsenales destruidos, solamente edificios sin techo donde se intuyen salones, restos de dormitorios, cocinas reducidas a cenizas.

Abu Omar, biólogo molecular, me ha invitado a ver lo que ha quedado en pie de su piso, y también su vecino, Osama, pediatra, me ha enseñado su casa hecha un queso gruyer. La fuerza de propulsión de los misiles ha arrastrado contra el edificio los frutos del naranjal vecino. El zumo mezclado con la sangre coagulada en el suelo parecía la paleta de un pintor naïf.

Un anciano con la cabeza envuelta en una kefia se ha acercado para preguntar el país de procedencia de Natalie, nuestra compañera libanesa del ISM. Agitando en el aire un bastón, dibujando un largo arco frente a aquel panorama de devastación, le ha dicho: «Beirut y Gaza, mismo cuadro,

mismo artista». Tampoco el palomar de Osama se ha librado de las explosiones: los pájaros están esparcidos por el suelo como doblegados bajo un cielo más pesado que ellos, pesado por el «plomo fundido». «Han querido aniquilar la aviación palestina, o quizás pensaban que tus aves eran guerrilleros mensajeros de Hamas...», le dije al pediatra, arrebatándole una amarga sonrisa.

Nos hemos cruzado con el secretario general de Naciones Unidas, Ban Ki-moon, mientras nos desplazábamos en nuestro taxi destrozado: un largo cortejo de flamantes SUV nuevos con cristales tintados y los escudos «UN» derrapando por Ciudad de Gaza como si la tierra temblara bajo sus ruedas. Efectivamente, ha sido así hasta anteayer.

Dando vueltas por el puzle imposible de recomponer de las ruinas de Jabal Al Dardour, escuché mi nombre y al girarme descubrí la figura de Abu Ashrafa; estuve en el funeral de su hijo, muerto en un bombardeo en el mes de noviembre, cuando según Israel y los medios de comunicación occidentales había todavía en vigor una tregua. Ha perdido otro familiar, y su casa ha sido derruida desde los cimientos. «Ni un animal, ni una piedra, ni un olivo nos han dejado en pie, no son seres humanos»: hablando así me llevó a su olivar.

Varios árboles centenarios han sido arrancados por los bulldozer israelíes. Como para vengarse de esas vidas que parece imposible erradicar de sus orígenes, de su identidad y anhelo de justicia. No lejos de allí otro hombre de mediana edad se me acercó y me preguntó si, en mi opinión, cada palestino era un guerrillero de Hamas. En una ventana de su casa reventada, ondeaba una bandera amarilla de Fatah.

«Nuestro *kalashnikov* es nuestra fe y nuestro honor, vamos a defender nuestra tierra con uñas y dientes como defenderíamos a nuestra hija de una violación», me dijo el militante de Fatah. Si el objetivo de Israel era aislar o vencer por las armas a Hamas en la Franja, avivando el fuego de un pueblo fragmentado en disputas fratricidas, Israel ha logrado exactamente lo contrario, porque las bombas han restablecido en parte la unidad nacional en Gaza. La mejor prueba de esta nueva situación viene representada por la *mukawama*, la resistencia palestina, heroica en su intento de detener el avance del ejército israelí. Las largas barbas de los islamistas de las brigadas Ezzedin al-Qassam, brazo armado de Hamas, han luchado junto a las pícaras perillas de los guerrilleros marxistas del Frente Popular, junto con los mártires de al-Aqsa de Fatah. Sólo el tiempo dirá si esta renovada unidad de las milicias conseguirá reflejarse en la sociedad civil y en la política.

Dejando atrás el paisaje lunar de la zona despojada de construcciones de Jabal Al Dardour, nos detuvimos frente a un niño taciturno que estaba sentado sobre un montículo de piedras, lo que quedaba del patio de su casa. Le preguntamos qué pasaba por su cabeza en ese momento. Con sus sencillas palabras daba a entender que Hamas y su resistencia eran los verdaderos responsables de esta catástrofe. Entonces Fida, nuestra compañera del ISM, con actitud maternal lo llevó aparte y le contó brevemente su historia. Cómo los soldados entraron en Rafah en 2004 y asolaron barrios enteros, exactamente igual que en el lugar donde nos encontrábamos en aquel momento. Entonces no estaba Hamas sino Fatah, y su

líder Arafat era el terrorista, el enemigo número uno a derrotar y expulsar de Palestina. Pero no fue Fatah sino las tropas israelíes, también entonces, las que golpearon y mataron indiscriminadamente a decenas de civiles, arrasando también la casa de nuestra amiga. Volviendo hacia Ciudad de Gaza el coche en el que viajábamos se hundió en un socavón en el asfalto, provocado por las orugas de los tanques. El taxista se dio la vuelta diciéndome: «La muerte ha pasado por aquí y ha dejado sus huellas». Quién sabe cuánto tiempo se necesitará para sanar esta tierra y cicatrizar sus heridas.

Seguimos siendo humanos.

Lágrimas que han visto

22 de enero de 2009

He cruzado el umbral de mi casa, frente al puerto de Ciudad de Gaza, después de varios días de ausencia. Todo permanece como lo había dejado: la bombona de gas sigue aguantando a duras penas, y rellenarla cuesta demasiado, la corriente eléctrica sigue cortada por una cizalla extranjera. La gozosa vista que tenía desde mi ventana ha cambiado, ya no apacigua el ánimo abatido por la miseria de una vida bajo el asedio israelí, al contrario, remueve el puñal en la herida de un trauma que no debe ser reabierto: el testimonio de una masacre. Del parque de bomberos, a unos veinte metros de mi portal, no queda más que un enorme cráter en el cual, como queriendo exorcizar el terror de sus padres, se entretiene un grupo de niños.

La llamada a la oración de la tarde ya no tiene el consuelo de las salmodias del muecín al que estaba acostumbrado.

Quién sabe dónde está ahora, si acaso ha conseguido sobrevivir en lo alto de uno de los pocos minaretes que quedan en pie. La última vez que lo escuché, ese muecín anónimo se vio obligado a interrumpir la liturgia de su canto por culpa de un ataque de tos. Una tos a la que yo tampoco he sido inmune, provocada por los gases de las bombas, de los que en Gaza no se ha librado nadie. Bajo una puerta que da a un pequeño balcón he encontrado un mensaje, como si lo hubiera metido allí una mano amiga. El jardín y la calle estaban recubiertos de esos mismos folletos, lanzados desde los aviones israelíes: advierten a la población palestina para que permanezca alerta, para que sea consciente de que las paredes tienen ojos y oídos. «Al mínimo acto de ofensa contra Israel volveremos a invadir la Franja de Gaza, lo que habéis vivido en estos días no es nada en comparación con lo que os espera».

En la calle unos chicos habían recogido estos folletos y los plegaban para hacer avioncitos de papel, intentando devolver el mensaje al remitente. Por teléfono, Ahmed me contó otro juego de los adolescentes: hasta hace unos días se divertían atizando el fuego dando patadas a los fragmentos de las bombas de fósforo blanco, que han sido diseminadas por toda la Franja. Los residuos de esos artefactos con alto contenido químico parecen tener ilimitadas facultades incendiarias: aún varios días después de su detonación, si se remueven, llegan a incendiarse de nuevo. Los enfermeros del hospital Al Quds nos dicen que pronto han renunciado a intentar apagar los incendios provocados por estas bombas prohibidas, las llamas parecían reavivarse en contacto con el agua. «El fruto de toda la mierda que nos han tirado encima

durante estas tres semanas, lo recogeremos en un futuro próximo en forma de tumores y bebés deformes», me dijo Munir, médico del hospital Al Shifa.

Tanto en Sderot como en Ashkelon, los ciudadanos israelíes han pedido formalmente a su gobierno aclaraciones sobre las armas utilizadas durante estas tres semanas: es evidente que el uranio empobrecido y el fósforo blanco derramado de manera criminal sobre el pañuelo de tierra que es Gaza, no distinguirá entre judíos y musulmanes a la hora de provocar enfermedades genéticas.

Tendríamos que estar en plena tregua, sin embargo hoy me ha despertado de la cama el estruendo sordo del cañoneo de los buques de guerra, exactamente igual que hace unos días en pleno bombardeo. Provistos de redes, algunos pescadores palestinos estaban intentando zarpar del puerto a bordo de sus barquichuelas. La marina israelí los ha mandado de vuelta. Por el momento, el único pescado que se puede comer en Gaza es el de las latas de atún egipcio que hicieron entrar el mes pasado a través de los túneles. Al este de Ciudad de Gaza, «daños colaterales» a posteriori de las bombas israelíes: dos niños han volado en pedazos jugando con un artefacto sin detonar. Unos testigos hablan de minas colocadas delante de los escombros de las casas de Tal el Hawa. Artificieros enviados por Hamas las han desactivado, y por el cuidado con que se les ha visto cargarlas sobre su todoterreno, creo que pronto también las brigadas Al Qassam intentarán devolver esos mensajes al remitente.

La frontera israelo-palestina nunca se ha visto tan perfectamente delineada como desde el techo de la casa de Naema.

De un lado las colinas verdes y continuamente irrigadas de los kibbutz israelíes, del otro la sequía de una tierra saqueada de manantiales y pastos. Naema me ha contado sus últimos días, un testimonio olfativo, táctil y auditivo de la masacre. No ocular, porque Naema es ciega. En su pueblo, los soldados conminaron a evacuar tan sólo unos pocos minutos antes de invadirlo. Los hombres se cargaron a los niños pequeños sobre los hombros, y escaparon arrastrando consigo también a las mujeres. Naema decidió permanecer, para no ralentizar su huida. Se refugió entre sus cuatro paredes creyéndose segura, y acogió a sus vecinos, que no sabían dónde ir: tres mujeres, una anciana y un viejo paralítico. Tanques y bulldozer pasaron la frontera y empezaron a sembrar la destrucción, devorando la tierra hectárea a hectárea, hasta detenerse ante la vivienda de Naema. El edificio donde vive se levanta sobre una pequeña colina y es el más alto de la aldea. Los soldados del Tsahal consideraron estratégica su posición, entraron y lo ocuparon por dos semanas. «Durante todo este tiempo, sólo dos veces nos trajeron bebida, la comida eran las sobras del rancho de los soldados. No nos permitieron ir al baño y tuvimos que hacer las necesidades en un rincón de la habitación. No nos dejaban hablar, y venían a maltratarnos cuando por la noche intentábamos rezar en círculo», cuenta Naema, «nos amenazaban con armas en la nuca para que confesáramos nuestra pertenencia a Hamas, nos insultaban cuando no obedecíamos».

Al final del undécimo día de detención, la Cruz Roja Internacional consiguió finalmente llegar al lugar y liberar a los seis palestinos de sus carceleros. «No nos dejaron recoger

nada, ni siquiera mis gafas de sol», termina de contar la mujer, añadiendo que cuando volvieron a tomar posesión de su vivienda se dieron cuenta del robo de los soldados: se llevaron todo su oro y el dinero escondido, después de haber destruido sus escasos bienes, dos televisores, una radio, una nevera, los paneles solares del tejado. He visto llorar los ojos de Naema escondidos tras sus nuevas gafas oscuras y me han parecido los más vivos que haya visto nunca. En realidad Naema ha visto con sus ojos apagados muchas más cosas de las que una joven de su edad tendrá nunca la ocasión de ver, si no tiene la mala suerte de nacer en esta tierra martirizada.

Seguimos siendo humanos.

JULIO 2009

**El epicentro de una
catástrofe continua**

«El asedio es el centro de la nada. Es el centro de la miseria humana. Es el centro de la violencia. Es el centro de la desesperación, en un sentido de progresiva pérdida de la esperanza».

John Ging, jefe de la UNRWA
(Agencia de la ONU para los Refugiados de Palestina)

A seis meses del final de la ofensiva israelí denominada Plomo Fundido, la Franja de Gaza todavía muestra los signos de una violación, como si se tratara del epicentro de un violento terremoto recién desencadenado.

Nada ha cambiado desde aquel 18 de enero, el último día de bombardeo, las heridas abiertas son todavía hoy bien visibles: la Franja sigue en buena parte reducida a una montaña de escombros. Los tan publicitados proyectos de reconstrucción continúan igual, sobre el papel. No se ha hecho mucho más que repartir un puñado de dólares para trasladar los escombros de una esquina a otra.

El persistente bloqueo de las fronteras terrestres, marítimas y aéreas implementado por Tel Aviv ha impedido que gran parte de la ayuda llegara a Gaza: según el informe de la Oficina de la ONU de Coordinación de Asuntos Humanitarios

(OCAH), la ley sobre importación de material de construcción y piezas de recambio para maquinaria, y sobre transacciones financieras, ha impedido los trabajos de reconstrucción de casi todos los proyectos planificados. Durante la última masacre, los bombardeos israelíes destruyeron o dañaron 21.000 edificios civiles, 57 centros médicos, 51 edificios y 59 escuelas de la ONU, 1.500 fábricas y comercios, 20 redes de abastecimiento de agua y saneamiento e instalaciones eléctricas, por un importe total de, aproximadamente, 19.000 millones de dólares. 100.000 palestinos se encontraron de un día para otro sin hogar y muchos se han visto obligados a vivir en campamentos de tiendas de campaña, en Zaytoun y Abed Rabbo.

Visitando estos lugares, despojados de construcciones por la furia de las bombas, se presencia una escena absolutamente dramática que vuelve a traer una vez más a la memoria la Nakba, la catástrofe palestina del 48, cuando, como continuación de la operación de limpieza étnica de Israel, cientos de miles de palestinos fueron expulsados de sus tierras y tuvieron que comenzar una nueva vida en las tiendas de los campos de refugiados. Sin esperanza entonces de recuperar su vivienda, sin esperanza hoy.

La reconstrucción no termina de empezar porque sigue vigente la prohibición de importar cemento y otros materiales para reconstruir las viviendas. Ni siquiera las tuberías y piezas de recambio, necesarias para restablecer por completo las redes de abastecimiento de agua y saneamiento, obtienen el permiso de Israel, obligando a más de 250.000 personas a vivir sin agua corriente, mientras que más del 40% de

la población se ve privada de energía eléctrica por culpa del bloqueo impuesto a los cables eléctricos.

Israel declara que está impidiendo la entrada del cemento porque con el cemento los palestinos habrían construido los túneles en Rafah. Túneles que representan la única válvula de escape para procurar alimentos y bienes de primera necesidad a una población civil encerrada desde hace más de dos años bajo las garras implacables del asedio. Israel impide la entrada del hierro porque los grupos armados lo utilizarían para fabricar los infames «cohetes» de fabricación casera Qassam. Israel impide la entrada del vidrio, y no sé por qué, cuál es la excusa que alega. De hecho, al visitar los principales hospitales a lo largo de la Franja es fácil observar, mirando las fachadas de los edificios, las lonas de nailon que todavía cubren las ventanas reventadas por las explosiones.

Además de los materiales necesarios para la reconstrucción, los bienes de consumo diario a los que Israel impide la entrada en Gaza forman una lista interminable. En total son sólo 40 los bienes comerciales consentidos dentro de la Franja, en comparación con los cerca de 4.000 permitidos antes del comienzo del asedio. Cada semana, diez oficiales del ejército israelí reunidos en el COGAT (Coordinador de las Actividades del Gobierno en los Territorios) deciden qué comestibles y qué productos van a tener luz verde para aliviar la supervivencia de un millón y medio de palestinos. Los pocos objetos libremente permitidos se dividen en tres categorías: alimentos, medicamentos y detergentes. Todo lo demás está prohibido: materiales de construcción y tuberías del agua, piezas de repuesto para maquinaria y automóviles,

tejidos, hilos, agujas, lámparas, velas, cerillas, instrumentos musicales, libros, ropa, calzado, colchones, sábanas, mantas, cubiertos, platos, tazas, vasos y ganado. Recientemente los coroneles Moshe Levi, Alex Rosenzweig y Doron Segal, oficiales fijos del COGAT con poder de decisión, han expresado su opinión favorable respecto a la entrada en la Franja de Gaza de plátanos, caquis, manzanas, calabazas y zanahorias, mientras que albaricoques, ciruelas y aguacates son considerados bienes de lujo. Incluso los melones están llegando de un tiempo a esta parte al pueblo palestino, tras la decisión del departamento económico del COGAT, que quería evitar un descalabro en el mercado de Israel. La entrada de «delicias» como cerezas, kiwis, almendras, granadas y chocolate está expresamente prohibida. La decisión de qué productos son clasificados como «de lujo» cambia de semana en semana, y algunas veces de un día para otro. La pasta, que en el pasado estaba prohibida, ahora está permitida gracias al interés del senador estadounidense John Kerry, de visita en Gaza el pasado febrero, y que quedó sorprendido ante esta prohibición. La pasta ahora se encuentra en los estantes de las tiendas, pero todavía es imposible conseguir productos congelados, carne enlatada, 160 tipos de medicamentos, té, café, sémola, embutidos, productos lácteos. Sólo se permite una cantidad limitada de combustible industrial, de manera que las centrales eléctricas a menudo se quedan en seco y, consecuentemente, Gaza sufre apagones diarios de manera aleatoria.

Israel, en el traspaso de poderes de sus ministros y portavoces del gobierno, anunció que en Gaza no existe crisis humanitaria, recordando el centenar de camiones que a diario

entran en Gaza desde sus fronteras cargados de ayuda. Una lástima que según las Naciones Unidas hagan falta 500 camiones de ayuda al día para cubrir una mínima parte de las necesidades de la población civil en estado de asedio. Más de cinco veces la cantidad de la que actualmente disponen los palestinos. Según Unicef, la situación en Gaza tras el bombardeo israelí ha empeorado dramáticamente. Antes de la ofensiva Plomo Fundido, el 80% de la población de la Franja dependía de la ayuda humanitaria. Después de los bombardeos el porcentaje ha aumentado, en sólo 22 días, al 88%.

En las esquinas de las calles se han multiplicado los niños que mendigan unas monedas entre los coches que pasan vendiendo perejil y hierbabuena, con la cara sucia y la ropa remendada. Me pregunto qué habrá sido de sus familias.

Para mí, italiano de izquierdas, ha sido paradójico participar en la manifestación del primero de mayo con las organizaciones comunistas palestinas para celebrar a los trabajadores de un país donde la tasa de desempleo supera ya el 70%.

Si después de enero las medidas del asedio se han vuelto más rígidas con respecto a la circulación de mercancías dentro de la Franja, lo mismo ha ocurrido con la libertad de movimiento de sus habitantes. El paso fronterizo de Rafah, en la frontera con Egipto, abre sus puertas un par de días al mes, pero entre los miles de palestinos provistos de pasaporte y visado ordinario para Europa o América que se agolpan cada vez, con la esperanza de una posible escapatoria, serán finalmente sólo unos pocos cientos los que consigan obtener el permiso para una bocanada de aire fresco fuera de esta inmensa prisión a cielo abierto. Merece la pena recordar que

desde junio de 2007 hasta principios de julio de 2009, son ya 346 los enfermos que han muerto por falta de tratamiento dentro de la Franja de Gaza. Enfermos con los documentos en regla para ser hospitalizados en centros médicos occidentales mejor equipados, pero que Israel, con la complicidad egipcia, ha condenado a muerte en una espera inútil frente a las fronteras selladas.

Muertos y vivos condenados a un castigo ejemplar por el único delito de haber elegido un gobierno mediante elecciones libres y democráticas y de no querer sucumbir ante el opresor mejor armado.

Seguimos siendo humanos.

*«Entrenamos jóvenes para lanzar napalm sobre la gente,
pero sus jefes no les dejan escribir “joder” en los aviones
porque es obsceno».*

Coronel Kurtz, APOCALYPSE NOW

El ejército israelí se ha absuelto a sí mismo después de haber finalizado cinco «investigaciones» internas. Estas son sus conclusiones: «Durante los enfrentamientos de Gaza, las fuerzas de defensa israelíes han operado en conformidad con las leyes internacionales». Los asesinatos de civiles indefensos han sido definidos como «incidentes operativos».

Amnistía Internacional ha rechazado estas conclusiones por falta de credibilidad. Según Amnistía, «es responsabilidad de quien ha llevado a cabo los bombardeos, los ataques de artillería y de otro tipo, demostrar que estos ataques fueron realmente dirigidos contra objetivos militares legítimos; no corresponde a las víctimas probar que no estaban involucradas en acciones de combate. Hasta la fecha, las informaciones proporcionadas por el ejército no han demostrado nada. La investigación del ejército israelí no sustituye la investigación

completa, independiente e imparcial que sería necesaria». En su informe de julio, la organización pro derechos humanos vuelve a acusar a Israel de «haber violado las leyes de guerra» en el momento que se utilizaron «armas de campo de batalla contra la población civil atrapada en Gaza, sin ninguna posibilidad de huida». Los datos de Amnistía revelan que el grado y la intensidad de los ataques en Gaza son «sin precedentes». Confirmando las cifras del ministerio de Sanidad del gobierno de Hamas, informan de que «entre los 1.400 palestinos muertos por las fuerzas israelíes, se incluyen 300 niños y cientos de civiles desarmados que no tomaban parte en el conflicto». Muchas víctimas, de hecho, se han visto «atrapadas en los enfrentamientos armados entre militantes palestinos y las fuerzas israelíes; ni tenían la intención de servir de escudo para los primeros ni como objetivo militar alguno. Muchos fueron asesinados mientras dormían durante el bombardeo de sus casas». Los investigadores de Amnistía han descubierto que la mayoría de las muertes fueron causadas por «armas de alta precisión, con una capacidad de fuego excepcional, que permite a quien apunta encuadrar el objetivo minuciosamente». Esto haría insostenibles las afirmaciones del gobierno israelí, que afirma que las víctimas civiles habrían sido «daños colaterales». El informe también ha condenado el uso de armas de fósforo blanco que, a diferencia de las otras, se describen como «inexactas» y «no aptas para ser utilizadas jamás en zonas densamente pobladas», como es el caso de la Franja de Gaza, con sus 3.945,4 personas por kilómetro cuadrado, una de las zonas más densamente pobladas del planeta.

Antes del de Amnistía Internacional, vio la luz un informe de la ONG Human Rights Watch (HRW), que evidenció los crímenes de guerra israelíes, por las armas empleadas y la conducta adoptada por su ejército durante la ofensiva de enero en Gaza, y más particularmente por el uso de explosivos de fósforo blanco. La ONG sostiene que el ejército israelí conocía perfectamente el potencial letal de la sustancia, que quema todo aquello con lo que entra en contacto hasta que se consume plenamente, y que en los seres vivos provoca también daños en los órganos internos. Las bombas de fósforo, llamadas M825, son municiones de 155 milímetros que cuando explotan disparan 116 fragmentos de fósforo ardientes en un radio de 125 metros. El hecho de que fueran disparados por la aviación y la artillería en zonas residenciales —declara la ONG— revela «una estrategia o un patrón de conducta, más que un uso accidental de las mismas». De acuerdo con los manuales militares, las municiones de fósforo blanco se utilizan para crear cortinas de humo que permitan a los soldados moverse por el terreno sin ser vistos. Según el investigador de HRW Fred Adams, sin embargo, los generales israelíes «no han ordenado el uso del fósforo blanco en zonas abiertas como protección para las tropas. Lo dispararon repetidamente en áreas densamente pobladas, incluso cuando no había tropas en la zona, o cuando estaban disponibles otros sistemas de producción de pantallas de humo. El resultado es que los civiles han sufrido y han muerto sin ninguna razón».

Recuerdo que durante la masacre fue la Cruz Roja Internacional quien levantó la voz para denunciar la violación

de los derechos humanos de los heridos y enfermeros palestinos. Finalmente los han escuchado incluso dentro de Israel: la organización humanitaria israelí Médicos por los Derechos Humanos (PHR) ha denunciado que en la Operación Plomo Fundido el ejército israelí «ha violado los códigos éticos (...) por haber atacado al personal médico, haber dañado las instalaciones sanitarias y haber disparado indiscriminadamente a civiles que no participaban en las operaciones». El Tsahal (el ejército israelí), prosigue PHR, «no sólo no permitió la evacuación de las familias palestinas asediadas y heridas, sino que también ha impedido a los equipos de socorro palestinos acercarse hasta los heridos». En particular, 16 miembros del personal médico palestino han sido asesinados durante los combates, y otros 25 resultaron heridos mientras socorrían a la población.

A pesar de que el ministro de Defensa, Ehud Barak, continúa definiendo al ejército israelí como «el más moral del mundo», Israel se ha negado a cooperar con la misión de verificación de los hechos dispuesta por el Consejo de Derechos Humanos de la ONU, encabezada por el juez Richard Goldstone, quien ha expresado claramente su intención de investigar las violaciones del derecho internacional cometidas por todas las partes involucradas en el conflicto que tuvo lugar en Gaza y el sur de Israel. La negativa de Israel no resulta muy sorprendente, porque sólo una gran y verdadera democracia es capaz de procesar a su ejército por crímenes de guerra, e Israel ha demostrado repetidamente no ser una democracia plena.

Mientras en las tiendas Adiv, en la zona sur de Tel Aviv, tienen mucho éxito entre los militares las camisetas con frases

como «*Better use Durex*» («mejor usar preservativo») con la imagen del cuerpo de un niño palestino asesinado con su madre al lado llorando, o «*One shot, two kills*» («un tiro, dos muertos»), bajo la foto de una mujer palestina embarazada encuadrada en el visor, están llegando a la opinión pública los relatos directos de los soldados israelíes que participaron en la ofensiva Plomo Fundido. Historias escalofriantes, de decenas de alumnos de la academia militar Yitzhak Rabin, que nos dan una idea de la «alta moralidad» del Tsahal: «Había una casa con una familia dentro», recuerda el comandante de una pequeña unidad de infantería. «Ordenamos a todos los miembros permanecer en una habitación. Luego nos fuimos y llegó un nuevo pelotón. Unos días más tarde llegó la orden de liberar a la familia. Habíamos puesto un francotirador sobre el tejado. El comandante liberó a la familia, diciéndoles que fueran hacia la derecha, pero se olvidó de avisar al francotirador de que aquellas personas habían sido liberadas y todo estaba OK, de que no tendría que haber disparado». En lugar de a la derecha, la madre y sus dos niños giran a la izquierda. El francotirador los ve acercarse a la línea que, tal como se le había dicho, nadie habría debido cruzar. Así que «disparó inmediatamente, matándolos». «No creo», continúa el testigo, «que se haya sentido muy mal. El sentimiento general, por lo que he captado hablando con mis hombres, era, cómo decirlo, que las vidas de los palestinos son mucho, mucho menos importantes que las vidas de nuestros soldados». A otra mujer, una anciana, la mataron a sangre fría mientras caminaba a unos cien metros de su casa. «No sé si sería sospechosa, no sospechosa, no

conozco su historia... Todo lo que sé es que mi superior envió a unos hombres a la azotea para eliminarla... Ha sido un homicidio a sangre fría», se lee en uno de los testimonios.

Un compromiso con reglas, por así decirlo, muy elásticas, «desprecio incontrolado», culto a la fuerza física, el prejuicio de que «todos los palestinos son terroristas». Además de los casos de fuego contra civiles sin previo aviso, un comandante describe algunos episodios de vandalismo en las casas palestinas ocupadas: «Escribir “muerte a los árabes” en las paredes, romper electrodomésticos, destrozar platos, muebles. Tomar las fotos de familia y escupir sobre ellas sólo porque puedes hacerlo, creo que esto es lo más importante para entender hasta qué punto las fuerzas armadas israelíes se han abandonado desde el punto de vista de la moralidad».

Además del alcance de las declaraciones de la academia Rabin, sin duda merece una mención especial, por su perseverancia y deseo de justicia, la ONG de veteranos israelíes Breaking the Silence. En su informe de julio han recogido 54 testimonios de soldados que participaron en la ofensiva militar contra la población de Gaza, que confesaron haber recibido y ejecutado la orden de utilizar a civiles palestinos «como escudos humanos, obligados a entrar en los lugares sospechosos delante de los soldados, que utilizaban su hombro para sujetar el rifle». En caso de duda, «primero disparar y luego preocuparse». Se trata, evidentemente, de órdenes basadas en el imperativo de reducir al mínimo las pérdidas israelíes, especialmente a la vista de las inminentes elecciones, avanzando siempre a punta de pistola. El fuego, cuenta un soldado, «era una locura, apenas alcanzada nuestra nueva

posición comenzábamos a disparar contra todos los objetivos sospechosos». Porque, como decían los superiores, «en la guerra todos son tus enemigos, no existen inocentes». Según Mikhael Mankin, de *Breaking the Silence*, «los testimonios demuestran que la manera inmoral en que se llevó a cabo la guerra se debió al sistema existente y no al comportamiento individual de los soldados». «Se ha demostrado», prosigue el veterano, «que las excepciones en las fuerzas armadas se han convertido en la norma, y esto requiere una profunda reflexión y un serio debate. Esta es una llamada urgente a la sociedad israelí y a sus dirigentes para mirar con seriedad la locura de las políticas que estamos desarrollando».

El gobierno israelí ha pasado de puntillas sobre el clamor suscitado por estos testimonios, hablando de episodios aislados, de «ovejas negras» en un campo de corderos blancos. La misma caza del chivo expiatorio que desde Guantánamo hasta Abu Ghraib llega ahora al interior de los escombros amurallados de Gaza.

Seguimos siendo humanos.

*«En los lugares adonde llevan la más vacía desolación,
la definen como paz».*

Anthony Burgess

Los palestinos de Gaza sobreviven padeciendo su propia autobiografía, sin tener nunca voz en ella. La pluma teñida de sangre que dibuja los destinos de sus vidas es empuñada por un enemigo acérrimo y lejano, que decide el calendario de la agonía de un millón y medio de personas basándose en la oscilación de las encuestas de un electorado sediento de sangre.

Por aquí lo saben hasta los niños pequeños, la última masacre ha sido una carnicería producida también en base a las elecciones. Más de 1.400 muertos, el 85% de ellos civiles, han dado impulso a la coalición de Olmert y Livni, pero no lo suficiente para permitirles superar a Benjamin Netanyahu, un hombre con la cabeza en forma de cañón y que en lugar de pies tiene orugas de tanque. El programa de gobierno de Netanyahu, recién instaurado, es claro y manifiesto: ampliación de las colonias en Cisjordania, guerra abierta e indefinida

contra Hamas. A Avigdor Lieberman, líder de Yisrael Beiteinu («Israel es nuestra patria»), ante el desconcierto general de gran parte de los diplomáticos occidentales, se le ha encomendado el delicado ministerio de Exteriores. El representante de la tercera fuerza política en la Knesset, el Parlamento israelí, expuso su drástico proyecto durante la campaña electoral, lanzar una bomba atómica sobre Gaza: «Debemos continuar la guerra hasta su destrucción. Tenemos que hacer exactamente lo que hicieron los Estados Unidos de América con Japón durante la Segunda Guerra Mundial, así no será necesario ocupar Gaza». ¿Locas declaraciones preelectorales? No parece, ya que, recién nombrado, Lieberman quiso hacer hincapié en su visión de *shalom*, de *salama*, de paz duradera: «Si quieres la paz tienes que prepararte para la guerra». Más claro que eso, muerte en Gaza.

Con Olmert, Livni, Barak, Netanyahu, Lieberman, personajes fácilmente enjuiciables en cualquier tribunal internacional de derechos humanos, los gobernantes occidentales mantienen cordiales relaciones diplomáticas, mientras que con Hamas, en cambio, no sólo no se habla, sino que se lo embarga, y junto con el único gobierno libremente elegido en Palestina se castiga a un millón y medio de palestinos.

Continúo con mis compañeros del International Solidarity Movement las acciones de intervención no violenta, en apoyo de una población civil estrangulada por un asedio criminal.

Israel habla al mundo de una tregua que no existe: en Gaza el plomo ya no está fundido, pero sigue abalanzándose sobre nosotros a cada momento.

Los túneles de Rafah continúan siendo bombardeados esporádicamente, sepultando a los mineros palestinos, mientras los campesinos son a diario blanco de francotiradores en sus tierras cerca de la frontera. Una vez finalizados los bombardeos, Israel declaró como zona militar inaccesible un kilómetro desde su frontera, dentro del territorio palestino. Un límite arbitrario y absolutamente ilegal, imaginad lo que significa un kilómetro para una Franja de tierra como Gaza, que en algunos puntos tiene de ancho, o mejor dicho de estrecho, sólo 6 kilómetros. Dentro de ese kilómetro viven miles de personas, y si no viven allí al menos cultivan esa tierra para saciar apenas el hambre.

Como si no bastara el plomo de las balas contra esos civiles desarmados, el ejército israelí se deleita con los incendios. Invade la frontera y prende fuego a los campos palestinos, en especial los de cebada y trigo, cuya cosecha es la única fuente de ingresos para cientos de familias.

Cada mañana temprano me despiertan sobresaltado, aquí delante, en el puerto, los disparos de artillería de la marina israelí, que impiden a los rudimentarios pesqueros palestinos alejarse más de 3 millas de sus costas. Otro límite ilegal impuesto unilateralmente por Israel como castigo colectivo, contraviniendo el artículo 33 de la Cuarta Convención de Ginebra.

En los últimos meses, una treintena de pescadores fueron secuestrados y llevados a Israel, mientras sus embarcaciones eran confiscadas.

Son ya 25 las víctimas palestinas después del 18 de enero, muchas de las cuales se cuentan precisamente entre

los pescadores y agricultores. En este lapso de tiempo, afortunadamente, no ha sido registrada ninguna víctima del lado israelí debido al lanzamiento intermitente de «cohetes» Qassam.

Prohibir el cultivo, la pesca, perforar con disparos los pesqueros, destruir los sistemas de riego de los campos, arrancar plantas y destruir decenas de hectáreas de cultivos, disparar y matar con francotiradores a pescadores y campesinos, forma parte de la opresión sistemática israelí contra los palestinos. Una opresión constante que ha estrangulado la economía y empobrecido a la población, hasta obligarla a vivir de la ayuda humanitaria. A veces un joven se cansa de ser asesinado mientras se las arregla para su supervivencia y la de su familia. Tal vez los soldados israelíes le han matado, en el campo o en el mar, al padre o al hermano, por eso se alista en alguna brigada y lanza algunos cohetes de fabricación casera hacia Israel, para demostrar el heroísmo y la capacidad de combate de su pueblo, tal vez más a sí mismo que al enemigo.

Contra el asedio genocida al que se ve sometida Gaza ningún gobierno occidental ha realizado protesta alguna, pero por estos «cohetes», disparados al azar, casi siempre sin daños, desde Europa a Estados Unidos se han apresurado a legitimar una masacre como la que acaba de ocurrir en Gaza. Sabemos muy bien, como lo saben también en Tel Aviv, que si a los agricultores y pescadores palestinos se les permitiera vivir y trabajar igual que a sus compañeros israelíes, no habría prácticamente lanzamientos de cohetes Qassam contra Sderot y Ashkelon. Pero los biógrafos con uniforme militar bajo la estrella de David han decidido que el precio del

trabajo en Gaza deberá seguir siendo muy alto: vidas humanas y asedio en Gaza, inseguridad dentro de las fronteras de Israel.

El tan deseado cambio en la Casa Blanca, con el nombramiento de Obama, nunca se ha llegado a ver: nadie de la nueva administración de Estados Unidos se ha dignado siquiera a venir a visitar Gaza. Cómo cambiar una situación en Oriente Medio que ni se comprende ni se conoce, es un dilema que atenaza nuestras noches de activistas insomnes, afligidos por el síndrome de estrés postraumático.

John Fitzgerald Kennedy pronunció un famoso discurso en Berlín Occidental, el 26 de junio de 1963. El presidente norteamericano dijo: «Hace dos mil años, el mayor orgullo era decir: yo soy ciudadano romano. Hoy en día, en un mundo libre, el mayor orgullo es decir: yo soy berlinés». Y agregó: «Hay muchas personas en el mundo que no pueden entender, o dicen que no pueden entender, lo que está en juego entre el mundo libre y el mundo comunista. Dejemos que vengan a Berlín. Hay algunos que dicen que el comunismo es la fuerza del futuro. Dejemos que vengan a Berlín. Y hay otros que dicen que en Europa y en cualquier otro lugar podemos colaborar con los comunistas. Dejemos que vengan a Berlín. Y hay incluso unos pocos que dicen que es cierto, que el comunismo es malo, pero permite el progreso económico. Dejemos que vengan a Berlín».

Como sugiere la escritora Milena Spigaglia, parafraseando a Kennedy en los tiempos y lugares de la actualidad, hoy en Gaza se podría reescribir aquel discurso así: «Hay muchas personas en el mundo que no pueden entender, o

dicen que no pueden entender, lo que está en juego entre Palestina e Israel. Dejemos que vengan a Gaza. Hay algunos que dicen que Israel es la fuerza del futuro. Dejemos que vengan a Gaza. Y hay otros que dicen que en Europa y en cualquier otro lugar podemos colaborar con los israelíes. Dejemos que vengan a Gaza. Y hay incluso unos pocos que dicen que es cierto, que Israel es malo, pero permite el progreso económico. Dejemos que vengan a Gaza».

Bajo la pátina decrepita de los escombros Gaza brilla como un icono, y al mismo tiempo como un ultraje.

Para aquellos que como yo han vivido tan íntimamente el destino de sus habitantes, hasta el punto de convertirme yo mismo en ciudadano y por lo tanto en prisionero sin posibilidad de escapatoria, Gaza es el símbolo de la persistente resistencia a una opresión titánica. La honda del pequeño David, que cuelga del cinturón de Ahmed, contra un Goliat que habla hebreo pero prefiere expresarse con las DIME y el fósforo blanco del primer presidente estadounidense negro.

Un símbolo de la lucha por la humanidad de quien no quiere eclipsarse en el silencio y la vergüenza de aquellos que ya se han resignado a la extinción. Porque Gaza no es todavía una fila apretada de lápidas en ruinas con vistas al Mediterráneo, sino unos seres humanos orgullosos, con corazones como rocas y un rostro inescrutable, mirando hacia un futuro desconocido.

Seguimos siendo humanos.

Epílogo

Salí corriendo de la Franja de Gaza

por Alberto Arce

Salí corriendo de la Franja de Gaza. Literalmente. No pude despedirme de Vittorio. Pero un año más tarde logramos encontrarnos de nuevo. Sentados en un cine, en Florencia, en silencio, como espectadores de la película de terror que filmamos durante aquellas tres semanas, *To shoot an elephant* [*Disparar a un elefante*]. Pasándonos el uno al otro una botella de agua mineral llena de vodka. No tenemos demasiado que decirnos. Con mirarnos y tocarnos queda todo claro. Y para siempre una broma entre nosotros, la más seria de nuestras vidas, la broma a repetir antes de saltar al interior de cada ambulancia en la que salíamos acompañando a Marwan, a Hassan o a Jamal Al Attya: «Compañero, no te mueras antes que yo». Poco más que recordar respecto a aquellos días cuando finalmente nos encontramos cara a cara. Me quedé en silencio. Simplemente me sentaba y le miraba. Le miraba y le escuchaba. A él, que tampoco fue demasiado expresivo mientras caminábamos por Florencia compartiendo una botella de vino a morro.

Vittorio llegó a Gaza en agosto de 2008. Durante varias semanas acompañó a pescadores a los que las patrulleras israelíes disparaban e impedían realizar su trabajo en la costa de Gaza. Vittorio fue secuestrado por una patrullera israelí, esposado, encarcelado y deportado de vuelta a Italia. Su delito, filmar con una cámara de vídeo cómo la armada israelí, en violación de cualquier norma internacional, impide a los palestinos trabajar en el mar. Apenas dos semanas más tarde, Vittorio regresaba nuevamente en barco a la Franja. La voluntad de los persistentes. La honestidad de quien está dispuesto a llegar hasta el final. Con principios y convicciones. Vittorio no es un aventurero. Vittorio es un luchador. De los que ya no quedan. Además escribe. Y bien.

La primera noche de bombardeos Vittorio recibió una llamada desde Chipre, le preguntaban si había ido a visitar al tío de un amigo en Gaza. No había tenido tiempo y le comunicaban que la persona a la que debía ver acababa de morir. Así comenzó todo. La primera noche de bombardeos, la primera noche que pasamos en vela en la puerta del hospital Kamal Adwan, Vittorio quemó la batería de su teléfono hablando con Italia, contando lo que veíamos. Como la quemó durante tres semanas transmitiendo sus crónicas para *Il Manifesto*, como la quemé yo para transmitir mis crónicas para *El Mundo*. Compartiendo libreta, bolígrafo y fuego, él para su pipa, yo para mis 100 cigarrillos diarios. Compartimos, sobre todo, mucho silencio cómplice. Sentados en una silla, sin hablar árabe, observando, preguntando, escribiendo, filmando, abrazando, dando condolencias, saltando al interior de un vehículo junto a Marwan, encontrándonos con el

infierno al final de cada viaje en ambulancia. Y conociendo seres humanos excepcionales. A personas que mientras conducían a oscuras, esquivando bombas y fósforo blanco, Vittorio arengaba y gritaba, desde la parte posterior del vehículo, «*Jallah* Schumacher, Marwan, de aquí a la Fórmula Uno». Así se escapaba y nos hacía escapar Vittorio del miedo durante los rallies nocturnos recogiendo palestinos muertos y heridos. Ese es Vittorio. El que sin hablar una sola palabra de árabe conseguía que todos los conductores y paramédicos de las ambulancias riesen y se abrazasen en el peor de los contextos posibles.

Tras el final de los bombardeos, permanecí en Gaza apenas 24 horas en las que escribí un último reportaje nunca publicado y que reproduzco aquí tal y como fue escrito en caliente aquel 18 de enero de 2009. 24 horas durísimas, las 24 horas posteriores a tres semanas de bombardeos. Se terminaron los fuegos artificiales y tras observar el frío que cubre las ruinas, yo me fui. Pero Vittorio se quedó. Aquellas 24 horas que para mí se convirtieron en una mala resaca, en una rueda de prensa al final del partido, para Vittorio se convirtieron en muchos meses más.

Esos meses que marcan la diferencia.

Vittorio sabe de qué habla. Cuando algunos nos fuimos, él se quedó. Ha vivido ininterrumpidamente más de un año en la Franja de Gaza asediada. Un año que dejará los ojos de Vittorio anclados en el gris ambiguo de quien ya podrá responder para siempre a cualquier pregunta con silencios más elocuentes que todas las palabras inventadas por Dante para describir el descenso a las puertas del Averno.

La noche del 27 de diciembre, Vittorio y yo conocimos a un joven de nuestra edad. Lo que le sucedió a él, y a tantos otros, representa la experiencia que vivió Vittorio en Gaza. La que yo me perdí. La que no podrá describirse nunca. La que marca su compromiso humano. La de los meses que han seguido a aquella carnicería. La de los meses en los que ya nadie quería escucharnos, en los que a nadie parece importarle ya lo que allí sucede. Lo que yo sólo puedo imaginarme pero Vittorio ha compartido con los habitantes de la Gaza asediada. Mientras yo giraba por foros y conferencias explicando lo vivido, mientras yo editaba el documental filmado junto a Vittorio, él seguía en Gaza. Acompañando a los granjeros en la frontera, recuperando cadáveres que se descomponían en el campo, recogiendo lentejas en Khan Younis al tiempo que francotiradores israelíes hacían silbar balas a centímetros de sus piernas.

Vittorio es de los que se quedan cuando se apagan las cámaras y se apagan las luces. Y eso le diferencia, situándome a mí como vedette de la espectacularidad breve e intensa de los fuegos artificiales. Dando ejemplo de coherencia. Un espejo en el que mirarse al que nunca llegaré a tratar de compararme.

Vittorio y yo conocimos a este chico la primera noche de bombardeos. Y yo escribí, el primer día del alto el fuego, un texto que a mí me hiere y creo que representa lo que Vittorio ha vivido una vez que yo les abandoné. A lo que tiene que responder ahora como ser humano. Al día después. Al día en que la atención desapareció y se quedó solo junto a ellos.

Mohammed Zidane, 27 años, dos metros de estatura y un cuerpo moldeado a base de trabajar durante casi una década en la defensa civil de la Franja de Gaza, embutido en su eterna gorra de béisbol y la sonrisa más grande del hospital Kamal Adwan, en Yabalia. Siempre esperando al extranjero con un cigarro y un té. El último día de bombardeos perdió las dos piernas mientras trataba de rescatar heridos entre las torres Al Makhosi, en Sheikh Radwan. El segundo misil lanzado sobre el mismo objetivo con 10 minutos de diferencia por quien se define a sí mismo como «un ejército que minimiza las víctimas civiles» impactó exclusivamente sobre los equipos de rescate que trataban de extraer los cadáveres diseminados tras la primera explosión. La despedida de Mohammed es dura, después de tantas noches compartidas. El recuerdo, amargo, fijado en la retina para siempre. Pero las ambulancias no esperan.

Una vez pactada la suma de los dos altos el fuego unilaterales y completada la retirada del ejército israelí de las posiciones que ocupaba en Gaza, las zonas muertas, aún sin regresar a la vida, al menos se abren a los ojos, horrorizados, de quienes han esperado pacientemente a ser testigos de lo que el ejército israelí ocultaba tras la puerta del cuarto oscuro. Con destino final en Attatra y la escuela de Moawia, convertida durante la guerra por el IDF en centro temporal de detención y tortura, y con objetivo de reconstruir los hechos, la primera parada de esta lúgubre gira de despedida de la guerra tiene lugar en el barrio de Al Shaima. Anis y Kemal, dos cámaras de Ramattan, quieren mostrar que también ellos lo han perdido todo. «Hemos contado la guerra tan desde dentro que a veces teníamos que relatar la evacuación de nuestras

propias familias y ahora, al recopilar los daños, son nuestras propias casas las destruidas. Somos periodistas, palestinos y víctimas». Kemal no tiene pelos en la lengua: «Ahora me toca buscar un piso de alquiler para mi mujer y mis hijos. Miles de personas harán lo mismo. Ni hay viviendas suficientes, ni las podemos pagar y, no te equivoques, a nosotros no nos va a ayudar nadie. Hamas no va a responder cuando de verdad tendría que hacerlo. No nos pidieron permiso para utilizar nuestro barrio para luchar contra Israel».

Se avanza por las calles, entre cadáveres de animales, montones de tierra, polvo, escombros y gente que vaga mirando a su alrededor sin apenas reaccionar. Sólo las mujeres lloran. Los hombres fuman, agachados en corrillos, y los niños rebuscan entre los restos. Umm Kozaa asegura tener más de 90 años y camina bajo el sol, con un gran fardo en la cabeza. Lleva ropa y una manta. Ofrece pan que lleva dentro de la ropa. Duro como la piedra. Pide agua. No hay agua que comprar en ningún lugar. Sólo bebidas con gas que ella no puede beber. Su marido no quiere, testarudo, moverse de los restos de lo que fue su casa, pero ella ha salido a buscar a algún familiar. Necesitan ayuda inmediatamente para combatir el hambre y el frío.

La calle Salattin une Al Shaima con Attatra. Cada esquina ha sido destruida con algún tipo de maquinaria de construcción, la calzada, adoquinada, ha sido perforada por las orugas de los tanques o de los bulldozers que, en su retirada, y con una consistencia que sólo puede ser premeditada, han destrozado la conducción de agua del barrio y los tendidos eléctricos. «¿La escuela de Moawia? —Seguid todo recto, la veréis, está destruida». Al llegar a Attatra se refresca la

memoria. Al alba del primer día de invasión terrestre, por esta misma calle se veía a las familias que huían despavoridas. Bajaban corriendo mientras pedían a las ambulancias que retrocediesen inmediatamente si no querían encontrarse con los tanques. Finalmente, y en una más de las decenas de casas reducidas a un montón de piedra, un grupo de jóvenes se convierten en guías espontáneos. Caminando hacia la escuela, varios miembros de Hamas se hacen presentes. «¿Quiénes sois? —Queremos enseñarles a los periodistas lo que ha pasado. —Dejadnos a nosotros». Inmediatamente comienzan los gritos y forcejeos. «¿Y tú quién eres? ¿Quién eres tú para darme órdenes? ¿Me pediste permiso para lanzar misiles desde aquí? ¿Ahora que lo he perdido todo incluso me dices cómo y con quién puedo hablar? —Largo de aquí». El mismo relato ha sido confirmado en varias ocasiones a lo largo del conflicto. ¿Es posible pedirle a Hamas que no lance cohetes desde una propiedad determinada? «Imposible», confirman todas las fuentes consultadas. Ellos eligen y sólo podemos callar, aunque no nos guste. Inmediatamente la autoridad se impone. Se los llevan a empujones. No existe espacio para el disenso en la Franja de Gaza. Los periodistas locales aseguran que más de 180 personas han sido ya detenidas, acusadas de colaboración con Israel. Se trata en realidad de eliminar cualquier posibilidad de crítica entre la población. Finalizada la discusión, una de tantas en la misma dirección que han podido presenciarse a lo largo de estos días de guerra, se penetra en lo que queda de la escuela.

«Yo era el vigilante de la escuela, y dormía en la puerta. Traté de huir, pero soldados israelíes que hablaban árabe me

detuvieron a disparos. Me pidieron que me desnudara, que pusiera las manos sobre la cabeza y que me quedase parado en la puerta. Comenzaron a traer a todos los hombres de los alrededores, incluso a niños de 8 y 9 años. Todos esposados, con los ojos vendados y en calzoncillos. Sólo la primera noche traerían a más de 100». Alian Al MajDalany tiene 18 años, la voz quebrada, temblorosa y rota, los ojos vidriosos, el miedo agarrotado en el cuerpo. «Separaban a los hombres en diferentes aulas. Yo sólo oía gritos. Me pegaron muchas veces. Me pedían que les dijese quién era de Hamas. Traían con ellos a varios palestinos encapuchados que se acercaban y delataban a sus vecinos». De la escuela sólo queda la mitad de su estructura, en forma de L, con las entrañas del edificio al aire. Al acercarse a una de las clases en las que los israelíes se atrincheraron aparece la basura de los cuerpos de operaciones especiales, mantas térmicas, latas de refresco, todo tipo de chocolates y frutos secos, cargadores vacíos, rotulados en hebreo y sobre todo, con mucha insistencia, las pizarras pintarrajeadas con estrellas de David y lemas como «esto siempre será Israel». Los soldados no les permitieron beber ni comer en cuatro días con sus noches, según el relato de Alian. Han dejado como regalo sus excrementos sobre las mesas, en las puertas de las aulas, en cada esquina. Alian se ofrece a demostrar lo que cuenta. Le cuesta avanzar, incluso mirar. No es necesario recorrer más que unos metros entre montones de arena arrastrados por los tanques y un grupo de hombres se acerca, tomando nuevamente el relevo. «La familia Al Qana, hablad con ellos».

«Todo sucedió la noche del comienzo de la operación terrestre», según Hassam Al Qana, propietario de lo que

queda de vivienda. «Pasábamos las noches en la planta baja todos juntos, para protegernos de los bombardeos, y aquella noche, a medida que se hizo de día, nos dimos cuenta de que se acercaban los tanques. Disparaban en círculo, indiscriminadamente, en todas las direcciones, sin apuntar ni parar ni un segundo. Creo que atacaron la casa entre las ocho de la mañana y la una del mediodía. A esa hora, pararon. Mi mujer salió con una bandera blanca, con todos los niños detrás. De un solo disparo la mataron. Se llamaba Fidaa. Tenía 36 años. Los niños gritaron y corrieron de vuelta hacia la casa. Detrás de ellos vinieron los soldados, llamaron a la puerta. No me atrevía a abrir, la derribaron con un cohete. Entraron y lo destrozaron todo, plato a plato, nos quitaron la ropa, nos vendaron los ojos, sólo dejaron irse a los pequeños, les pidieron que corrieran sin parar y sin mirar atrás. Disparaban al aire». Según Hassam, a él no le pegaron en la escuela. Pero sale a buscar a su hermano, Omar Al Qana, de 26 años, que aparece con un brazo vendado. «Después de la primera noche en la escuela, me metieron en un tanque. Me pegaban sin parar. Perdía el conocimiento, me despertaba y me volvían a pegar. Me tiraron varias veces del tanque al suelo, saltaban a recogerme y me volvían a tirar como si fuera un peso muerto. Al menos había otras dos personas conmigo, en la misma situación». Según Omar, le llevaron a Israel. Allí, junto a otros palestinos, le torturaron durante días. Muestra sus muñecas, fuertemente marcadas, además de los brazos, la espalda y la cara. «Querían que colaborara con ellos pero no tenía nada para ofrecerles». Seis hombres escuchan en silencio su relato. ¿Por qué tú, Omar, y no ellos? La respuesta es obvia, sólo tras oír la pregunta. La barba

le delata. Podría parecer un miembro de Hamas. El resto de los hombres no lleva barba y fuma. Un detalle tan simple como este podría servir para diferenciarle. Él lo niega. Omar pide que se complete la historia. Sólo bebí mis orines en todo el tiempo que estuve detenido. Los soldados me obligaban. También me decían que toda mi familia estaba muerta. Finalmente me liberaron y me dijeron que caminase sin mirar atrás hasta que alguien me recogió y me llevó a un hospital. La casa por la que camina mientras habla está quemada hasta la última de sus esquinas. Prueba irrefutable del fósforo. Omar revuelve con los pies, como tratando de encontrar algo de valor. Según su hermano Hassam, los soldados les robaron 1.000 dólares, 500 gramos de oro y 1.800 dinares jordanos.

Desde Attatra, las ambulancias regresan hacia el hospital acumulando hasta 8 cadáveres por viaje. 35 en una mañana. Mordidos por las fieras, quemados, aplastados por las orugas de los tanques. Una película de terror. Absolutamente putrefactos e irreconocibles. Casi todos sus habitantes masculinos han pasado por la escuela, detenidos, el 75% de sus casas están destruidas e inhabitables. Apenas a 500 metros se encuentra el paso de Erez. Saben que pese al alto el fuego, la pesadilla puede comenzar de nuevo en cualquier momento, sobre las ruinas, el miedo, el rencor y la incomprensión de los supervivientes, que nunca superarán lo vivido durante estas tres semanas de enero.

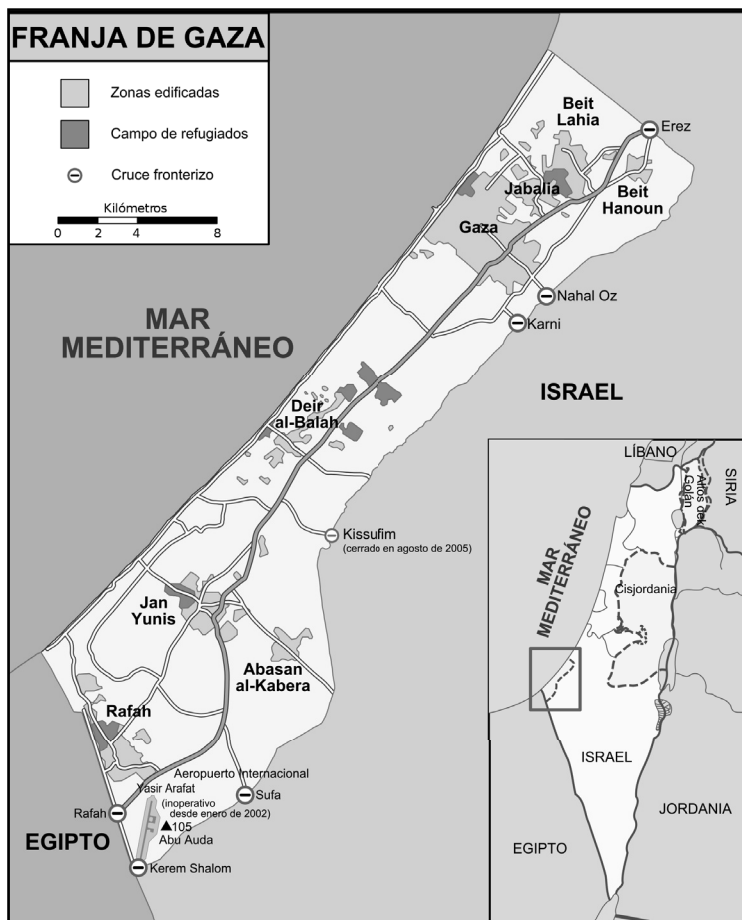
De regreso al centro de la ciudad, podemos presenciar una escena que, con mucho de mirada al pasado, define el futuro, pretendiendo que estas tres semanas no han sucedido. Colas en los bancos, policías que ordenan el tráfico en uniforme,

supermercados abiertos y el portavoz de las Brigadas Ezzedin al Qassam dando una rueda de prensa en la calle frente a la agencia Ramattan. Asegura que han ganado la guerra. Dudo que los miles de habitantes de la Franja de Gaza que lo han perdido todo estuvieran de acuerdo. 22 días en los que todo ha cambiado para seguir igual.

Cuando se cumple un año de la Operación Plomo Fundido, cuando se ha publicado un informe, el informe Goldstone, ese que nuestros gobiernos han decidido aparcar y que describe los presuntos crímenes de guerra cometidos en la Franja de Gaza, el testimonio de Vittorio es aún más necesario que en las crónicas del día a día. El testimonio de Vittorio tiene la legitimidad del superviviente. Al superviviente hay que escucharle, sea cómodo o incómodo. Sea útil o inútil. Vittorio es memoria viva de una masacre. Vittorio es alguien que un día, sentado en la silla de los testigos, contribuirá a evitar un memoricidio. Contribuirá con sus palabras a dotar de contenido a un juicio en el que los responsables de aquella matanza se sienten en el banquillo de los acusados y sean condenados como lo que son, auténticos criminales de guerra. Para eso sirve sobrevivir. Para eso servimos, como supervivientes. Porque seremos testigos voluntarios. Por eso es importante que estemos vivos. Por eso es importante que se publique todo esto. Contra el crimen del silencio, contra la complicidad, contra la impunidad.

Mientras tanto, contar y recontar lo sucedido ante quienes quieran escuchar y, me imagino, más botellas de vino y

vodka en silencio. Nuestro homenaje en silencio a quienes iban en aquellas ambulancias bombardeadas. Las que no nos tocaron a nosotros.



Breve diccionario del conflicto

Gaza. 40 kilómetros de largo y 10 de ancho, con una población por encima del millón y medio, la Franja de Gaza es una de las zonas del mundo con mayor densidad habitacional. Sus fronteras fueron fijadas después del conflicto árabe-israelí de 1948-49. Bajo administración egipcia durante los siguientes 19 años, la Franja fue ocupada por Israel en 1967, al final de la Guerra de los Seis Días. Su territorio está totalmente rodeado por una barrera que la separa del Estado hebreo. Tres son los pasos principales: Erez, al norte, para el cruce desde y hacia Israel; Karni, al este, para el tránsito de camiones; Rafah, al sur, para la conexión con Egipto.

al-Nakba. Entre 1948 y 1949 tiene lugar la primera guerra árabe-israelí, que para el Estado hebreo será la «guerra de

independencia» y para los palestinos *al-Nakba*, la catástrofe: entre 650.000 y 800.000 palestinos huyen de sus casas y se convierten en refugiados. Los estudiosos se dividen acerca del origen de esta huida, pero los «nuevos historiadores» israelíes coinciden en el hecho de que —al menos en parte— fue consecuencia de auténticas operaciones de limpieza étnica llevadas a cabo por las milicias hebreas.

UNRWA. Tras el final del conflicto árabe-israelí, con la resolución 302 del 8 diciembre de 1949 las Naciones Unidas instituyen la UNRWA, la Agencia que asiste a los 4,6 millones de refugiados palestinos en Oriente Medio. De estos, 478.272 viven en 8 campos de refugiados en la Franja: Jabalia, Rafah, Shati, Nuseirat, Khan Younis, Bureij, Maghazi y Deir el-Balah. Los campos están abarrotados —en el de Shati más de 80.000 personas (el equivalente de toda la población palestina de Gaza antes de la Nakba) viven en una zona de un kilómetro cuadrado—, pero desde su nacimiento la UNRWA ha conseguido poner en pie 187 escuelas, 18 centros de salud y proporcionar ayuda a 86.971 refugiados, de entre los casos de «extrema necesidad».

Intifada. El 9 de diciembre de 1987 un camión conducido por un colono israelí arrolla a dos taxis colectivos en el campo de refugiados de Jabalia. En el accidente mueren cuatro palestinos. Este episodio da inicio a la Intifada (‘sublevación’, en árabe), una revuelta no violenta contra la ocupación, que se manifiesta en el lanzamiento de

pedras contra las tropas ocupantes, manifestaciones y huelgas con gran participación de la sociedad civil. Precisamente en 1987 surge en Gaza Hamas, acrónimo de Movimiento de Resistencia Islámico. Movimiento religioso-asistencial instituido como rama de los Hermanos Musulmanes egipcios, en su manifiesto fundacional propone la destrucción del Estado de Israel. Un año después del nacimiento de Hamas, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), bajo el mando de Yasser Arafat, reconoce a Israel y acepta la fundación de un Estado palestino en los Territorios Ocupados en 1967, en base al principio «paz por territorios» sancionado por las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Segunda Intifada. Al día siguiente del provocador paseo por la Explanada de las Mezquitas de Jerusalén del primer ministro israelí Ariel Sharon, estalla la Segunda Intifada o Intifada de Al Aqsa. Más allá de una revuelta armada contra el ocupante (marcada también por decenas de atentados suicidas en ciudades israelíes), la nueva Intifada se caracteriza por el enfrentamiento entre Fatah y Hamas. A casi quince años de su fundación, el movimiento islámico cuenta con una red de asistencia capilar que —sobre todo en Gaza— le garantiza un gran apoyo popular. Hamas dirige escuelas, mezquitas, ONGs, hospitales, pero no se ve adecuadamente representada dentro de la cúpula palestina, controlada por la OLP y por el Fatah de Arafat.

Adiós a Arafat. El 11 de noviembre de 2004, Arafat muere a los 75 años en una clínica de París, en circunstancias todavía por aclarar (no se ha hecho público ningún diagnóstico de la enfermedad que causó su muerte). Durante varios meses, el presidente enfermo de la Autoridad Nacional Palestina estuvo confinado y en el punto de mira de los tanques israelíes en su cuartel general de Ramallah. Los Estados Unidos lo habían declarado «irrelevante» y, junto al gobierno israelí, señalado como el principal responsable de la ola de atentados suicidas en Israel.

El plan de «desconexión». En el verano de 2005 el ejército israelí pone en marcha un plan hecho público el año anterior por el primer ministro Ariel Sharon, y retira tropas y colonos de la Franja. El proyecto, inicialmente denominado por Sharon como «*tokhnit hahafrada*», «plan de segregación», es rebautizado como «plan de desconexión» para no recordar al apartheid sudafricano. Entre el 17 agosto y el 12 septiembre fueron evacuados los aproximadamente 8.000 colonos que ocupaban 21 asentamientos. La propaganda de Hamas presenta la retirada israelí como una «victoria de la resistencia». En una entrevista publicada por *Haaretz* el 6 de octubre de 2004, Dov Weisglass, jefe de gabinete de Sharon, declara: «El significado del plan de desconexión significa el congelamiento del proceso de paz. Congelando ese proceso se previene la fundación de un Estado palestino y una discusión sobre los refugiados, las fronteras y

Jerusalén. La desconexión abastece del formol necesario para que no haya un proceso político con los palestinos».

Pero no es el final de la ocupación. Según Tel Aviv, desde que retiró las tropas y los colonos, Israel ya no ocupa Gaza, y por lo tanto no tiene ninguna responsabilidad hacia su población. Pero para el derecho internacional no es así, porque todos los pasos fronterizos de la Franja (excepto Rafah), así como su espacio aéreo y marítimo, permanecen bajo completo control israelí.

Cohetes de fabricación casera. Desde el estallido de la Segunda Intifada, los milicianos de Gaza empiezan a lanzar hacia las ciudades israelíes más cercanas (Sderot está sólo a un kilómetro del norte de la Franja) los cohetes Qassam, tubos de metal de un par de metros de largo, realizados en los talleres de Gaza y rellenos de explosivo artesanal. Su trayectoria no puede ser guiada, pero son fáciles de transportar al lugar desde donde serán lanzados y alcanzan el objetivo rápidamente. Durante la Operación Plomo Fundido se dispararon también algunos Grad (Katiusha) de fabricación rusa. Una quincena de israelíes han muerto, hasta hoy, por estos misiles rudimentarios.

Asesinatos poco selectivos. Desde siempre Israel ha desarrollado una política de «asesinatos selectivos» contra los individuos que considera una «amenaza para la seguridad» del Estado hebreo. A partir de la Segunda

Intifada, sin embargo, el recurso a esta táctica —ejecutada sobre todo con la aviación y con la utilización de *mis-taravim* (unidades de élite disfrazadas de árabes)— se ha intensificado. Entre las víctimas más ilustres se encuentran el fundador de Hamas, el jeque Ahmed Yassin, asesinado en marzo de 2004, y Abdelaziz al Rantisi, asesinado al mes siguiente y considerado el sucesor de Yassin. Según las organizaciones para la defensa de los derechos humanos, se trata de decenas de civiles asesinados durante estas operaciones, condenadas por la Unión Europea y consideradas por los Estados Unidos «no favorables a la paz». El 23 de julio de 2002 la aviación israelí lanza una bomba de una tonelada contra un edificio de Gaza: resultan muertos Salah Shahada (jefe del ala militar de Hamas) y otras quince personas, entre ellas nueve niños.

Hamas gana las elecciones. La administración estadounidense bajo el mando del presidente George W. Bush adopta las «reformas democráticas» como fundamento de su política en Oriente Medio. También para los palestinos la fórmula mágica es: elecciones ya. El 25 de enero de 2006 Hamas sale ganador de las urnas, consiguiendo 74 escaños en el Consejo Nacional contra los 45 de Fatah. Se trata de una «revolución» que asigna a los islamistas la mayoría del Parlamento, dando la vuelta al cuadro político fruto de precedentes consultas —realizadas diez años antes—, que habían regalado al partido fundado por Arafat 68 escaños de 88. Entre los dos

grupos se aviva una batalla política que había tenido como prólogo el enfrentamiento armado producido durante la Segunda Intifada.

Y captura el primer prisionero. El 25 de junio de 2006 un comando palestino entra en territorio israelí desde Gaza y captura al cabo Gilad Shalit.

Bandera verde sobre Gaza. En junio de 2007, después de meses de intercambios de acusaciones, combates armados y escaramuzas, las milicias de Hamas expulsan de la Franja de Gaza a la cúpula política y militar local de Fatah, liderada por Mohammed Dahlan, acusado por los islamistas de ser un corrupto al servicio de los estadounidenses e israelíes.

Disuelta la unidad nacional. En respuesta a las acciones de Hamas, el 14 de junio de 2007 el presidente de la Autoridad Palestina, Abu Mazen, disuelve el gobierno de unidad nacional bajo el mando del primer ministro Ismail Haniyeh (Hamas) y concentra todo el poder en manos de los hombres de Fatah, que se convierten en «señores» de la Cisjordania ocupada.

E Israel la caza al vuelo. El gobierno israelí reduce en 3/4 —con respecto al 2005— las mercancías y los bienes de primera necesidad destinados a la Franja. Entra sólo ayuda humanitaria, mientras el bloqueo completo de las exportaciones paraliza la economía palestina.

Honorables prisioneros. Las autoridades israelíes detienen a decenas de diputados de Hamas. No sólo los islamistas no tienen ya la mayoría en el Parlamento de Ramallah, sino que, de hecho, la misma asamblea deja de funcionar.

«**Entidad enemiga**». En respuesta al lanzamiento de cohetes de fabricación casera Qassam por las milicias palestinas, el 19 de septiembre de 2007 el gobierno israelí declara a la Franja de Gaza «entidad enemiga». «Con respecto al régimen de Hamas se impondrán nuevas restricciones, entre ellas una limitación de la transferencia de mercancías hacia la Franja de Gaza, el corte de la gasolina y la electricidad, y restricciones en el movimiento de personas», recita el comunicado del gabinete de Tel Aviv. El secretario general de las Naciones Unidas, Ban Ki-moon, declara: «Se trata de una acción contraria a las obligaciones israelíes con respecto a la población civil (de Gaza) desde el Derecho Internacional Humanitario».

Centenares de civiles en el punto de mira. Las cifras proporcionadas por el Shin Bet el 13 de enero de 2008 arrojan una luz siniestra sobre lo que sucede en Gaza. Según el servicio secreto interno de Israel, en el bienio 2006-07 se mató a 810 personas en Gaza, entre las cuales alrededor de 200 «no estaban claramente ligadas a organizaciones terroristas». Las indagaciones efectuadas por el periódico *Haaretz* hablan de 816 muertos, de los que 360 serían civiles. Datos proporcionados por la

organización israelí B'Tselem: 152 muertos menores de 18 años, 48 menores de 14 años. «Ha muerto cerca del 5% de los militantes de la Franja», declara el ministro de Seguridad Interior Avi Dichter, añadiendo que el número de combatientes se estima en torno a 20.000. Tomando como buenas las cifras de inocentes muertos comunicadas por B'Tselem, si el ejército y la aviación israelí mantuvieran inalterados los actuales índices de precisión en la «eliminación» de combatientes, matar a los que quedan costaría la vida a otros 8.823 civiles.

Masacre. Con la excusa oficial de «poner fin al lanzamiento de Qassam», que el 27 de febrero habían matado a Roni Yechiah, un estudiante del College Sapir de Sderot, entre finales de febrero y los primeros días de marzo de 2008 las tropas y la aviación de Tel Aviv conducen una importante operación contra la Franja de Gaza, que provoca la muerte de unos 120 palestinos, la mitad de los cuales, según la organización israelí B'Tselem, no eran combatientes. Durante las horas en las que se cumple la masacre, el viceministro de Defensa israelí, Matan Vilnai, amenaza con una «*shoah*» contra la Franja de Gaza.

Uno de cada tres está sin trabajo. Según el informe del Banco Mundial publicado el 27 de abril de 2008, el índice de desempleo en Gaza es del 33% (23% en Cisjordania) y en la Franja se prevé su ulterior crecimiento por culpa de los despidos en el sector industrial.

Además, el 35% de la población está en condiciones de extrema pobreza. Si no fuera por la ayuda alimenticia y las remesas de los palestinos en el extranjero, el índice de pobreza subiría hasta el 67%. El Banco Mundial señala al bloqueo israelí como el principal responsable del deterioro de la situación económica.

Túneles como setas. Para sobrevivir al embargo, los habitantes de la Franja construyeron decenas de túneles que conectan Rafah con Egipto. A través de las galerías se hace entrar en territorio palestino comida, medicamentos (también sirven para llevar a Egipto a los enfermos que necesitan tratamiento especializado), mercancías de todo tipo y armas para las milicias.

Plomo Fundido. El 27 de diciembre de 2008 comienza Plomo Fundido. Durante las tres semanas de operaciones militares mueren 1.285 palestinos. Según datos del Palestinian Center of Human Rights (una ONG competente e independiente), entre ellos hay 895 civiles y 167 policías. Son 280 los niños muertos, 111 las mujeres; 4.336 heridos (entre ellos 1.133 niños y 735 mujeres); 2.400 viviendas enteramente destruidas por los proyectiles de artillería y aviación, 28 edificios públicos, 30 mezquitas, 121 talleres. El 18 enero, dos días antes de la investidura del presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, Israel declara el alto el fuego unilateral y comienza la operación de retirada de las tropas de Gaza, que completará tres días más tarde. «Cambiar la realidad»

de Gaza, «dar un buen golpe a Hamas», fueron los eslóganes del gobierno de Tel Aviv para justificar la ofensiva. Justo después del fin de la masacre, Hamas se muestra firme en el poder: comienza las labores de reconstrucción y negocia «indirectamente» con Israel la entrega de cientos de prisioneros palestinos a cambio de la liberación del cabo Gilad Shalit.

Crímenes de guerra, basta ya de impunidad. Decenas de organizaciones de derechos humanos empiezan a recoger indicios para acusar por «crímenes de guerra» a militares y políticos israelíes que han participado en Plomo Fundido. Mientras estoy escribiendo no está claro si el camino que seguirán será el de las acciones judiciales en aquellos países —por ejemplo, el Reino Unido— que permiten encausar a ciudadanos extranjeros por delitos como «crímenes contra la humanidad» y «genocidio», o la más difícil vía de una acusación a Israel ante la Corte Penal Internacional, donde ya se ha abierto un sumario.

